

Franco Alonso, Santiago

Reseña histórica sobre la Hacienda Pública de España, y arreglo de sus deudas, con un apéndice sobre el Banco de España / por Santiago Franco Alonso

Madrid : Imprenta de Rojas y Compañía, 1865

Signatura: 49468

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

8468





49468



RESEÑA HISTÓRICA

SOBRE

LA HACIENDA PÚBLICA

DE ESPAÑA,

Y ARREGLO DE SUS DEUDAS,

CON UN APÉNDICE SOBRE EL BANCO DE ESPAÑA.

POR DON SANTIAGO FRANCO ALONSO.

Doctor en leyes y cánones de la Universidad Central.



1 000000 393552

49468



MADRID.

IMPRENTA DE **ROJAS Y COMPAÑIA,**

calle de Valverde, núm. 16 y 18.

1865.

49462

RESERVA HISTÓRICA

LA HACIENDA PÚBLICA

DE ESPAÑA

Y ARRENDOS DE SUS BIENES

por los señores don Juan de Arce y don Juan de Arce

por don Santiago Franco Llorente

Impreso en la imprenta de don Santiago Franco Llorente



Sr. D. Santiago Alonso Cordero.

Mi querido señor Cio: En prenda del respeto que á V. le debo, ya sea como jefe y decano de la familia, ya por haber inculcado en mi alma el amor, la fe y veneracion que profeso á los principios que constituyen el dogma fundamental del partido progresista, en cuyas filas V. ha militado constantemente con abnegacion y verdadero patriotismo, le dedico este humilde trabajo, cuyo único mérito es el de estar á V. dedicado é inspirado por la verdad histórica de los hechos emanados de las doctrinas políticas que profesamos, y de las que será siempre ardiente y decidido, aunque humilde campeón, su apasionado sobrino

SANTIAGO FRANCO ALONSO.

Madrid, 31 de marzo de 1865.

CONSIDERACIONES GENERALES.

I.

Cuando se abre la historia de las naciones de Europa, y se quieren estudiar las causas que produjeron las sangrientas revoluciones que en sus anales se registran, el hombre observador é imparcial hallará siempre en sus reflexivas investigaciones que, ó el desórden de la Hacienda pública, ó las represiones sistemáticas de los Gobiernos contra las exigencias naturales de la opinion pública, sostenida por la fuerza de las circunstancias, han motivado todas esas manifestaciones ó sacudimientos políticos de los pueblos, que vienen sucediéndose desde el siglo xvii.

Muchas veces se ha cuestionado acerca de los medios por los que hubiera podido evitarse la revolucion francesa. La mayor parte de las opiniones que hemos oido emitir sobre este asunto, nos parecen muy dudosas, y algunas ridículas y absurdas.

Luis XVI tuvo una época muy favorable para ponerse á salvo de los trastornos políticos y asegurar á los franceses un próspero destino. Hablamos de aquella en que llamó cerca del trono á un ministro lleno de ilustracion, de integridad y de firmeza, cual era Turgot. Turgot, como hombre de Estado,

conoció las necesidades de la sociedad que iba á dirigir. Él quiso establecer asambleas provinciales, para dar á los franceses la parte que reclamaba el grado de civilizacion á que habian llegado, y desembarazar la industria de las trabas con que se hallaba sobrecargada y oprimida. Tales eran los dos medios principales con que contaba para acrecentar la prosperidad pública.

Si él hubiese establecido la forma de Gobierno que concibió su sabiduría, acaso los franceses se habrían ocupado menos de su libertad política; pero se hubieran hecho mejoras sucesivas, y unas habrían ido trayendo otras sin estrépito ni confusion; hubieran seguido constantemente una marcha apacible, y no se hallarian envueltos más tarde entre las sangrientas redes de la Convencion.

Luis XVI era muy jóven cuando subió al trono; creyó que debia oír diferentes consejeros para tomar de cada uno los avisos que le pareciesen útiles y generosos. Esta idea era especiosa; sin embargo, hubiera sido prudente si el jóven monarca tuviese más esperiencia y supiera evitar el seguir al mismo tiempo pareceres enteramente contradictorios. Pero escojer por ministro á Turgot, que queria una forma de administracion nueva, y por otro lado convocar los Parlamentos del modo que se lo propuso Maurepas, fué establecer una lucha fatal. Con efecto, bien pronto se vió á Turgot obligado á hacer examinar ante el trono del monarca y en el Parlamento, los edictos de mejoras, impelido como estaba, por las formas del despotismo, á desaprobarlas.

Cuando se ha perdido el momento favorable para asegurar la paz y la felicidad de un pueblo, jamás se llegará á dominar las circunstancias.

El médico más hábil no tiene remedios eficaces contra la enfermedad cuando suele llamársele demasiado tarde.

Caido Turgot, era muy difícil que la Francia estuviese largo tiempo á salvo de las tempestades políticas. Sus sucesores no supieron satisfacer las necesidades de la sociedad, ni aun conocerlas; y estas necesidades comprimidas debian producir una crisis espantosa. Y ¿qué medios quedaban para evitarla?...

II.

La revolucion de Francia tuvo causas numerosas, entre las que no es fácil distinguir cuáles fueron las más activas y eficaces; pero si se pregunta cuál fué la más inmediata, se puede decir con seguridad que el desórden de la Hacienda pública. Si en los presupuestos de aquella nacion no hubiera habido ningun *déficit*, no se hubieran convocado las asambleas de los *notables* ni los Estados generales. Es muy fácil componer obras llenas de elocuencia, y, lo que es más todavía, bien razonadas, sobre la depravacion de las costumbres, sobre la impiedad de los filósofos, sobre las pretensiones de la nobleza, sobre los abusos del antiguo régimen; pero las frases más enérgicas, las ideas más profundas, jamás probarán que hubiera sido factible hacer estallar en Francia una revolucion si hubiera reinado el órden en la Hacienda pública.

Los franceses preveian los peligros; por todas partes se pedian los Estados generales; los miembros del Parlamento de París usaban sobre este punto del mismo lenguaje que los jóvenes publicistas, y le prestaban el apoyo de aquella autoridad respetable que se asemeja á la magistratura. Luis XVI dudaba; la corte se asombraba; al mismo tiempo era necesario tomar un partido decisivo; era urjentísimo poner remedio á la situacion cada dia más alarmante de los negocios públicos; y en este estado deplorable, todo lo que imaginaron los ministros para conjurar la horrible tempestad que amenazaba á la Francia, fué el famoso edicto para la creacion de las Cámaras.

Este edicto mudó la forma de Gobierno. Puesto que todas las mudanzas de esta naturaleza producen descontentos graves y pueden escitar turbulencias, es necesario que estas mudanzas sean tales, que se concilien partidarios cuyo número y autoridad debilite los peligros á que se espone á la nacion. Las Cámaras, no satisficiendo ninguna esperanza é hiriendo todos los intereses, no podian tener más partidarios que sus autores. Ya que se habia llegado al punto de ser necesario modificar la forma de Gobierno para evitar los peligros que podian ocasionar los Estados generales y cubrir el déficit de la Hacienda pública, en vez de ofender á todas las clases del Estado con la

creacion de unas Córtes, hubiera sido más conveniente haberse atrevido á constituir la Francia. Se pudo concebir, y estas ideas no se ocultaron á la ilustracion de Luis XVI, se pudo concebir y plantear un Código ó carta que, sosteniendo las prerogativas del Trono y asegurando á los ciudadanos prerogativas y derechos que hasta entonces les habian sido casi desconocidos, hubiese satisfecho los deseos de la inmensa mayoría de los franceses. La ejecucion de este proyecto hubiera encontrado un apoyo que no lo obtuvieron las Córtes, aborto despreciable del despotismo ministerial; y los hombres llamados á remediar los desórdenes de la Hacienda pública, en vez de entregarse á las discusiones ambiciosas que tanto resonaron en los Estados generales, hubieran consolidado y puesto cima á la grande obra para la que fueron elevados á tan sublime dignidad.

La situacion en que se vé colocado un Gobierno cuando no tiene otros medios para evitar una revolucion que el de obrar por sí mismo una gran mudanza política, es siempre una situacion peligrosa. En ella se encuentra colocado por su culpa, bien sea porque rehusando ó despreciando el profundo conocimiento de las necesidades de la sociedad que dirige, haya impelido á los pueblos á la revolucion, bien porque habiéndose dejado llevar de sus represiones, provoque á los partidos á burlarse de la autoridad.

III.

Hemos llegado al punto comparativo que vamos buscando.

La situacion de la Hacienda española es alarmante; más decimos: encarna en sí el virus demoledor de cuantos intereses se han creado á costa de grandes sacrificios y de muchos torrentes de sangre. El régimen político que rige en España debiera ser, sin duda alguna, el sosten de las instituciones, la garantía más sólida y la más firme salvaguardia del orden y la prosperidad pública. Nosotros no debiéramos temer que la patria sufriese los horrores de una revolucion política como la Inglaterra; ni el desquiciamiento de la Francia en el pasado siglo, porque ni carecemos del régimen político que han perfeccionado y consolidado los ingleses, ni gemimos bajo el doble

yugo del feudalismo y de la autocracia clerical que agobiaba á nuestros vecinos. Sin embargo, ¿existen en España circunstancias extraordinarias que pueden turbar el orden, aun á los ojos de los hombres partidarios de la doctrina de Kant, el filósofo inflexible en sus austeros principios, que afirmaba que ninguna situación de la sociedad puede autorizar una revolucion?...

IV.

Entre la edad en que nosotros vivimos, ó sea la época actual, y los tiempos del antiguo régimen, hay la misma diferencia que existe entre una encina y la bellota de donde aquella ha salido. Las artes y el comercio están ligados hoy á todas las necesidades sociales. La economía es la ley suprema de los pueblos modernos, aplicada á todas las manifestaciones de la vida. La industria reclama el libre ejercicio del trabajo, porque con ella se vén estenderse las costumbres laboriosas, la comodidad, los establecimientos útiles; en una palabra, la civilizacion: sin ella, se difunden por la sociedad la miseria, los vicios y la barbárie.

Las grandes mudanzas verificadas en los medios de existencia de los hombres, han debido producir necesariamente una alteracion en el orden público. Suponer que se puede en el dia hacer prosperar un Estado despreciando los consejos de aquellos que abren los manantiales de la industria, sería formar una hipótesis absurda.

Los ataques dirigidos á la libertad de la industria son acaso el golpe más funesto que se puede dar á la felicidad de las familias y á la prosperidad de los Estados; cada uno de estos ataques abre una fuente de miseria y depravacion. Los Gobiernos son los responsables de estos actos, pues no solo atentarán, autorizándoles, contra la prosperidad pública, sino que abrirán una profunda sima para sepultar la Hacienda nacional. Y esto es, desgraciadamente, lo que viene sucediendo años hace en nuestra patria.

En cualquier punto en que sean respetados los intereses de la conciencia, de la persona y de la propiedad, el hombre es verdaderamente libre, aunque se encuentren algunas ligeras

imperfecciones en las formas de Gobierno. Si, por el contrario, estos intereses son menospreciados y oprimidos en el Estado, habrá tiranía y esclavitud, por más que la autoridad se halle disfrazada con nombres populares y patrióticos.

La situación económica de España en nada se diferencia hoy de ayer, á no ser en que está próxima á descender sobre la copa de las dilapidaciones, ya colmada, la última gota que la ha de hacer rebosar.

Hoy observamos lo sucedido en 1834, 1845, 1850 y 51, y en la nunca bien celebrada administracion de los cinco años. El mismo sistema de tomar dinero á préstamo de la alta banca; el mismo régimen de empeñar aquí y allí los efectos del Estado; el mismo orden con respecto á la Caja de Depósitos, cuyos fondos pasan cuotidianamente á cubrir los déficits del Tesoro, volviendo al siguiente dia á remediar las necesidades de aquel establecimiento por medio de los prestamistas, con lo cual se producen frecuentes perturbaciones y lamentables conflictos. En fin, el desórden de siempre, el empirismo de toda la vida, la trampa adelante perenne, con todas sus terribles consecuencias. Y por eso nos hemos preguntado si la situación actual de la cosa pública podia inspirar á los hombres pensadores un fundado recelo para el porvenir.

V.

No; la época presente no es una época normal; no es un período de calma, una situación tranquila en que las transacciones comerciales y bursátiles siguen su curso ordinario bajo los auspicios de una administracion previsora, entendida y bien cimentada. Las administraciones anteriores nos han dejado grandes déficits en los presupuestos, aumentos fabulosos en la Deuda flotante; negociaciones pendientes de pagarés para salir del dia; guerra interminable en las colonias; imposibilidad absoluta de recibir en muchos años cantidad alguna como sobrantes de las cajas de Cuba y Filipinas; arreglos inadmisibles por parte de los tenedores sobre el papel de la Deuda amortizable; y por último, la cuestion magna, la ruidosa cuestion de los certificados de cupones, olvidada casi,

pero traída de nuevo á campaña por desdicha del señor Salaverría, á consecuencia de las diferencias en su época suscitadas con los poseedores de las Deudas amortizables.

VI.

En situación tan angustiosa, ¿cree el actual ministro de Hacienda que habremos llegado á la resolución del problema económico, con arbitrar algunos recursos para vivir unos meses más? ¿Cree que desaparecerá la negra nube que cubre la atmósfera económica, con tales paliativos? ¿Juzga quizá separar la tormenta que le amenaza con el proyecto de anticipo presentado á las Cortes? De ninguna manera. Ese no puede ser el camino que conduce á resolver hoy las gravísimas cuestiones que pesan sobre el departamento de Hacienda; ese no puede ser el recurso hábil que en las circunstancias que atravesamos debe emplear el economista que tiene pensamiento fijo, que tiene valor para aplicar á la enfermedad en su período álgido el tratamiento decisivo y enérgico que reclama.

El crédito público desciende rápidamente, el Tesoro gime bajo la tutela del Banco de España, y mientras este privilegiado establecimiento coloca en un conflicto á los habitantes de la capital, por no serle posible recoger sus billetes, ¿qué hace el Gobierno? Contratar con él adelantos de *sesenta millones de reales*.

Esto es, pues, insostenible. Preciso será que uno y otro día la opinión pública proteste por medio de la imprenta y de todos los medios legales contra tan aflictivo estado de cosas. Preciso es que se conozcan los hombres y los partidos políticos que han colocado á la Nación á las puertas de la bancarrota, y se enumeren uno y otro día sus gravísimos errores y fatales desaciertos.

Cuando se han pedido reformas, aplicadas á varios géneros de industria, siempre se ha contestado por parte de los Gobiernos: «no puede ser; las reformas económicas siempre son peligrosas; no podemos prescindir de consideraciones de tiempo y de lugar, pues la situación de España, intelectual, financiera, comercial, agrícola, y de todos modos, es la menos

propia de todas aquellas en que se puede encontrar una nacion para aplicar las reformas que se solicitan.» ¡Desgraciado el país que á tales inspiraciones obedece!

Dios puso en el alma del hombre un sentimiento elevado, una aspiracion grande, noble y generosa que le hace caminar incesantemente, sinó en pos de una perfeccion quimérica, de los medios ó circunstancias que pueden asimilársele. Esta es la ley de la naturaleza, es la ley suprema, eterna, fija, invariable del progreso humano. Si los pueblos obedecieran ciegos las prescripciones de ciertos egoistas, ni los estandartes de Cartago sombrearian los principales puertos del mundo antes de la última guerra púnica, ni la poderosa y elocuente voz de Washington haría brotar en los campos de la vírgen América la libertad política que aspiran hoy á consolidar todos los pueblos del nuevo y antiguo continente.

Nuestros Gobiernos de todo han prescindido; ignoraron, ó voluntariamente quizá quisieron olvidar, que nuestra legislacion económica no estuvo jamás en armonía con las necesidades de la época, y ha sido la única causa que dificultó siempre los consumos, y puso ruinosas trabas á las transacciones mercantiles. El genio del economista debe adivinar el porvenir; debe preveer todas las reformas que el tiempo y las circunstancias pueden exigir, no solo para cortar abusos, sino para ir preparando la opinion á los cambios justos y necesarios á la prosperidad de la riqueza pública.

Nunca las reformas justas han sido peligrosas; antes al contrario, reclamadas por la opinion y las necesidades sociales, cuantas se hicieron en este sentido, fueron manantiales de riqueza y prosperidad para los pueblos que las han realizado, aun cuando algunos espíritus ignorantes ó pesimistas las hayan al principio anatematizado y combatido.

Cuando *Huskison* en 1826 inició en Inglaterra las reformas económicas, que planteó en mayor escala el célebre *Sir Roberto Peel* en 1842, una de las principales medidas que adoptó fué abolir la prohibicion de las sederías, medida que exasperó á los proteccionistas ingleses hasta el punto de ahorcar en efigie á aquel célebre ministro. Y no obstante, esta reforma hizo que la esportacion de sederías ingleses aumentase el doble solo en el período de siete años.

Pero sin acudir á la historia económica de países estraños,

tenemos en España que cuantas veces se intentó alguna reforma en sentido liberal, los resultados sobrepusieron siempre á las mayores esperanzas. En 17 de julio de 1849, época que no parecerá en nuestros lábios sospechosa, se publicó una ley sobre aranceles, nada notable, á no ser porque derogó la prohibicion de algunos artículos de comercio. A pesar de las grandes reclamaciones de los industriales, especialmente de los de Cataluña, que creían que sus manufacturas iban á quedar perjudicadas con la mezquina reforma de aquella época, la ley ha subsistido, y la industria del algodón creció prodigiosamente; pues en los siguientes nueve años de publicada dicha ley, se importaron *cuatrocientos ocho millones doscientas cuarenta y ocho mil libras de algodón*, en tanto que en los nueve años anteriores á su publicacion, se introdujeron en España *ciento sesenta millones ochocientas setenta y tres mil libras*; es decir, que el producto aumentó próximamente, en aquel período, un trescientos por ciento. Debemos añadir á esto que las tres provincias de Barcelona, Gerona y Tarragona, pagaron en 1847 por subsidio de comercio *cinco millones setecientos cinco mil reales vellon*, y en 1860 han satisfecho *catorce millones de reales*. La elocuencia de estas cifras no necesitan comentarios de ninguna clase.

En ninguna ocasion mejor que la presente, por más que recientemente se haya dicho lo contrario en la Cámara vitalicia, se puede verificar en España, no solo una reforma arancelaria que indudablemente contribuiría á mejorar nuestra situacion económica, sino adoptar todas las que fuesen necesarias para levantar el crédito público, y aliviar las enormes cargas que agobian á la nacion. Desgraciadamente no puede pedirse á ciertos hombres y partidos, pruebas de abnegacion y patriotismo, como tampoco reforma alguna política ó económica en sentido liberal, por más que las necesidades de la época actual imperiosamente las reclaman.

Nosotros creemos, y de ello estamos plenamente convencidos, que la crisis actual, las dificultades económicas que nos perturban, no proceden de la carencia de recursos precisamente, sino de la falta de crédito; no es cuestion de garantías positivas y realizables, que las tiene, y suficientes, la nacion para responder de lo pasado y de lo presente, sino de confianza, de crédito. Esta es la cuestion, este es el obstáculo hasta

ahora insuperable que está por remover, y para lo cual conceptuamos impotentes los esfuerzos que han hecho los ministros que vienen gobernando la Hacienda pública desde 1845. Nosotros, visto lo que sucede, no esperamos que se ponga en ejecucion algun pensamiento regenerador, y que se aprovechen hábilmente algunos de los muchos elementos todavía vírgenes que el fecundo genio del economista sabe explotar, restableciendo el crédito y salvando la Hacienda pública de España.

¿Pero á qué esperar? Imposible es, sin un cambio radical de cosas, que se resuelvan las graves y complicadas cuestiones rentísticas y financieras que se hallan sobre el tapete, que abrumen y pesen como una losa de plomo sobre moderados y unionistas.

DEUDA PÚBLICA.

SITUACION DE LA HACIENDA DE ESPAÑA HASTA EL AÑO DE 1835.

PARTE PRIMERA.

I.

La dinastía austriaca ha sido el origen y fundamento de la deuda española, de que vamos á ocuparnos, por más que ciertos espíritus obcecados y partidarios por fanatismo más que por creencias políticas, por conveniencia más que por convicción del antiguo régimen, procuren aun hoy que el aura de libertad derriba todas las preocupaciones y todos los errores de la antigua escuela absolutista, presentarnos los pasados tiempos como el bello ideal de la ciencia política y administrativa de los pueblos.

En la dinastía austriaca, en ese período romántico en que nuestros antepasados entraron en todo género de ilusiones y de errores; en que perdieron la posesion más grande que ha tenido ningun país del mundo, tuvo origen la formidable deuda que hoy abruma á la nacion española, aumentada y acaso eternizada por los desaciertos y despilfarros de los Gobiernos sucesivos. La causa principal de su origen fué precisamente un

error económico; el error que dominaba entonces en Europa, de que el dinero era la riqueza, que no habia otro poder, otra fuerza moral, otra industria, ciencias ni artes que el de acumular grandes masas de dinero: sucediéndonos con esto lo que á aquel rey de la antigüedad que pidió que todo lo que tocara se convirtiera en oro, y por poco no fué víctima de su avaricia. Nosotros hicimos lo mismo; hemos encaminado todos nuestros esfuerzos á que el dinero no saliera de España y á que quedase estancado entre nosotros.

A este error económico, se unió otro error no menos grave, que fué el fanatismo religioso: hablamos de la amortizacion que tantos y tan graves daños ha causado. Se crearon conventos, se fundaron compañías y multitud de instituciones eclesiásticas, con lo que además del inmenso capital en ellas amortizado, los jornaleros tenian fácil ocupacion, resultando de esto que la industria y el comercio decayeron, y nos encontramos estacionados, perdidos y desnivelados con respecto al resto de Europa.

Por otra parte, á estos dos errores se unió tambien otro error político, cual fué el de las guerras para obtener la supremacía del mando; y esto nos arruinó, no solo porque este período hizo el daño de dejarnos una deuda que era considerable, sino más aun por la circunstancia de que amortizó un capital desproporcionado á nuestra riqueza; y como ese capital no podia correr ni contribuir, sacó de la masa circulante una cantidad inmensa, de manera que á medida que iba viniendo dinero de América, nosotros íbamos siendo cada vez más pobres.

II.

La dinastía borbónica quiso poner algun orden en la Hacienda pública; pero desgraciadamente no lo alcanzó hasta el tiempo de Carlos III. Tuvo este monarca la gran fortuna de depositar su confianza en las personas más ilustradas de su reino, y así es que entonces se creó un banco, se sentaron los elementos del crédito y se empezaron á amortizar algunas cantidades. Sin embargo, en el año quinto de su reinado ya no se pagaron los intereses devengados, y la deuda ascendia enton-

ces á cuatro ó cinco mil millones, segun aparece de la liquidacion verificada en el año de 1818. Esta era nuestra situacion económica al llegar la gloriosa lucha de la Independencia nacional.

En 1811, cuando la guerra devastaba el país, y los ejércitos extranjeros tenian ocupados todos los principales puntos de España, hubo una porcion de hombres ilustres que quisieron salvar el crédito del país, y reunidos en el único sitio libre que habia en España, en Cádiz, reconocieron todas las deudas legitimamente contraidas por la Nacion.

Esto no se podia llevar á cabo sino por medio de un arreglo, y ese arreglo se hizo en el año de 1813 por una ley solemne, cuyas bases principales fueron las siguientes.

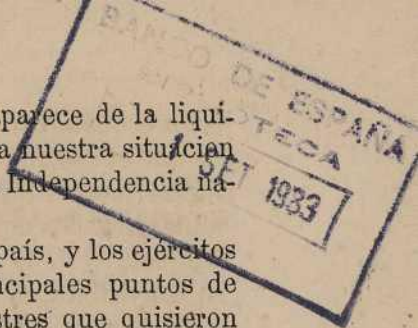
Toda la Deuda pública se dividia en Deuda con interés y Deuda sin interés.

Deuda de imposicion forzosa y Deuda de imposicion voluntaria.

Deuda con interés era aquella que se habia contraido con obligacion de pagar los réditos al capital: Deuda sin interés eran los réditos no pagados, más los servicios prestados al Estado sin remuneracion. Téngase presente que solo desde el año de 1813 se llama Deuda sin interés á los réditos no pagados.

Este arreglo de la Deuda tuvo el éxito que en aquella época erizada de obstáculos y dificultades podia esperarse, no obstante de haber sido bastante previsores aquellos preclaros é inclitos varones, estableciendo que durante la guerra no se pagaría más que el uno y medio por ciento de toda la Deuda; pero á pesar de los grandes deseos de cumplimiento que les animaban, ni aún esto pudieron pagar.

Llegó el año de 1814, con todos los horrores de la espantosa reaccion que muchos recordarán y que la historia guardará siempre como un ejemplo de la gratitud de un Rey á los inmensos sacrificios de su pueblo; y nada entonces pudo hacerse, hasta más tarde en que el ministro de Hacienda, señor Garay, al intentar en el año de 1818, y en pocos meses, hacer un arreglo completo de la Hacienda y del crédito, puso con este motivo el dedo en la llaga; acudió al Pontífice Romano, y con la intervencion del Santo Padre, exigió al clero una contribucion de *sesenta millones de reales vellon*.



Sin embargo, la Hacienda pública continuaba agobiada, á pesar de los grandes esfuerzos que hicieron las Córtes del año de 20, reconociendo los empréstitos de la Holanda contraidos en los años de 1805 y 1806; allí no había fracciones ni partidos, sino que era la gran familia liberal de España que anunciaba sus ideas reconociendo aquellas obligaciones.

III.

Antes de entrar en la época moderna, en el período posterior á la muerte de Fernando VII, y de ocuparnos de las diferentes fracciones y partidos políticos que han intentado arreglar la Hacienda española, haremos una sucinta relacion del origen de la Deuda de España, contraida en el extranjero con distintas casas de comercio de Holanda y de Inglaterra.

La Deuda exterior ha comenzado en 1778, en que se subrogó el Estado en los derechos y en las acciones de la empresa de la Acequia Imperial, ó sea canal de Aragon.

Desde entonces hasta 1805 se hicieron varios contratos de préstamos en Lóndres y Amsterdam, celebrados con las casas de *Hoppe* y viuda de *Ed-croeze*, por la cantidad de treinta y un millones cuatrocientos veinticuatro mil florines, recibiendo dichas casas libranzas contra las cajas de Méjico por valor de cinco millones cuatrocientos treinta y ocho mil pesos fuertes, á título de hipoteca especial.

La cuestion de familia entre España y Francia, hizo que los ejércitos franceses llegasen á las fronteras del reino, y nos empenásemos en una encarnizada lucha con aquella República, lucha que terminó en octubre de 1803, en virtud del tratado con ella celebrado, y por el cual la España se obligó á pagar á la Francia por via de subsidio, la cantidad de setenta y cinco millones de reales, cuya suma acabó de pagar en diciembre de 1804. Con este motivo, y para cubrir otras atenciones y satisfacer los intereses atrasados de aquellos créditos, en virtud de la real cédula de 15 de octubre de 1806, se celebró otro contrato con la casa de Hoppe por treinta millones de florines, dando como garantía libranzas sobre Méjico por valor de veintiocho millones cuatrocientos cincuenta y tres mil ciento veinticinco pesos fuertes.

Hé aquí las condiciones bajo las que se hacian esos préstamos:

- 1.^a Abonar el rédito anual del cinco y medio por ciento.
- 2.^a Otro cinco por ciento de premio á los que se interesaban en dichos préstamos.
- 3.^a Uno por ciento de derecho de timbre.
- 4.^a Siete por ciento de comision á la casa contratante por la venta de acciones.
- 5.^a Uno por ciento más á la casa por reintegro de capitales.

6.^a Cuatro por ciento para gastos imprevistos.

7.^a Diez por ciento en concepto de pérdidas en la venta de acciones fijada al cambio de noventa por ciento.

Cuando en 10 de setiembre de 1820 se procedió al ajuste de los réditos atrasados, resultó un crédito contra la Caja de amortizacion que ascendia, unido al capital, á la suma de quinientos trece millones setecientos diez y nueve mil trescientos treinta y tres reales vellon.

En 1821, por medio de otro préstamo contratado en el extranjero, quedó reducida aquella cantidad á la cifra de veinticinco millones trescientos veintitres mil ciento treinta y cuatro florines, cuyo crédito se dispuso fuese admitido á conversion por el decreto de 6 de enero de 1830, entregando al efecto inscripciones al cinco por ciento por valor nominal de ciento ochenta y cuatro millones setecientos cincuenta y seis mil reales.

Las Córtes, por decreto de 27 de junio de 1821, facultaron al Gobierno de aquella época para levantar un empréstito voluntario por la cantidad de doscientos millones de reales efectivos; pero como las suscripciones no habian cubierto la cuarta parte de aquella suma, se celebró otro préstamo con la casa Ardoin, de Lóndres, vendiendo á los contratistas inscripciones de renta perpétua y redimible al cinco por ciento de su valor nominal, ascendiendo el producto de estas rentas á la suma líquida de reales vellon, ciento cuarenta millones.

Se hicieron otros dos contratos sucesivos por medio de inscripciones pagaderas en Lóndres con un cinco por ciento de interés, que arrojan uno la cantidad de ochocientos setenta mil pesos fuertes, y otro la de doscientos noventa y un millones seiscientos mil reales.

Este es en resúmen el origen de la Deuda exterior hasta el arreglo celebrado en 1834, comprendiendo en él las sumas procedentes de los préstamos contraidos en los años de 1820 al 1823, que el Gobierno absoluto de Fernando VII no había querido reconocer.

IV.

Al llegar á esta época, nos encontramos en primer término con el empréstito de *cuatrocientos millones* de reales vellon que hizo el conde de Toreno, y el cual forma la primera página de la historia moderna de la Deuda de España.

El presupuesto entonces se hallaba en déficit, como siempre ha sucedido bajo ciertas administraciones y mandando ciertos partidos; estaba como estará en adelante, si no se adopta otra marcha más leal, franca y espedita en la gestion de los negocios públicos; y sin embargo, aquel Gobierno acometió una difícil y espinosa empresa, queriendo inaugurar la época tercera constitucional con el arreglo de la Deuda.

El empréstito de Toreno, anteriormente citado, solo sirvió para pagar los intereses de *sesenta millones* de reales vellon por préstamos hechos por la casa Aguado de París en tiempo de Fernando VII, y habiendo ya el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa tomado anteriormente una anticipacion de *sesenta millones* de reales vellon que igualmente fué reintegrada con la cantidad precitada; pagándose además el primer semestre de mayo de 1835, por el ministerio moderado, con los productos de aquel empréstito.

Hasta aquí, ninguna participacion habia tomado en la administracion del país el partido progresista. De la inflexible lógica de los guarismos, deduciremos en adelante qué administraciones ó Gobiernos han conducido la Hacienda de España al lamentable y funesto estado en que se encuentra, y á quiénes con justicia debe atribuírseles el que llegásemos á llamar á las puertas de la bancarrota.

SITUACION DE LA HACIENDA PÚBLICA

DE ESPAÑA,

Y ARREGLO DE SUS DEUDAS EN EL TERCER PERIODO CONSTITUCIONAL.

SEGUNDA PARTE.

1835 Á 1857.

I.

Vino el semestre segundo de 1835.

Entonces se hallaba ya en el poder el partido progresista; pero ¿cómo encontraron el Tesoro los progresistas? Ni un solo céntimo existia ya del empréstito del conde de Toreno. Lejos de eso, se habia verificado un giro de *cien mil libras esterlinas ó sean diez millones de reales vellon* por el conde de Toreno; y no habiendo fondos disponibles en Inglaterra, porque se habian concluido todos los del empréstito, esas letras fueron *protestadas*, y satisfechas despues por el partido progresista, siendo presidente del Consejo de ministros el Excmo. señor don Juan Álvarez y Mendizábal.

Vino el segundo semestre del año de 1836, que comienza en 1.º de mayo de dicho año. Antes de pasar adelante, debemos consignar cuál era la situacion del país en aquellos angustiosos momentos, y nadie podrá menos de sorprenderse, al

recordar aquellas delicadas y críticas circunstancias por que atravesaba la nacion, que el 1.º de mayo de 1836 *pagase el partido progresista ochenta millones de reales por la Deuda exterior, cuarenta y cinco por la interior, solo con los recursos del país*. Teniendo presente que se habian atendido los anteriores semestres, hasta el de la procedencia de los empréstitos de la época del absolutismo, con los productos de un empréstito (el de Toreno) que no censuramos; mas el otro semestre mencionado se satisfizo *solo con los recursos propios del país, en la suma importante de ciento veinticinco millones de reales*, y eso que entonces por un esfaerzo de la imaginacion ardiente y fecunda del Sr. D. Juan Alvarez y Mendizábal, se estaba aumentando el ejército con *cien mil hombres*, y se abria una campaña, al parecer dificil, coronando tantos sacrificios honrosos hechos de armas de mucha importancia y consideracion.

Desapareció aquel ministerio. El partido progresista volvió al poder despues de algun tiempo. No queremos recordar lo que ocurrió en aquel intermedio, ni hablar tampoco de actos importantes que contribuyeron al desfallecimiento del espíritu público.

Pero como siempre se apela á armas de mala ley cuando se trata del partido progresista, es preciso consignar aquí que en 16 de enero de 1836, se habia concedido al ministerio progresista un solemne voto de confianza. Sobre este hecho, altamente significativo en los Gobiernos constitucionales, llamamos la atencion de nuestros lectores, y les haremos notar una circunstancia importante que honra tanto á los hombres como á los partidos. El 16 de enero se dió el voto de confianza, y el 19 del mismo mes ya se hizo uso de ese voto; pero ¿en favor de quién? De los acreedores del Estado.

Entonces fué cuando el Sr. Mendizábal sometió á la Reina Gobernadora el decreto en que le proponia la venta de los bienes nacionales.

Por más que esta medida haya sido, y aun sea, por cierto partido y ciertas personas mal interpretada, y frecuentemente con dureza combatida, creemos que en las circunstancias en que se hallaba el país al principio de la guerra, cuando ya no podia creerse que existian medios para hacer frente á las apremiantes circunstancias y grandes obligaciones contraidas al

principio de la guerra, no podian los progresistas hacer otra cosa que entregar con lealtad á los acreedores extranjeros aquella inmensa masa de bienes, que sin dificultad hubieran podido aprovechar en bien de su partido; pero aun cuando podian mandar que se vendiesen y reunir con ellos fondos para concluir la guerra, y acaso evitar se derramase la sangre que corrió en 1838 y 1839, creyeron que si era más honroso y más digno del partido, era tambien más conveniente para el país, decir á los acreedores: «no os podemos pagar; pero una cosa que podemos vender para nosotros, os la entregamos á vosotros;» y en esto, pese á todos los detractores de las administraciones del partido progresista, hay una grande honradez y lealtad que son el más alto timbre de que con justicia se enorgullece este partido político.

Esto han hecho los progresistas en aquel momento grave, gravísimo, en que el Tesoro estaba comprometido y agotados todos sus recursos, en que habia que buscar medios para cubrir las enormes obligaciones del momento, y en tan críticas circunstancias se desprendió de una cantidad de bienes considerables que podian producir, vendidos á dinero, sumas cuantiosas, y que entregaron á los acreedores en garantía de sus créditos.

Pero hubo mucho más que esto en esa medida; hubo un doble objeto que era el de crear mayores compromisos en favor del Trono constitucional, por mil medios combatido. Se quiso además que estos compromisos fueran de españoles y extranjeros, porque hay un artículo en la parte dispositiva del decreto, que concede á los extranjeros lo mismo que á los españoles, la facultad de que pudiesen concurrir á la compra de las fincas, teniendo un derecho de preferencia en el mero hecho de pedir su tasacion. Probaba así el Ministerio progresista que no se deseaba fueran solo españoles los que comprasen aquellos bienes, sino que se queria la venida de los extranjeros para que comprasen y se estableciesen en España.

A todo esto continuaba la lucha cada dia más encarnizada y sostenida en Cataluña, Aragon y Provincias Vascongadas, por los que se agrupaban en torno de la bandera que decia *abusos*, y por los que tremolaban otra que decia *reformas* defendida por el verdadero partido liberal con fé y con entusiasmo.

Si este gran partido nacional hubiera permanecido cruzado

de brazos, sin hacer reforma alguna y sin interesar al pueblo en ellas, Dios sabe lo que habria sucedido. Se combatia por el Trono; se luchaba por las instituciones; pero tambien se combatia, tambien se luchaba para curar y cortar de raiz abusos inveterados, que impedian que esta nacion llegase al grado de prosperidad que podia tener. En esta ocasion, el partido progresista dió un paso atrevido. Conociendo la impopularidad que en cierto círculo, en cierto partido y en ciertos hombres iba á encontrar, y sabiendo los crecidos disgustos que experimentar debia, declaró bienes nacionales los del clero regular. Pudo igualmente aprovechar esta inmensa masa de bienes nacionales para terminar la guerra más pronto, para tener mayor número de soldados y llevarlos mejor equipados, para que pudieran dar mejor resultado las operaciones militares, y sin embargo, no lo hizo así.

Esto, volvemos á repetirlo, honra á un partido, honra á la España á los ojos de las naciones de Europa. ¿Qué hubieran hecho en este caso los moderados?... ¿Qué harian sus hijos primogénitos los unionistas que tantas y tan vanas alharacas levantan diariamente sobre sus disposiciones hacendistas, despues de ser ellos los que llevaron la Hacienda al panteon del vacío, pasando por encima de las puertas de la bancarrota?.....

El partido progresista, viendo que no podia pagar á los acreedores porque carecia de medios, y la prueba de esto fué que luego vinieron los moderados y tampoco pudieron pagarlos, el partido progresista, decimos, respondia á los acreedores: «ahí teneis esa gran masa de bienes del clero regular;» y mientras tanto los periódicos moderados decian que los progresistas usurpaban lo que no les correspondia, y en la tribuna se apellidaba *despojo* á un acto de soberanía nacional legítimo. «Es una usurpacion, es un despojo,» se decia; y se pronunciaban estas palabras en un momento de apuros, en que para salvar al país, en que para salvar la dignidad de las Cortes no podian hacer más de lo que hicieron, so pena de hundirnos todos.

Si el partido moderado no se hubiera opuesto á la gran medida de la desamortizacion, á la que se opuso solo porque emanaba del partido progresista, es bien seguro que la suma de los *seis mil millones* en que han sido tasados los bienes nacio-

nales, se elevaria á *diez mil millones*, y tal vez hoy España no debiera un solo céntimo.

De este modo se introducía la desconfianza por la prensa; se promovía y multiplicaba por los discursos que se pronunciaban en el Parlamento, siendo lo más notable que el partido moderado que en la tribuna debilitaba la confianza é impedía la concurrencia de los compradores, iba él mismo á comprar las fincas, como que las cuatro quintas partes de los bienes nacionales vendidos lo fueron á los moderados. Además, ellos se utilizaron de la medida eminentemente patriótica que había adoptado el partido progresista; pero, y con todo esto, es lo cierto que ellos y solo ellos inutilizaron completamente lo que ha producido la venta de dichos bienes.

II.

Esto así, llegó el año de 1840, y con él un ministerio progresista. Lo primero de que trató, en 21 de enero de 1841, fué de capitalizar los intereses vencidos y no satisfechos desde el 1.º de mayo de 1836, en que no pudieron pagarse, hasta el año de 1840 inclusive, y se capitalizaron de

Deuda exterior.	620.040.000 rs.
Deuda interior.	360.461.447 rs. y 11 mrs.
<i>O sea un total de.</i>	<u>980.501.447 rs. y 11 mrs.</u>

Quedaron pendientes de capitalizar. 74.588.605 rs. y 11 mrs.

Esta capitalizacion se hizo sobre la Deuda diferida, ó sea la capitalizacion de intereses vencidos y no satisfechos desde 1836 á 1841, creando para ello el tres por ciento hoy existente, ó sea tres por ciento de 1841.

Todo el mundo sabe y conoce cuál era la situacion económica del país en la época de 1840 al 43; había, es verdad, concluido la guerra civil; pero la nacion necesitaba de inmensos esfuerzos para atenuar y remediar los infinitos males por aquella ocasionados, y los contribuyentes debían dar grandes sumas para hacer frente á las obligaciones que al terminar la guerra debían pagarse.

Y preguntamos ahora nosotros: ¿podia, en aquella época, el partido progresista imponer una contribucion territorial, por ejemplo, de *trescientos millones de reales vellon, ciento sesenta de consumos* y cuarenta y cuatro millones de contribucion industrial? Nô; en aquella época habia un gran deber que cumplir, que era dejar que los pueblos respirasen, dejarlos reponer de sus grandes pérdidas, dejarlos que tomáran asiento para que luego viniesen los moderados y les pudiesen sacar las considerables sumas que les han hecho pagar. Esto era el deber de todo partido amante del pueblo y celoso de la prosperidad pública. El partido progresista cumplió con su deber; pero cuando ciertos deberes de los Gobiernos en nada afectan al bien comun, ó mejor dicho, cuando esos deberes son explotados por otros partidos ó Gobiernos, llevan consigo un gran error, cuyas consecuencias siempre recaen en el que sujeta sus actos á las severas prescripciones de la moral y de la justicia.

Después que el partido progresista se lanzó á la reforma económica; después que á costa de grandísimos sacrificios pudo regularizarla sin gravar á la nacion con cargas de ningún género, faltaba, como siempre ha sucedido, que la acusacion indigna, que la calumnia gratuita se levantase contra los progresistas, para decir, con motivo de la supresion del diezmo: «Habeis dejado comprometida la Hacienda por reformas imprudentes.»

Una de las principales medidas adoptadas por los progresistas en la reforma económica de la nacion, fué, sin duda alguna, la supresion del diezmo. Esta medida económica y al mismo tiempo política, iniciada y llevada á cabo por los progresistas, que nada pudieron utilizar de ella sino el bien que á su país hacian, permitió entonces al partido moderado imponer y cobrar *trescientos millones* de contribucion territorial.

Decimos que fué una medida económica porque se hacía indispensable para esa gran necesidad, y poder hacer que la agricultura tuviera el desarrollo que nunca pudiera tener con el diezmo. Fué además una medida política, porque desde el momento en que el diezmo fué suprimido, se hizo que casi la totalidad de los contribuyentes deseáran el triunfo de la Reina Isabel II.

III.

Cuando en 1844 llegaron al poder los moderados, y con ellos la reaccion contra todo lo que habian hecho los progresistas para restablecer el crédito, la primera medida del señor Mon, contraria al crédito en nuestro sentir, fué el decreto de 26 de junio de 1844, ó la célebre conversion.

Se debia una cantidad bastante considerable, y por ella estaban empeñadas rentas determinadas, el Tesoro público estaba agobiado, y se creyó que lo mejor era verificar esa conversion.

Ascendia entonces la Deuda flotante á *seiscientos cincuenta y dos millones, quinientos cuarenta y cuatro mil, setecientos doce reales*, y el señor Mon verificó aquella conversion imposibilitando en gran manera el arreglo de la Deuda, creando, en vez de salvar, una dificultad de mucha importancia. Se dieron más de tres capitales por uno en aquel arreglo, y aquellos á quienes se les dieron eran ricos, fuertes, influyentes y poderosos, mientras que los pueblos y particulares que habian prestado tantos servicios, que habian consumido sus fortunas y derramado su sangre por la libertad, esos quedaron pobres y desvalidos. No vacilamos en afirmar, porque de ello son los hechos una prueba irrecusable, que el partido moderado, en las diferentes veces que se colocó al frente de la administracion del Estado, ha conculcado siempre los deberes y los derechos, y ha prescindido de toda justicia en pró de sus allegados.

Si habia entonces un gravámen de *seiscientos millones de reales*, una gran parte, más de la mitad, era de época posterior á la en que cesaron los progresistas en el mando; era de contratos recientes, frescos, palpitantes, y el señor Mon, que bien lo sabia, no debió de ningun modo, y bajo ningun pretesto, hacer un arreglo contrario, no solo á la equidad, sino funestísimo para el porvenir de la Deuda española. Más diremos: si seiscientos millones de reales habia que pagar, más de *seiscientos millones de reales* habia dejado por cobrar de atrasos el partido progresista, los cuales cobraron los moderados, y aquí notaremos una de las faltas que en estas cuestiones

siempre ha cometido el partido progresista por su escesiva condescendencia. Desde el año de 1840 al 43, habian sido tan numerosas las consideraciones que se tuvieron con los pueblos, que el partido progresista dejó á los moderados, sus enemigos capitales, más de *seiscientos millones* de atrasos, para que, cobrándolos, pudieran decir que ellos eran los grandes administradores y los grandes hombres de Hacienda. Más decimos: si el partido progresista sube, como ha de subir algun dia al poder, es necesario se persuada que esas consideraciones pueden matarle; que despues de hacer toda clase de economías es preciso decir al pueblo *«tanto se necesita,»* y adoptar al mismo tiempo los medios para que lo que se necesita se pague.

El señor don Alejandro Mon, ministro de Hacienda en aquella época, en vez de hacer la conversion, podia haber entregado los seiscientos millones de reales que los progresistas le habian dejado. Pero aún hay más: en vez de haber ligado al país con un pago perpétuo de *sesenta y cuatro millones de reales*, podia haber hecho una operacion fácil, sencilla, espedita, y con esta operacion, puesto que tenia medios para ello por más de un concepto, habria librado á la nacion de esa carga terrible que á perpetuidad le ha impuesto, y hubiera dejado despues al Gobierno del señor Bravo Murillo, en 1851, en disposicion de hacer el arreglo de la Deuda con mejores condiciones.

Si se hubiera dado á los acreedores, como parecia lo más legítimo, toda esa masa de cantidades atrasadas que el partido progresista dejó al partido moderado, ó si se queria utilizar aquella cantidad, debiera ponerse sobre los años sucesivos, hasta el año 1858, una cantidad determinada; y en esta forma se habria concluido de hacer el total pago, segun claramente lo indica el adjunto estado del Excmo. señor don Pascual Madoz, confeccionado á propósito en aquella época, y de este modo no tendria la nacion *el regalo que le hizo el partido moderado con la carga, tal vez perpétua, de pagar SESENTA Y CUATRO MILLONES DE REALES MÁS CADA AÑO DE CONTRIBUCION.*

ESTADO

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON PASCUAL MADDOZ.

AÑOS.	CRÉDITO.	INTERÉS.	AMORTIZACION.	DÉBITOS PARA EL AÑO SIGUIENTE.
1844	652.544.712	39.152.682	30.847.318	621.697.394
1845	621.697.394	37.301.843	32.698.157	588.999.237
1846	588.999.237	35.340.054	34.659.946	554.339.291
1847	554.339.291	33.260.357	36.739.643	517.599.648
1848	517.599.648	31.055.978	38.944.022	478.655.626
1849	478.655.626	28.719.337	41.280.663	437.374.963
1850	437.374.963	26.242.497	43.757.503	393.617.460
1851	393.617.460	23.617.047	46.382.953	347.234.507
1852	347.234.507	20.834.070	49.165.930	298.068.577
1853	298.068.577	17.884.114	52.115.886	245.952.691
1854	245.952.691	14.757.161	55.242.839	190.709.852
1855	190.709.852	11.442.591	58.557.409	132.152.443
1856	132.152.443	7.929.146	62.070.854	70.081.589
1857	70.081.589	4.204.895	65.795.105	4.286.484
1858	4.286.484	257.189	4.286.481	»
		331.998.961	652.544.712	

Total desembolsado : Rvn. 984.543.673.

Consta de lo que llevamos dicho, y de lo que se desprende además del anterior estado, que con los medios, con las cantidades atrasadas que dejó el partido progresista al cesar en aquella administracion, pudieron cubrirse todas las obligaciones, no hasta el año de 1843, sino hasta junio de 1844.

Pero estábamos ya en el mal camino. En 26 de junio se hizo la conversion, y en 24 de julio se suspendió la venta de los bienes del clero secular y de las monjas.

Los moderados vienen desde entonces renegando del principio de la desamortizacion; pero aunque así obra como partido en documentos públicos y oficiales, cada individuo en la práctica no reniega de él, y compra y ha comprado cuantos bienes nacionales ha podido.

Suspendida la venta de estos bienes, quedaron los acreedores sin esta garantía, gracias al Ministerio que creyó le tenía más cuenta, para sostenerse en el poder, reconciliarse con el clero, que estar bien con los acreedores; por eso ha prescindido de todo lo que en aquella época podía ser de gran provecho para el país; pues pudiendo vender lentamente una gran cantidad de dichos bienes, cuyas cantidades aplicadas á la disminucion de la Deuda, contribuirían indudablemente á que la nacion se hubiera encontrado con los medios suficientes para pagar é ir amortizando, aquel Ministerio, repetimos, ha prescindido de lo más natural y razonable, para arrojar á las justas esperanzas de los acreedores, la terrible frase del inmortal Dante: *Lasciate ogni speranza*.

ARREGLO DE LA DEUDA PÚBLICA

POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JUAN BRAVO MURILLO,

EN EL AÑO DE 1851.

I.

El sistema que con el título de conservador moderado rije y se viene practicando en nuestra patria desde mucho tiempo atras, hace imposible todo género de Gobierno fundado en el voto público y en los principios tutelares que labran la prosperidad de las naciones.

Mandar no es gobernar, porque para lo primero basta la fuerza material, y para lo segundo se necesita crédito, prestigio, popularidad, confianza en los recursos del talento y de la prevision.

Merced á los abusos de que fué víctima la nacion, merced á ilegítimas influencias á que han rendido culto todos los jefes del moderantismo, las crisis que brotan como por encanto en medio de la calma aparente de que disfrutamos, no tienen verdadera significacion política, y no son más que la prueba irrecusable de que, dentro del régimen establecido, existen obstáculos insuperables para resolver las graves cuestiones que se suscitan por la marcha natural de los sucesos y las variadas exigencias de la civilizacion.

Aprisionados en un círculo vicioso de sistemas desacreditados; cerradas las puertas del poder á toda idea regeneradora;

fluctuando diariamente entre situaciones incoloras é indefinidas, que carecen del vigor necesario para declararse subordinadas al neo-catolicismo ó al sistema francamente liberal, permaneceremos siempre en este estado de indecision y vaguedad, y los grandes conflictos económicos que nos rodean, no solo no recibirán solucion alguna, sino que aumentarán profundamente su gravedad.

El partido moderado, representante de una idea que pasó, obstinándose en hacer que prevalezca sobre las nuevas ideas el eclecticismo que le dió vida, sosteniendo eternas luchas entre sus hombres, y formando innumerables fracciones, fruto del antagonismo de sus ideas y de la inmoralidad política que le corroe, es incapaz de hacer frente á las cuestiones del día y conjurar los peligros del porvenir, despues de haber sido, hasta el año de 1857, el único autor de las crisis sucesivas que amenazan colocar la Hacienda pública en una situacion de eterno descrédito, y hundir para siempre el crédito nacional.

Los Gobiernos faltos de iniciativa, los que no se inspiran en la opinion pública, y desconocen ó no tienen en cuenta las necesidades de la época presente, son un peligro para el Estado y cómplices, involuntarios quizá, pero responsables de los errores que pueden provocar grandes perturbaciones sociales.

No á otra causa deben atribuirse los conflictos de la Hacienda que nos abruma, y que pesan principalmente sobre los moderados. Hoy que estos conflictos han llegado á tomar proporciones amenazadoras, todos los que figuraron al frente de la Hacienda pública se apresuran á descargarse de errores por ellos cometidos, sublevándose á la sola idea de que puede exigírseles la responsabilidad de sus actos, ó imputárseles el todo ó parte de las causas que han dificultado la marcha natural, desahogada y tranquila que debiera tener la Hacienda española.

Es una verdad reconocida por la experiencia y por la historia del régimen, representativo de nuestra patria, que la mayor parte de los hombres públicos que figuraron al frente de nuestra Hacienda, han cometido errores funestísimos, cuyos naturales resultados estamos hoy tocando prácticamente. Se apeló siempre á la rutina y al empirismo, desechando los verdaderos principios económicos, con tanta gloria y éxito planteados al principio de nuestra regeneracion política por los

progresistas; y este error, calculado ó imprevisto la mayor parte de las veces, produjo necesariamente la crisis económica que hoy abruma al país, para cuyo remedio son indispensables grandes medidas radicales en la administracion del Estado.

No es nuestro ánimo al escribir el presente opúsculo, tomar una parte directa en la célebre polémica que se ha suscitado entre el Sr. Bravo Murillo y el Sr. Salaverría, ex-ministros ambos de Hacienda, con motivo de la célebre cuestion de los tenedores de cupones y certificados ingleses, sino reseñar, como lo hacemos, y á grandes rasgos, la situacion de la Deuda pública á través de las múltiples y variadas vicisitudes por que atravesó la nacion durante los diversos Gobiernos que rijieron los asuntos públicos, y señalar quiénes han sido los hombres que más responsabilidad debiera exijírseles por sus desaciertos, y por las extrañas doctrinas económicas que han sustentado, lo que contribuyó indudablemente á que nuestro crédito decayes y se cerrasen las Bolsas extranjeras á la cotizacion de los valores españoles.

II.

El primer error con que tropezamos al llegar al arreglo de la Deuda por el Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo, es el crear con la ley de 1851 una gran perturbacion sobre la buena fé pública española. Hablamos de la cuestion de los cupones ingleses, que se hallan por dicho arreglo fuera de la ley, y de los cuales luego nos ocuparemos.

El segundo error es el de proceder al arreglo de la Deuda sin procurar antes arreglar los presupuestos. Reconocemos en el Sr. Bravo Murillo un hombre muy estudioso é ilustrado, de talento claro y distinguido; pero sucede con frecuencia que los hombres más distinguidos, llevados de alguna pasion, suelen cometer errores funestos, cuyas consecuencias envuelven en sí males gravísimos y de difícil remedio.

Que habia un déficit grande en los presupuestos de 1851, no puede dudarse, como lo prueba el adjunto estado.

RESÚMEN sacado de los estados publicados en la GACETA en los cinco primeros meses del año 1851.

MESES.	INGRESOS.	GASTOS.
Enero.	50.783.120	115.213.758
Febrero.	108.931.565	116.232.183
Marzo.	97.918.374	108.984.034
Abril.	68.152.009	102.181.335
Mayo.	118.213.743	119.091.348
Aumentos no comprendidos en dichos meses.. . . .	7.008.283	»
TOTAL.	451.007.094	561.702.658
		451.007.094
DEUDA FLOTANTE que debió contraerse en los cinco primeros meses de 1851. . . . Rvn.		110.695.564
A cuya suma de.		110.695.564
Si se le añaden doscientos treinta y cuatro millones á que ascendia anteriormente la Deuda flotante.. . . .		234.000.000
Más ochenta millones de pagarés, que el Banco habia tomado al Gobierno, hipotecando este las cantidades que debia cobrar en Ultramar.		80.000.000
Y además veinte y cuatro mil quintales de azúgares, que, segun cuenta del entonces Ministro de Hacienda, los calculó á mil cuatrocientos reales quintal, ascenderán á treinta y tres millones seiscientos mil reales. . . .		33.600.000
De modo que todo junto forma un TOTAL de Rvn.		458.295.564

progresistas; y este error, calculado ó imprevisto la mayor parte de las veces, produjo necesariamente la crisis económica que hoy abrumba al país, para cuyo remedio son indispensables grandes medidas radicales en la administracion del Estado.

No es nuestro ánimo al escribir el presente opúsculo, tomar una parte directa en la célebre polémica que se ha suscitado entre el Sr. Bravo Murillo y el Sr. Salaverría, ex-ministros ambos de Hacienda, con motivo de la célebre cuestion de los tenedores de cupones y certificados ingleses, sino reseñar, como lo hacemos, y á grandes rasgos, la situacion de la Deuda pública á través de las múltiples y variadas vicisitudes por que atravesó la nacion durante los diversos Gobiernos que rijieron los asuntos públicos, y señalar quiénes han sido los hombres que más responsabilidad debiera exigírseles por sus desaciertos, y por las estrañas doctrinas económicas que han sustentado, lo que contribuyó indudablemente á que nuestro crédito decayese y se cerrasen las Bolsas estrangeras á la cotizacion de los valores españoles.

II.

El primer error con que tropezamos al llegar al arreglo de la Deuda por el Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo, es el crear con la ley de 1851 una gran perturbacion sobre la buena fé pública española. Hablamos de la cuestion de los cupones ingleses, que se hallan por dicho arreglo fuera de la ley, y de los cuales luego nos ocuparemos.

El segundo error es el de proceder al arreglo de la Deuda sin procurar antes arreglar los presupuestos. Reconocemos en el Sr. Bravo Murillo un hombre muy estudioso é ilustrado, de talento claro y distinguido; pero sucede con frecuencia que los hombres más distinguidos, llevados de alguna pasion, suelen cometer errores funestos, cuyas consecuencias envuelven en sí males gravísimos y de difícil remedio.

Que habia un déficit grande en los presupuestos de 1851, no puede dudarse, como lo prueba el adjunto estado.

RESÚMEN sacado de los estados publicados en la GACETA en los cinco primeros meses del año 1851.

MESES.	INGRESOS.	GASTOS.
Enero.	50.783.120	115.213.758
Febrero.	108.931.565	116.232.183
Marzo.	97.918.374	108.984.034
Abril.	68.152.009	102.181.335
Mayo.	118.213.743	119.091.348
Aumentos no comprendidos en dichos meses.. . . .	7.008.283	»
TOTAL.	451.007.094	561.702.658
		451.007.094
DEUDA FLOTANTE que debió contraerse en los cinco primeros meses de 1851. . . . Rvn.		110.695.564
A cuya suma de.		110.695.564
Si se le añaden doscientos treinta y cuatro millones á que ascendia anteriormente la Deuda flotante.. . . .		234.000.000
Más ochenta millones de pagarés, que el Banco habia tomado al Gobierno, hipotecando este las cantidades que debia cobrar en Ultramar.		80.000.000
Y además veinte y cuatro mil quintales de azúgares, que, segun cuenta del entonces Ministro de Hacienda, los calculó á mil cuatrocientos reales quintal, ascenderán á treinta y tres millones seiscientos mil reales. . . .		33.600.000
<i>De modo que todo junto forma un TOTAL de Rvn.</i>		458.295.564

A esta enorme suma ascendia, segun nuestros cálculos, la Deuda flotante en la época en que el Sr. D. Juan Bravo Murillo presentó á las Córtes del reino el arreglo de la Deuda. Para conllevar tan exorbitante cifra, se necesitaban cuando menos sesenta millones de reales por año, siendo por lo mismo exígua la cantidad de doce millones de reales que se pidieron en los presupuestos de 1852. No comprendemos tampoco cómo, atendida la suma que de sí arroja el anterior estado de los ingresos y gastos del primer semestre de 1851, y que en el segundo debieron por necesidad elevarse á una suma más considerable, no comprendemos, decimos, cómo aquel Gobierno llegó á afirmar en el seno de las Córtes que calculaba sus sobrantes en treinta y siete millones de reales, y eso que no añadimos á las cantidades anteriores los quebrantos de giro de las libranzas de Ultramar, cuyas cuentas, nunca que sepamos, se permitieron examinar.

El Sr. Bravo Murillo recurrió entonces á un espediente ingeniosísimo, y que solo á él podia ocurrírsele, para obtener siquiera en el papel una nivelacion aproximada de los gastos con los ingresos; se le ocurrió, decimos, retener á varias clases que vivian del Tesoro, una, dos, tres ó cuatro mesadas de haber, segun las respectivas circunstancias de cada uno. El producto de esta retencion en 1850, fué calculado en *cincuenta millones seiscientos noventa y cuatro mil seiscientos cincuenta y siete reales*, que con escándalo de todo el mundo le llamó el Sr. Bravo Murillo *economías*, sin atender á que se declaraba allí que el crédito quedaba existente á favor de los interesados, lo que equivale á decir que aquella suma se quedaba debiendo, y por lo tanto devengando intereses.

El Sr. Bravo Murillo es un hombre que ha adquirido cierta reputacion, conllevando los gastos con una regularidad hacía algunos años desconocida, á espensas, empero, de la creacion de una Deuda flotante que ha continuado creciendo en una progresion tan alarmante, que casi ha devorado el capital del Estado, gracias á la administracion del Sr. Salaverría, que ha servido bajo la *«dependencia honrosa de tan distinguido superior.»*

Somos los primeros en reconocer la necesidad de la Deuda flotante, porque, sin que nos paremos á buscar aquí las causas de esta anomalía, el presupuesto de ingresos nunca basta á

cubrir el de gastos; pero admitimos la Deuda flotante solo siendo liquidada en fin de cada año, ó primer semestre del año siguiente; y hasta tal punto la creemos necesaria, que sin ella no concebimos el orden ni la regularidad del servicio, que no debe hacerse depender de las vicisitudes de los ingresos, ni puede por otra parte, obligarse al Gobierno á forzar la recaudacion, ni á dejar de guardar á los pueblos aquellas consideraciones que su estado puede exigir para hacer más llevaderas las exacciones, en lo cual se veria imposibilitado, si no tuviera otros medios para atender á los vencimientos de los semestres de las Deudas y demás urgencias apremiantes. Pero exigimos de los Gobiernos que tengan sumo cuidado no abrir con la Deuda flotante un ancho campo de especulacion, como haría un pródigo, ni comprometer demasiado el porvenir que no les pertenece, y sobre el que tendrian derecho á exigirles los Gobiernos que le sucedan la responsabilidad de las malas situaciones que les acarree.

Todas las naciones, aun aquellas que disponen de mayores recursos, tienen esta clase de Deuda que se aumenta ó disminuye segun las necesidades; pero el modo con que las administraciones del partido moderado procuraron arreglar la nuestra, ha sido sumamente funesto para el Estado. El Sr. D. Alejandro Mon para deshacerse de ella, comenzó por contraer otra con el Banco, que vino á quedar con el privilegio esclusivo de contratar con el Gobierno, y gravó además al país con *sesenta millones* de reales al año, como dejamos probado. El Sr. Bravo Murillo, al intentar su arreglo, comenzó tambien por partir de un gravísimo error, cual fué tener un enorme déficit entre los ingresos y los gastos del presupuestó, y proceder á un arreglo imposible en tanto que los ingresos no fuesen mayores que los gastos.

En nuestro sentir, la Deuda flotante debe siempre guardar cierta proporcion con los recursos del país; y sobre todo, se debe usar con mucha sobriedad de la confianza que el Tesoro logre inspirar en circunstancias favorables, y no llevarla al estremo de que en un momento dado pueda amenguar repentinamente, y aun desaparecer del todo, como en la actualidad lo estamos presenciando *por el abuso* que de ella se hizo durante los cinco años de Gobierno de la union liberal.

Para obtener este resultado se debiera fijar prudentemente

A esta enorme suma ascendia, segun nuestros cálculos, la Deuda flotante en la época en que el Sr. D. Juan Bravo Murillo presentó á las Córtes del reino el arreglo de la Deuda. Para conllevar tan exorbitante cifra, se necesitaban cuando menos sesenta millones de reales por año, siendo por lo mismo exígua la cantidad de doce millones de reales que se pidieron en los presupuestos de 1852. No comprendemos tampoco cómo, atendida la suma que de sí arroja el anterior estado de los ingresos y gastos del primer semestre de 1851, y que en el segundo debieron por necesidad elevarse á una suma más considerable, no comprendemos, decimos, cómo aquel Gobierno llegó á afirmar en el seno de las Córtes que calculaba sus sobrantes en treinta y siete millones de reales, y eso que no añadimos á las cantidades anteriores los quebrantos de giro de las libranzas de Ultramar, cuyas cuentas, nunca que sepamos, se permitieron examinar.

El Sr. Bravo Murillo recurrió entonces á un espediente ingeniosísimo, y que solo á él podia ocurrírsele, para obtener siquiera en el papel una nivelacion aproximada de los gastos con los ingresos; se le ocurrió, decimos, retener á varias clases que vivian del Tesoro, una, dos, tres ó cuatro mesadas de haber, segun las respectivas circunstancias de cada uno. El producto de esta retencion en 1850, fué calculado en *cincuenta millones seiscientos noventa y cuatro mil seiscientos cincuenta y siete reales*, que con escándalo de todo el mundo le llamó el Sr. Bravo Murillo *economías*, sin atender á que se declaraba allí que el crédito quedaba existente á favor de los interesados, lo que equivale á decir que aquella suma se quedaba debiendo, y por lo tanto devengando intereses.

El Sr. Bravo Murillo es un hombre que ha adquirido cierta reputacion, conllevando los gastos con una regularidad hacia algunos años desconocida, á espensas, empero, de la creacion de una Deuda flotante que ha continuado creciendo en una progresion tan alarmante, que casi ha devorado el capital del Estado, gracias á la administracion del Sr. Salaverría, que ha servido bajo la *«dependencia honrosa de tan distinguido superior.»*

Somos los primeros en reconocer la necesidad de la Deuda flotante, porque, sin que nos paremos á buscar aquí las causas de esta anomalía, el presupuesto de ingresos nunca basta á

cubrir el de gastos; pero admitimos la Deuda flotante solo siendo liquidada en fin de cada año, ó primer semestre del año siguiente; y hasta tal punto la creemos necesaria, que sin ella no concebimos el orden ni la regularidad del servicio, que no debe hacerse depender de las vicisitudes de los ingresos, ni puede por otra parte, obligarse al Gobierno á forzar la recaudacion, ni á dejar de guardar á los pueblos aquellas consideraciones que su estado puede exigir para hacer más llevaderas las exacciones, en lo cual se veria imposibilitado, si no tuviera otros medios para atender á los vencimientos de los semestres de las Deudas y demás urgencias apremiantes. Pero exigimos de los Gobiernos que tengan sumo cuidado no abrir con la Deuda flotante un ancho campo de especulacion, como haría un pródigo, ni comprometer demasiado el porvenir que no les pertenece, y sobre el que tendrian derecho á exigirles los Gobiernos que le sucedan la responsabilidad de las malas situaciones que les acarree.

Todas las naciones, aun aquellas que disponen de mayores recursos, tienen esta clase de Deuda que se aumenta ó disminuye segun las necesidades; pero el modo con que las administraciones del partido moderado procuraron arreglar la nuestra, ha sido sumamente funesto para el Estado. El Sr. D. Alejandro Mon para deshacerse de ella, comenzó por contraer otra con el Banco, que vino á quedar con el privilegio esclusivo de contratar con el Gobierno, y gravó además al país con *sesenta millones* de reales al año, como dejamos probado. El Sr. Bravo Murillo, al intentar su arreglo, comenzó tambien por partir de un gravísimo error, cual fué tener un enorme déficit entre los ingresos y los gastos del presupuesto, y proceder á un arreglo imposible en tanto que los ingresos no fuesen mayores que los gastos.

En nuestro sentir, la Deuda flotante debe siempre guardar cierta proporcion con los recursos del país; y sobre todo, se debe usar con mucha sobriedad de la confianza que el Tesoro logre inspirar en circunstancias favorables, y no llevarla al extremo de que en un momento dado pueda amenguar repentinamente, y aun desaparecer del todo, como en la actualidad lo estamos presenciando *por el abuso* que de ella se hizo durante los cinco años de Gobierno de la union liberal.

Para obtener este resultado se debiera fijar prudentemente

todos los años, despues de votado el presupuesto, el máximo de la cantidad á que pueda ascender la Deuda flotante, añadiendo á esto un sistema de publicidad periódica del estado y cuenta del Tesoro con sus acreedores.

No creemos que con esto se eviten todos los inconvenientes, lo cual quizá no sea posible; pero es positivo que se aminoran en gran manera. Además, en esta clase de deuda siempre existió una confusion que nunca ha permitido ver claro su estado verdadero.

A fines del año de 1849 habia dos clases de deudas contra el Tesoro: una la de obligaciones del presupuesto que no podia pagarse por el pronto, y tuvo que aplazarse; y otra, la de obligaciones pagadas ya anteriormente; pero que su importe afectaba los rendimientos futuros de las rentas y contribuciones, sobre los cuales estaba su pago hipotecado, que es precisamente lo que se denomina flotante. En la primera de estas dos clases de deuda se hallaba comprendida toda la del personal que habia dejado de satisfacerse, y la del material, que segun dejamos dicho, admitia un aplazamiento.

Es, pues, un hecho reconocido que el órden de la administracion, el arreglo y la buena recaudacion de los impuestos, son necesarios para los buenos principios del arreglo de la Deuda flotante; pero para arreglarla es preciso que se conozca ésta, y que desaparezca el método funesto que se ha seguido en el arreglo de 1851, en el cual, ademas de mezclar ó confundir con la Deuda flotante otras muchas deudas que indebidamente se fueron llevando de un año á otro, nunca se supo á punto fijo el total de la misma; pues mientras que por unos se decia que la Deuda flotante ascenderia á doscientos millones, y otros la elevaban á trescientos, cuatrocientos y quinientos millones de reales, el debate suscitado con este motivo en el Congreso de los diputados, probó para confusion del Gobierno que presentó el arreglo, que su verdadera suma se elevaba á *mil quinientos millones de reales*. Hechos son estos, demasiado elocuentes por sí solos, que prueban con evidencia la falta de claridad y la defectuosa administracion de ciertos hombres y ciertos partidos.

III.

Desde 1845 hasta 1854 se ha olvidado por completo que nuestra legislación económica no estaba en armonía con las necesidades de aquella época, como igualmente no lo está hoy. El Sr. Mon y el Sr. Bravo Murillo, al desconocer esta verdad, dificultaron con sus medidas y arreglos la libertad del consumo, y han puesto enormes trabas á las transacciones mercantiles, contribuyendo indudablemente á que España aparezca más pobre de lo que realmente es, y haciendo al mismo tiempo graves perjuicios á la producción agrícola.

El Sr. Bravo Murillo, al presentar su arreglo de la Deuda, desconocía, ó si lo conocía no quiso manifestarlo, que la Deuda flotante ascendía á una cantidad fabulosa comparada con la que el Gobierno presentó á las Cortes en 1851: y si tuvo finalmente, como nosotros no dudamos, la gran idea de consolidar y unificar la totalidad de la Deuda, cometió un gravísimo error en llevar á cabo dicho arreglo, pues para esto eran precisos, indispensables mayores recursos que los que ofrecían los presupuestos; y la exigua suma de diez y ocho millones anuales para satisfacer los intereses de más de *cinco mil millones*, cantidad que arrojaron de sí los créditos contra el Estado presentados en dicho arreglo, es casi una broma hecha á los acreedores, pues apenas reciben en virtud de dicha ley un tercio por ciento al año.

No nos espantaría la carga del arreglo, si al mismo tiempo que se impuso, se creasen los medios para sostenerla, condición necesaria para esta clase de combinaciones, pues sin ella suele suceder, que engañado el deudor de buena fé por sus deseos y esperanzas, se encuentra en la imposibilidad de cumplir palabras empeñadas con harta ligereza. Pero estos medios que debían ser la base esencial del arreglo, no solo no existían, sino que el Sr. Bravo Murillo ha cometido una grave falta al tratar de la Deuda perpétua diferida, pues en vez de ir aumentando el importe de los intereses, debiera ir sucesivamente disminuyéndolos. En una palabra, en lugar de establecer una Deuda exclusivamente perpétua é indefinida, y otra

todos los años, despues de votado el presupuesto, el máximo de la cantidad á que pueda ascender la Deuda flotante, añadiendo á esto un sistema de publicidad periódica del estado y cuenta del Tesoro con sus acreedores.

No creemos que con esto se eviten todos los inconvenientes, lo cual quizá no sea posible; pero es positivo que se aminoran en gran manera. Además, en esta clase de deuda siempre existió una confusion que nunca ha permitido ver claro su estado verdadero.

A fines del año de 1849 habia dos clases de deudas contra el Tesoro: una la de obligaciones del presupuesto que no podia pagarse por el pronto, y tuvo que aplazarse; y otra, la de obligaciones pagadas ya anteriormente; pero que su importe afectaba los rendimientos futuros de las rentas y contribuciones, sobre los cuales estaba su pago hipotecado, que es precisamente lo que se denomina flotante. En la primera de estas dos clases de deuda se hallaba comprendida toda la del personal que habia dejado de satisfacerse, y la del material, que segun dejamos dicho, admitia un aplazamiento.

Es, pues, un hecho reconocido que el órden de la administracion, el arreglo y la buena recaudacion de los impuestos, son necesarios para los buenos principios del arreglo de la Deuda flotante; pero para arreglarla es preciso que se conozca ésta, y que desaparezca el método funesto que se ha seguido en el arreglo de 1851, en el cual, ademas de mezclar ó confundir con la Deuda flotante otras muchas deudas que indebidamente se fueron llevando de un año á otro, nunca se supo á punto fijo el total de la misma; pues mientras que por unos se decia que la Deuda flotante ascenderia á doscientos millones, y otros la elevaban á trescientos, cuatrocientos y quinientos millones de reales, el debate suscitado con este motivo en el Congreso de los diputados, probó para confusion del Gobierno que presentó el arreglo, que su verdadera suma se elevaba á *mil quinientos millones de reales*. Hechos son estos, demasiado elocuentes por sí solos, que prueban con evidencia la falta de claridad y la defectuosa administracion de ciertos hombres y ciertos partidos.

III.

Desde 1845 hasta 1854 se ha olvidado por completo que nuestra legislación económica no estaba en armonía con las necesidades de aquella época, como igualmente no lo está hoy. El Sr. Mon y el Sr. Bravo Murillo, al desconocer esta verdad, dificultaron con sus medidas y arreglos la libertad del consumo, y han puesto enormes trabas á las transacciones mercantiles, contribuyendo indudablemente á que España aparezca más pobre de lo que realmente es, y haciendo al mismo tiempo graves perjuicios á la producción agrícola.

El Sr. Bravo Murillo, al presentar su arreglo de la Deuda, desconocía, ó si lo conocía no quiso manifestarlo, que la Deuda flotante ascendía á una cantidad fabulosa comparada con la que el Gobierno presentó á las Cortes en 1851: y si tuvo finalmente, como nosotros no dudamos, la gran idea de consolidar y unificar la totalidad de la Deuda, cometió un gravísimo error en llevar á cabo dicho arreglo, pues para esto eran precisos, indispensables mayores recursos que los que ofrecían los presupuestos; y la exígua suma de diez y ocho millones anuales para satisfacer los intereses de más de *cinco mil millones*, cantidad que arrojaron de sí los créditos contra el Estado presentados en dicho arreglo, es casi una broma hecha á los acreedores, pues apenas reciben en virtud de dicha ley un tercio por ciento al año.

No nos espantaría la carga del arreglo, si al mismo tiempo que se impuso, se creasen los medios para sostenerla, condición necesaria para esta clase de combinaciones, pues sin ella suele suceder, que engañado el deudor de buena fé por sus deseos y esperanzas, se encuentra en la imposibilidad de cumplir palabras empeñadas con harta ligereza. Pero estos medios que debían ser la base esencial del arreglo, no solo no existían, sino que el Sr. Bravo Murillo ha cometido una grave falta al tratar de la Deuda perpétua diferida, pues en vez de ir aumentando el importe de los intereses, debiera ir sucesivamente disminuyéndolos. En una palabra, en lugar de establecer una Deuda exclusivamente perpétua é indefinida, y otra

esclusivamente amortizable, debiera formar una sola que á la vez fuese amortizable y consolidada.

Convencidos estamos de que para esto era necesario buscar recursos suficientes, seguros, independientes del presupuesto, puestos al abrigo de toda vicisitud, siempre á la vista de todos, para que el fondo destinado al pago sirviese entre tanto de garantía. Difícil era esto, pero en vencer estos obstáculos consiste el mérito de los hombres públicos, celosos de la prosperidad de su patria, y amantes del buen nombre nacional. ¿Pero de dónde sacaba el Sr. Bravo Murillo los medios para dejar aseguradas desde luego, y cumplidas despues, las nuevas obligaciones que se imponian á la Nacion?

Triste es decirlo: el Sr. Bravo Murillo pensaba sacarlos del presupuesto que tenia en déficit. ¡Como si diera un sobrante para contraer nuevos empeños, sin perjuicio de atender á los gastos ordinarios de aquella época; como si el déficit confesado no fuese de *ciento ochenta y tres millones trescientos cuarenta y dos mil setecientos cincuenta y ocho reales*, y otro déficit no confesado, pero mucho más considerable, como dejamos demostrado; como si á este *déficit* no hubiera que añadir los *ochenta millones cuatrocientos cincuenta y cinco mil seiscientos veinte y siete reales* que se retuvieron á las clases activas y pasivas, para dárselos algun dia juntos con los demás atrasos, segun poco há dejamos tambien indicado; como si la misma Deuda del tres por ciento, privada de toda amortizacion, no debiese aumentar más bien que disminuir por efecto de la liquidacion de los partícipes legos en diezmos.

El coste del arreglo de la Deuda no debia, no podia salir de ninguna manera del presupuesto: el Sr. Bravo Murillo no quiso desengañarse, ni conocer la verdad; solo se empeñó en realizar un imposible, cuyos efectos está pagando la Nacion.

Otro de los errores del Sr. Bravo Murillo fué el pretender retirar de la circulacion la suma de *seis mil setecientos sesenta millones setecientos setenta y cuatro mil seiscientos cuatro reales*, á que poco más ó menos ascendian entonces las deudas amortizables, adoptando para esto cuatro medios, en nuestro sentir ineficaces.

Primer medio. *Las fincas, foros y derechos pertenecientes*

al Estado, como mostrencos y los procedentes de tanteos y adjudicaciones por débitos.

Segundo. *Los baldíos y realengos, á escepcion de los que fueren de legitimo aprovechamiento comun de los pueblos.*

Tercero. *El veinte por ciento con que se hallan gravados á favor del Estado los bienes pertenecientes á propios.*

Cuarto. *Doce millones de reales efectivos que se consignarán cada año en el presupuesto general del Estado desde 1852.*

Nada más ineficaz para amortizar dichas deudas, que las bases presentadas al efecto por el Sr. D. Juan Bravo Murillo.

Todo lo comprendido en el primer medio ascendia á *once millones seiscientos treinta y siete mil novecientos ochenta y un reales*, que producian una renta de 273,117 reales. ¿Y qué era esto; qué significacion podia tener una cantidad tan exígua para principio de amortizacion de más de *seis mil setecientos sesenta millones*? ¿Qué valor podian tener los baldíos y realengos, que carecian de justo precio, y la mayor parte carecian de él por efecto de la falta de comunicaciones? ¿Cómo se encontraban entonces los pueblos para poder redimir esa carga del veinte por ciento cuando muy raros eran los que se hallaban con lo suficiente para cubrir sus atenciones municipales? Demostrada la inutilidad de los tres medios anteriores, ¿qué energia ó eficacia podia tener el último? Ninguna; todo lo más, equivalia á un reembolso de quinientos sesenta y tres años á razon de diez y ocho céntimos por ciento escasos de cada uno.

El proyecto de arreglo de la Deuda ha sido una gravísima carga para la Nacion, por la ligereza en su estudio, en las disposiciones adoptadas, y por la imprevision fatal de no saber antes á punto fijo los medios que eran indispensables para que el Tesoro sobrellevase con algun desahogo las nuevas y enormes obligaciones que sobre él iban á gravitar.

Peró esto nada, en verdad, nos estraña. ¿Y cómo estrañarnos? ¿No arrojan los hechos lo suficiente para probar que el Sr. Bravo Murillo obró con sobrada ligereza, que emprendió prematuramente la obra del arreglo de nuestras deudas, desconociendo el valor real de la mayor parte de los créditos, y careciendo de medios eficaces para consolidar unos y amortizar los otros? Las cuestiones suscitadas de quince años á esta

esclusivamente amortizable, debiera formar una sola que á la vez fuese amortizable y consolidada.

Convencidos estamos de que para esto era necesario buscar recursos suficientes, seguros, independientes del presupuesto, puestos al abrigo de toda vicisitud, siempre á la vista de todos, para que el fondo destinado al pago sirviese entre tanto de garantía. Difícil era esto, pero en vencer estos obstáculos consiste el mérito de los hombres públicos, celosos de la prosperidad de su patria, y amantes del buen nombre nacional. ¿Pero de dónde sacaba el Sr. Bravo Murillo los medios para dejar aseguradas desde luego, y cumplidas despues, las nuevas obligaciones que se imponian á la Nacion?

Triste es decirlo: el Sr. Bravo Murillo pensaba sacarlos del presupuesto que tenia en déficit. ¡Como si diera un sobrante para contraer nuevos empeños, sin perjuicio de atender á los gastos ordinarios de aquella época; como si el déficit confesado no fuese de *ciento ochenta y tres millones trescientos cuarenta y dos mil setecientos cincuenta y ocho reales*, y otro déficit no confesado, pero mucho más considerable, como dejamos demostrado; como si á este *déficit* no hubiera que añadir los *ochenta millones cuatrocientos cincuenta y cinco mil seiscientos veinte y siete reales* que se retiraron á las clases activas y pasivas, para dárselos algun dia juntos con los demás atrasos, segun poco há dejamos tambien indicado; como si la misma Deuda del tres por ciento, privada de toda amortizacion, no debiese aumentar más bien que disminuir por efecto de la liquidacion de los partícipes legos en diezmos.

El coste del arreglo de la Deuda no debia, no podia salir de ninguna manera del presupuesto: el Sr. Bravo Murillo no quiso desengañarse, ni conocer la verdad; solo se empeñó en realizar un imposible, cuyos efectos está pagando la Nacion.

Otro de los errores del Sr. Bravo Murillo fué el pretender retirar de la circulacion la suma de *seis mil setecientos sesenta millones setecientos setenta y cuatro mil seiscientos cuatro reales*, á que poco más ó menos ascendian entonces las deudas amortizables, adoptando para esto cuatro medios, en nuestro sentir ineficaces.

Primer medio. *Las fincas, foros y derechos pertenecientes*

al Estado, como mostrencos y los procedentes de tanteos y adjudicaciones por débitos.

Segundo. *Los baldíos y realengos, á escepcion de los que fueren de legitimo aprovechamiento comun de los pueblos.*

Tercero. *El veinte por ciento con que se hallan gravados á favor del Estado los bienes pertenecientes á propios.*

Cuarto. *Doce millones de reales efectivos que se consignarán cada año en el presupuesto general del Estado desde 1852.*

Nada más ineficaz para amortizar dichas deudas, que las bases presentadas al efecto por el Sr. D. Juan Bravo Murillo.

Todo lo comprendido en el primer medio ascendia á *once millones seiscientos treinta y siete mil novecientos ochenta y un reales*, que producian una renta de 273,117 reales. ¿Y qué era esto; qué significacion podia tener una cantidad tan exígua para principio de amortizacion de más de *seis mil setecientos sesenta millones*? ¿Qué valor podian tener los baldíos y realengos, que carecian de justo precio, y la mayor parte carecian de él por efecto de la falta de comunicaciones? ¿Cómo se encontraban entonces los pueblos para poder redimir esa carga del veinte por ciento cuando muy raros eran los que se hallaban con lo suficiente para cubrir sus atenciones municipales? Demostrada la inutilidad de los tres medios anteriores, ¿qué energía ó eficacia podia tener el último? Ninguna; todo lo más, equivalia á un reembolso de quinientos sesenta y tres años á razon de diez y ocho céntimos por ciento escasos de cada uno.

El proyecto de arreglo de la Deuda ha sido una gravísima carga para la Nacion, por la ligereza en su estudio, en las disposiciones adoptadas, y por la imprevision fatal de no saber antes á punto fijo los medios que eran indispensables para que el Tesoro sobrellevase con algun desahogo las nuevas y enormes obligaciones que sobre él iban á gravitar.

Pero esto nada, en verdad, nos estraña. ¿Y cómo estrañarnos? ¿No arrojan los hechos lo suficiente para probar que el Sr. Bravo Murillo obró con sobrada ligereza, que emprendió prematuramente la obra del arreglo de nuestras deudas, desconociendo el valor real de la mayor parte de los créditos, y careciendo de medios eficaces para consolidar unos y amortizar los otros? Las cuestiones suscitadas de quince años á esta

parte con motivo de la ley de 1851, ¿no prueban evidentemente que el Sr. Bravo Murillo ha cometido en esto un gravísimo error hijo de la incoherencia de sus ideas, de la falta de principios fijos y de la carencia de todo conocimiento exacto sobre la importantísima cuestión que recibió sancion de ley, quizá forzosa, por las Córtes de aquella época, Córtes que el señor Bravo Murillo se vió obligado á disolver por un acto *ab irato* de su voluntad?

Y de esto no puede cabernos duda alguna, atendidas las variaciones de doctrina y de conducta observadas en el Sr. Bravo Murillo por aquella época. En 1850, tratándose del arreglo de la Deuda, proponia el Sr. Bravo Murillo que se redujeran los capitales, y pasado el proyecto á la comision de la Deuda, decia el Sr. Bertran de Lis, ministro de Gobernacion con el Sr. Bravo Murillo en 1851, que la reduccion de los capitales era un ataque á la propiedad, y como tal inadmisibile. El señor Bravo Murillo conservaba el cinco y el cuatro por ciento, y los cupones, los créditos de América, francos, depósitos, etc.; los colocaba en la más ínfima clase, escepto la Deuda sin interés, convirtiéndolos en vales consolidados, mientras que el señor Bertran de Lis opinaba que se colocasen en la primera clase.

Nada se decia en 1850, sobre la Deuda proveniente de daños causados en la pasada guerra; ni el Sr. Bravo Murillo, ni el señor Bertran de Lis hacian de ella mencion, y en el proyecto de ley de 1851, se proponia que se pagase en títulos de la Deuda amortizable: el Sr. Bertran de Lis proponia la desamortizacion completa, y el Sr. Bravo Murillo nada nos dijo de ella.

En 1850 decia el Sr. Bravo Murillo que no era posible disponer de más de ochenta millones para pagar los intereses de la Deuda, y que el pasar de esta cifra era engañar á los acreedores, y en 1851 quiso que el país pagase más de ciento; en 1850 decia: «no basta decir que se pagará, es menester saber con que se cuenta para pagar,» y luego añadía: «podemos reunir en los primeros años sesenta millones;» pero cuando subió en 1851 á presidente del Consejo de ministros, apenas nos dijo una palabra acerca de los recursos con que se contaba, como si estuvieran completamente asegurados. ¿Y qué prueban estas contradicciones? Que no se ha meditado lo bastante sobre una cuestión vitalísima para la Nacion, que se obró con una ligereza harto censurable, ligereza que debia naturalmente producir

los conflictos que estamos palpando en detrimento y desprestigio del crédito nacional. ¿Y cuáles han sido las consecuencias de esa impremeditacion? ¿Recobraron nuestros Gobiernos el crédito que necesitaban para encontrar dinero, ya para mejorar su administracion, ya para promover las inmensas obras de comunicacion que el país precisaba y precisa? De ningun modo. Los acreedores, por punto general, reciben siempre como un hallazgo lo que logran sacar de un deudor que no ha conseguido restablecer su fortuna, y jamás se aviene á entrar en tratos con quien para satisfacer en parte sus deudas antiguas, se halla en la precision de contraer otras nuevas.

Además, se nos ocurre preguntar, ¿fué justa, fué conveniente dicha ley? Nosotros creemos que no.

En dicha ley es preciso comprender que no se trata del arreglo de la Deuda, sino de un avenimiento con los acreedores, porque cuando no se puede pagar, es necesario avenirse con los tenedores de créditos, y en esta cuestion han faltado los preliminares esenciales del arreglo, como faltó la avenencia de la mayoría de los acreedores á las proposiciones del deudor, de modo que puede decirse que en realidad dicho arreglo no tiene ese carácter, que no es solemne y obligatorio para todos, y que los acreedores quedaron en completa libertad de resistirse á dicha ley ó acatarla.

Debia además saberse si habia ó no los recursos necesarios para pagar á todos; si los habia ¿por qué escluir á los acreedores extranjeros, debiendo al contrario ser preferibles á los nacionales, porque estos disfrutan de todos los beneficios del país, mientras que aquellos no tienen más beneficio ni más esperanza que el cobro de sus créditos? Y si no habia esos recursos ¿á qué proceder con tanta impremeditacion al arreglo de la Deuda, siendo así que de esto debian indudablemente redundar graves daños y ocasionar enormes perjuicios á los intereses de la Nacion? ¿Por qué no se hizo caso de los artículos que publicaron los periódicos ingleses *The Times*, *The Daily News*, *The Morning Chronicle*, and *The Morning Post* sobre dicho arreglo, y las cartas que de dicha nacion inglesa escribieron á algunos miembros de la comision del proyecto de ley? Nosotros cuanto más lo estudiamos tanto menos lo comprendemos.

El Sr. Bravo Murillo creyó más conveniente atender á sus inspiraciones particulares, que al deber de prestar su conside-

ración á los derechos de los acreedores. Se quiso prescindir de lo que debiera ser más justo y razonable, y eso que bien meditada la situación de España se podía, por medio de una ley sabia y justa, atender al arreglo y unificación de sus deudas.

Ahora bien; ¿tenian los moderados, tenia la Nacion medios suficientes, no solo para amortizar gran parte de la Deuda pública, sino para atender á las reclamaciones de los tenedores extranjeros, cuyos créditos negados dieron por resultado la clausura de las bolsas de Europa á la cotizacion de los valores españoles? Indudablemente que sí, y con el producto de la venta de los bienes nacionales sábiamente dirigida y aplicado el capital á la extincion de la Deuda, ni el país estaria declarado insolvente por los acreedores, ni menos el Tesoro se veria hoy agobiado, quizá para siempre, con un enorme déficit. Que el producto de la venta de bienes era casi lo suficiente para atender á las obligaciones hasta entonces por la Nacion contraidas, lo prueban evidentemente las cantidades que de sí arroja el siguiente estado copiado literalmente de los documentos que en aquella época presentó la Direccion general de contribuciones, estadística y fincas del Estado.

ESTADO sacado de los documentos presentados por la Direccion general de Contribuciones, Estadística y fincas del Estado.

PROCEDENCIA.	NUMERO DE FINCAS.	VALOR		PRODUCTO		TOTAL.
		EN TASACION.	EN VENTA.	EN METÁLICO.	EN PAPEL.	
Del Clero secular y menor cuantía.	67.325	472.814.300	779.415.281	380.806.049	398.609.232	779.415.281
Fincas del Clero regular. .	90.678	1.188.082.422	3.185.437.883	»	3.185.437.883	3.185.437.883
Foros y censos del Clero re- gular.	36.139	260.631.053	507.015.676	»	507.015.676	507.015.676
Orden de San Juan. . . .	2.572	39.665.657	45.790.781	45.790.781	»	45.790.781
Censos redimidos procedentes del Clero regular. . . .	18.375	190.176.338	»	»	190.176.338	190.176.338
Censos redimidos procedentes de la órden de San Juan. .	580	1.497.306	»	1.497.306	»	1.497.306
Venta de edificios, ó sean conventos.	731	»	163.756.495	»	163.756.495	163.756.495
TOTAL.	216.400	2.152.867.076	4.681.416.116	428.094.136	4.444.995.624	4.873.089.760

racion á los derechos de los acreedores. Se quiso prescindir de lo que debiera ser más justo y razonable, y eso que bien meditada la situacion de España se podia, por medio de una ley sábia y justa, atender al arreglo y unificacion de sus deudas.

Ahora bien; ¿tenian los moderados, tenia la Nacion medios suficientes, no solo para amortizar gran parte de la Deuda pública, sino para atender á las reclamaciones de los tenedores extranjeros, cuyos créditos negados dieron por resultado la clausura de las bolsas de Europa á la cotizacion de los valores españoles? Indudablemente que sí, y con el producto de la venta de los bienes nacionales sábiamente dirigida y aplicado el capital á la extincion de la Deuda, ni el país estaria declarado insolvente por los acreedores, ni menos el Tesoro se veria hoy agobiado, quizá para siempre, con un enorme déficit. Que el producto de la venta de bienes era casi lo suficiente para atender á las obligaciones hasta entonces por la Nacion contraidas, lo prueban evidentemente las cantidades que de sí arroja el siguiente estado copiado literalmente de los documentos que en aquella época presentó la Direccion general de contribuciones, estadística y fincas del Estado.

1800	1801	1802	1803	1804	1805	1806	1807	1808	1809	1810	1811	1812	1813	1814	1815	1816	1817	1818	1819	1820	1821	1822	1823	1824	1825	1826	1827	1828	1829	1830	1831	1832	1833	1834	1835	1836	1837	1838	1839	1840	1841	1842	1843	1844	1845	1846	1847	1848	1849	1850	1851	1852	1853	1854	1855	1856	1857	1858	1859	1860	1861	1862	1863	1864	1865	1866	1867	1868	1869	1870	1871	1872	1873	1874	1875	1876	1877	1878	1879	1880	1881	1882	1883	1884	1885	1886	1887	1888	1889	1890	1891	1892	1893	1894	1895	1896	1897	1898	1899	1900	1901	1902	1903	1904	1905	1906	1907	1908	1909	1910	1911	1912	1913	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928	1929	1930	1931	1932	1933	1934	1935	1936	1937	1938	1939	1940	1941	1942	1943	1944	1945	1946	1947	1948	1949	1950	1951	1952	1953	1954	1955	1956	1957	1958	1959	1960	1961	1962	1963	1964	1965	1966	1967	1968	1969	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018	2019	2020	2021	2022	2023	2024	2025	2026	2027	2028	2029	2030	2031	2032	2033	2034	2035	2036	2037	2038	2039	2040	2041	2042	2043	2044	2045	2046	2047	2048	2049	2050	2051	2052	2053	2054	2055	2056	2057	2058	2059	2060	2061	2062	2063	2064	2065	2066	2067	2068	2069	2070	2071	2072	2073	2074	2075	2076	2077	2078	2079	2080	2081	2082	2083	2084	2085	2086	2087	2088	2089	2090	2091	2092	2093	2094	2095	2096	2097	2098	2099	2100	2101	2102	2103	2104	2105	2106	2107	2108	2109	2110	2111	2112	2113	2114	2115	2116	2117	2118	2119	2120	2121	2122	2123	2124	2125	2126	2127	2128	2129	2130	2131	2132	2133	2134	2135	2136	2137	2138	2139	2140	2141	2142	2143	2144	2145	2146	2147	2148	2149	2150	2151	2152	2153	2154	2155	2156	2157	2158	2159	2160	2161	2162	2163	2164	2165	2166	2167	2168	2169	2170	2171	2172	2173	2174	2175	2176	2177	2178	2179	2180	2181	2182	2183	2184	2185	2186	2187	2188	2189	2190	2191	2192	2193	2194	2195	2196	2197	2198	2199	2200	2201	2202	2203	2204	2205	2206	2207	2208	2209	2210	2211	2212	2213	2214	2215	2216	2217	2218	2219	2220	2221	2222	2223	2224	2225	2226	2227	2228	2229	2230	2231	2232	2233	2234	2235	2236	2237	2238	2239	2240	2241	2242	2243	2244	2245	2246	2247	2248	2249	2250	2251	2252	2253	2254	2255	2256	2257	2258	2259	2260	2261	2262	2263	2264	2265	2266	2267	2268	2269	2270	2271	2272	2273	2274	2275	2276	2277	2278	2279	2280	2281	2282	2283	2284	2285	2286	2287	2288	2289	2290	2291	2292	2293	2294	2295	2296	2297	2298	2299	2300	2301	2302	2303	2304	2305	2306	2307	2308	2309	2310	2311	2312	2313	2314	2315	2316	2317	2318	2319	2320	2321	2322	2323	2324	2325	2326	2327	2328	2329	2330	2331	2332	2333	2334	2335	2336	2337	2338	2339	2340	2341	2342	2343	2344	2345	2346	2347	2348	2349	2350	2351	2352	2353	2354	2355	2356	2357	2358	2359	2360	2361	2362	2363	2364	2365	2366	2367	2368	2369	2370	2371	2372	2373	2374	2375	2376	2377	2378	2379	2380	2381	2382	2383	2384	2385	2386	2387	2388	2389	2390	2391	2392	2393	2394	2395	2396	2397	2398	2399	2400	2401	2402	2403	2404	2405	2406	2407	2408	2409	2410	2411	2412	2413	2414	2415	2416	2417	2418	2419	2420	2421	2422	2423	2424	2425	2426	2427	2428	2429	2430	2431	2432	2433	2434	2435	2436	2437	2438	2439	2440	2441	2442	2443	2444	2445	2446	2447	2448	2449	2450	2451	2452	2453	2454	2455	2456	2457	2458	2459	2460	2461	2462	2463	2464	2465	2466	2467	2468	2469	2470	2471	2472	2473	2474	2475	2476	2477	2478	2479	2480	2481	2482	2483	2484	2485	2486	2487	2488	2489	2490	2491	2492	2493	2494	2495	2496	2497	2498	2499	2500	2501	2502	2503	2504	2505	2506	2507	2508	2509	2510	2511	2512	2513	2514	2515	2516	2517	2518	2519	2520	2521	2522	2523	2524	2525	2526	2527	2528	2529	2530	2531	2532	2533	2534	2535	2536	2537	2538	2539	2540	2541	2542	2543	2544	2545	2546	2547	2548	2549	2550	2551	2552	2553	2554	2555	2556	2557	2558	2559	2560	2561	2562	2563	2564	2565	2566	2567	2568	2569	2570	2571	2572	2573	2574	2575	2576	2577	2578	2579	2580	2581	2582	2583	2584	2585	2586	2587	2588	2589	2590	2591	2592	2593	2594	2595	2596	2597	2598	2599	2600	2601	2602	2603	2604	2605	2606	2607	2608	2609	2610	2611	2612	2613	2614	2615	2616	2617	2618	2619	2620	2621	2622	2623	2624	2625	2626	2627	2628	2629	2630	2631	2632	2633	2634	2635	2636	2637	2638	2639	2640	2641	2642	2643	2644	2645	2646	2647	2648	2649	2650	2651	2652	2653	2654	2655	2656	2657	2658	2659	2660	2661	2662	2663	2664	2665	2666	2667	2668	2669	2670	2671	2672	2673	2674	2675	2676	2677	2678	2679	2680	2681	2682	2683	2684	2685	2686	2687	2688	2689	2690	2691	2692	2693	2694	2695	2696	2697	2698	2699	2700	2701	2702	2703	2704	2705	2706	2707	2708	2709	2710	2711	2712	2713	2714	2715	2716	2717	2718	2719	2720	2721	2722	2723	2724	2725	2726	2727	2728	2729	2730	2731	2732	2733	2734	2735	2736	2737	2738	2739	2740	2741	2742	2743	2744	2745	2746	2747	2748	2749	2750	2751	2752	2753	2754	2755	2756	2757	2758	2759	2760	2761	2762	2763	2764	2765	2766	2767	2768	2769	2770	2771	2772	2773	2774	2775	2776	2777	2778	2779	2780	2781	2782	2783	2784	2785	2786	2787	2788	2789	2790	2791	2792	2793	2794	2795	2796	2797	2798	2799	2800	2801	2802	2803	2804	2805	2806	2807	2808	2809	2810	2811	2812	2813	2814	2815	2816	2817	2818	2819	2820	2821	2822	2823	2824	2825	2826	2827	2828	2829	2830	2831	2832	2833	2834	2835	2836	2837	2838	2839	2840	2841	2842	2843	2844	2845	2846	2847	2848	2849	2850	2851	2852	2853	2854	2855	2856	2857	2858	2859	2860	2861	2862	2863	2864	2865	2866	2867	2868	2869	2870	2871	2872	2873	2874	2875	2876	2877	2878	2879	2880	2881	2882	2883	2884	2885	2886	2887	2888	2889	2890	2891	2892	2893	2894	2895	2896	2897	2898	2899	2900	2901	2902	2903	2904	2905	2906	2907	2908	2909	2910	2911	2912	2913	2914	2915	2916	2917	2918	2919	2920	2921	2922	2923	2924	2925	2926	2927	2928	2929	2930	2931	2932	2933	2934	2935	2936	2937	2938	2939	2940	2941	2942	2943	2944	2945	2946	2947	2948	2949	2950	2951	2952	2953	2954	2955	2956	2957	2958	2959	2960	2961	2962	2963	2964	2965	2966	2967	2968	2969	2970	2971	2972	2973	2974	2975	2976	2977	2978	2979	2980	2981	2982	2983	2984	2985	2986	2987	2988	2989	2990	2991	2992	2993	2994	2995	2996	2997	2998	2999	3000	3001	3002	3003	3004	3005	3006	3007	3008	3009	3010	3011	3012	3013	3014	3015	3016	3017	3018	3019	3020	3021	3022	3023	3024	3025	3026	3027	3028	3029	3030	3031	3032	3033	3034	3035	3036	3037	3038	3039	3040	3041	3042	3043	3044	3045	3046	3047	3048	3049	3050	3051	3052	3053	3054	3055	3056	3057	3058	3059	3060	3061	3062	3063	3064	3065	3066	3067	3068	3069	3070	3071	3072	3073	3074	3075	3076	3077	3078	3079	3080	3081	3082	3083	3084	3085	3086	3087	3088	3089	3090	3091	3092	3093	3094	3095	3096	3097	3098	3099	3100	3101	3102	3103	3104	3105	3106	3107	3108	3109	3110	3111	3112	3113	3114	3115	3116	3117	3118	3119	3120	3121	3122	3123	3124	3125	3126	3127	3128
------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------	------

ESTADO sacado de los documentos presentados por la Direccion general de Contribuciones, Estadística y fincas del Estado.

PROCEDENCIA.	NUMERO DE FINCAS.	VALOR		PRODUCTO		TOTAL.
		EN TASACION.	EN VENTA.	EN METÁLICO.	EN PAPEL.	
Del Clero secular y menor cuantía.. . . .	67.325	472.814.300	779.415.281	380.806.049	398.609.232	779.415.281
Fincas del Clero regular. .	90.678	1.188.082.422	3.185.437.883	»	3.185.437.883	3.185.437.883
Foros y censos del Clero re- gular.	36.139	260.631.053	507.015.676	»	507.015.676	507.015.676
Orden de San Juan. . . .	2.572	39.665.657	45.790.781	45.790.781	»	45.790.781
Censos redimidos procedentes del Clero regular. . . .	18.375	190.176.338	»	»	190.176.338	190.176.338
Censos redimidos procedentes de la órden de San Juan. .	580	1.497.306	»	1.497.306	»	1.497.306
Venta de edificios, ó sean conventos.	731	»	163.756.495	»	163.756.495	163.756.495
TOTAL.	216.400	2.152.867.076	4.681.416.116	428.094.136	4.444.995.624	4.873.089.760

Dígasenos si con esa cantidad, que nosotros suponemos todavía mayor, atendida la gran masa de bienes vendidos, no habia lo bastante para amortizar las cuatro quintas partes de la Deuda, y aliviar al pueblo de los enormes gravámenes que sobre él pesaban, desde que en 1845 se inauguró el sistema tributario.

Pero nada de esto se hizo, escepto el arreglo del Sr. Bravo Murillo que tantos gritos de reprobacion ha levantado por parte de los tenedores extranjeros (1).

IV.

Nos falta ocuparnos, y lo haremos brevemente, de las reclamaciones pendientes de los tenedores de cupones en virtud de la ley de 1.º de agosto de 1851.

En nuestro sentir se ha obrado injustamente con los tenedores de cupones de la Deuda del cuatro y cinco por ciento, reducida en virtud de dicha ley en un cincuenta por ciento, reduccion que motivó serias reclamaciones al principio, y más tarde la clausura de las Bolsas extranjeras á la cotizacion de nuestros valores.

Es una triste, pero gran verdad, que uno de los efectos del mal es impedir con frecuencia que se le puede hacer cesar en un instante sin esponerse á algunos peligros; así como una de las pruebas de nuestra debilidad, es que al obrar el bien brusca y repentinamente, lo convertimos casi siempre en un mal. El Sr. Bravo Murillo, obrando con sobrada impremeditacion en el arreglo de la Deuda, por más que bueno y justo fuese el pensamiento que le animaba, ha dado márgen á una dilatada série de disgustos y conflictos con la reduccion á cincuenta

(1) Téngase presente, que ni aun la ominosa contribucion de consumos, que es la mano férrea que nos ahoga y nos dá el carácter de esclavos, mereció una mirada de conmiseracion por parte de aquellos Gobiernos, que de tantos y de tan multiplicados recursos han dispuesto: aun cuando tenemos sumo gusto en consignar que el Sr. Bravo Murillo redujo á la mitad sus artículos; pero esto no bastaba.

En Francia no se permite hoy, como se permitía en 1850, hasta que fué abolida por las Constituyentes dicha contribucion, no se permite, repetimos, ese escandaloso estanco de las especies, para esponder de un modo *exclusivo* en puestos determinados ni aun por las municipalidades; en Francia no se arrien-

por ciento de los cupones de la Deuda del cuatro y cinco por ciento.

Cuestion importantísima y delicada es la relativa á este asunto, habiendo sido causa en estos últimos tiempos de

da sino que se administra, pero es porque se sabe administrar, y donde la administracion *cuesta un diez por ciento*; y mucho menos todavia en Inglaterra que *cuesta un seis por ciento*; y á pesar de que nuestros medios son mejores, como no tenemos la moralidad en la administracion, que hay en otros paises, ni dejarán de existir los abusos, ni dejaremos de seguir un camino tan difícil como anatematizado por todo el mundo. Tenemos la conciencia de que el pueblo español resiste sino de hecho, en su opinion, la contribucion de consumos, y por lo tanto no puede ser lícito consentir que el pueblo continúe pagando una contribucion que importaba en 1851 *ciento cincuenta millones*, y comprendidos los derechos de puertas sube á más de *un ciento por ciento* de lo que ella importa; y no se crea que esto es un hecho exagerado, nó; más de *NUEVE MIL* centros administrativos eran los que en 1851 estaban en relacion con la Hacienda para tratar ya de arriendos, ya de conciertos, etc., etc. Pues calculando el número de los empleados que se necesitaban en las ciudades y villas de España, podria suponerse una existencia de *sesenta mil hombres* dedicados á rondas, contrarondas y demás cargos auxiliares: estos *sesenta mil hombres*, aunque no tuvieran más que *seis reales diarios* cada uno, importarian *diez y ocho mil duros diarios*, ó sea al año *ciento treinta y un millones cuatrocientos mil reales*. Véase si siendo *ciento cincuenta millones* lo que se cargaba al pueblo por esta contribucion, y lo que pagaba á la administracion central, no le abrumaba más del *ciento por ciento* de recaudacion, etc., etc. No incluimos en esta cuenta las ganancias que debian tener los arrendadores, porque es claro que no trabajarían gratis, y á bien seguro que teniendo en cuenta eso, ascenderá este impuesto para el pueblo un *veinte por ciento más*, que debe agradecérselo al partido moderado.

Pero no es esto todo; á pesar de tan exorbitantes recursos, y de otras grandes cantidades consignadas para nuestra Armada de guerra, ¿cuál ha sido su desarrollo desde 1844 al 1854? Ninguno ó poco menos: si se exceptúan dos ó tres vapores y unos cuantos *pailebots*, construidos en nuestros arsenales, los demás buques entonces adquiridos, lo fueron en el extranjero como:

El <i>Blasco de Garay</i> , que fué comprado en.....	4.000.000
El <i>Vulcano</i> en.....	2.000.000
El <i>Pizarro</i> en.....	4.000.000
El <i>Colón</i> en.....	4.600.000
El <i>Doña Isabel II</i> en.....	7.000.000
El <i>D. Francisco de Asís</i> en.....	7.000.000
El <i>Isabel la Católica</i> en.....	7.000.000
El <i>Guadalquivir</i> en.....	1.800.000
El <i>Neptuno</i> en.....	2.000.000
El <i>Conde de Benadito</i> en.....	2.000.000
El <i>General Lezo</i> en.....	1.800.000
TOTAL.....	43.200.000

Dígasenos si con esa cantidad, que nosotros suponemos todavía mayor, atendida la gran masa de bienes vendidos, no había lo bastante para amortizar las cuatro quintas partes de la Deuda, y aliviar al pueblo de los enormes gravámenes que sobre él pesaban, desde que en 1845 se inauguró el sistema tributario.

Pero nada de esto se hizo, escepto el arreglo del Sr. Bravo Murillo que tantos gritos de reprobacion ha levantado por parte de los tenedores extranjeros (1).

IV.

Nos falta ocuparnos, y lo haremos brevemente, de las reclamaciones pendientes de los tenedores de cupones en virtud de la ley de 1.º de agosto de 1851.

En nuestro sentir se ha obrado injustamente con los tenedores de cupones de la Deuda del cuatro y cinco por ciento, reducida en virtud de dicha ley en un cincuenta por ciento, reduccion que motivó serias reclamaciones al principio, y más tarde la clausura de las Bolsas extranjeras á la cotizacion de nuestros valores.

Es una triste, pero gran verdad, que uno de los efectos del mal es impedir con frecuencia que se le puede hacer cesar en un instante sin esponerse á algunos peligros; así como una de las pruebas de nuestra debilidad, es que al obrar el bien brusca y repentinamente, lo convertimos casi siempre en un mal. El Sr. Bravo Murillo, obrando con sobrada impremeditacion en el arreglo de la Deuda, por más que bueno y justo fuese el pensamiento que le animaba, ha dado márgen á una dilatada série de disgustos y conflictos con la reduccion á cincuenta

(1) Téngase presente, que ni aun la ominosa contribucion de consumos, que es la mano férrea que nos ahoga y nos dá el carácter de esclavos, mereció una mirada de conmiseracion por parte de aquellos Gobiernos, que de tantos y de tan multiplicados recursos han dispuesto: aun cuando tenemos sumo gusto en consignar que el Sr. Bravo Murillo redujo á la mitad sus artículos; pero esto no bastaba.

En Francia no se permite hoy, como se permitia en 1830, hasta que fué abolida por las Constituyentes dicha contribucion, no se permite, repetimos, ese escandaloso estanco de las especies, para esponder de un modo *exclusivo* en puestos determinados, ni aun por las municipalidades; en Francia no se arrien-

por ciento de los cupones de la Deuda del cuatro y cinco por ciento.

Cuestion importantísima y delicada es la relativa á este asunto, habiendo sido causa en estos últimos tiempos de

da sino que se administra, pero es porque se sabe administrar, y donde la administracion *cuesta un diez por ciento*; y mucho menos todavía en Inglaterra que *cuesta un seis por ciento*; y á pesar de que nuestros medios son mejores, como no tenemos la moralidad en la administracion, que hay en otros países, ni dejarán de existir los abusos, ni dejaremos de seguir un camino tan difícil como anatematizado por todo el mundo. Tenemos la conciencia de que el pueblo español resiste sino de hecho, en su opinion, la contribucion de consumos, y por lo tanto no puede ser lícito consentir que el pueblo continúe pagando una contribucion que importaba en 1851 *ciento cincuenta millones*, y comprendidos los derechos de puertas sube á más de *un ciento por ciento* de lo que ella importa; y no se crea que esto es un hecho exagerado, nó; más de *NUEVE MIL* centros administrativos eran los que en 1851 estaban en relacion con la Hacienda para tratar ya de arriendos, ya de conciertos, etc., etc. Pues calculando el número de los empleados que se necesitaban en las ciudades y villas de España, podria suponerse una existencia de *sesenta mil hombres* dedicados á rondas, contrarondas y demás cargos auxiliares: estos *sesenta mil hombres*, aunque no tuvieran más que *seis reales diarios* cada uno, importarian *diez y ocho mil duros diarios, ó sea al año ciento treinta y un millones cuatrocientos mil reales*. Véase si siendo *ciento cincuenta millones* lo que se cargaba al pueblo por esta contribucion, y lo que pagaba á la administracion central, no le abrumaba más del *ciento por ciento* de recaudacion, etc., etc. No incluimos en esta cuenta las ganancias que debian tener los arrendadores, porque es claro que no trabajarían gratis, y á bien seguro que teniendo en cuenta eso, ascenderá este impuesto para el pueblo *un veinte por ciento más*, que debe agradecerse al partido moderado.

Pero no es esto todo; á pesar de tan exorbitantes recursos, y de otras grandes cantidades consignadas para nuestra Armada de guerra, ¿cuál ha sido su desarrollo desde 1844 al 1854? Ninguno ó poco menos: si se esceptúan dos ó tres vapores y unos cuantos *pailebots*, contruidos en nuestros arsenales, los demás buques entonces adquiridos, lo fueron en el extranjero como:

El <i>Blasco de Garay</i> , que fué comprado en.....	4.000.000
El <i>Vulcano</i> en.....	2.000.000
El <i>Pizarro</i> en.....	4.000.000
El <i>Colon</i> en.....	4.600.000
El <i>Doña Isabel II</i> en.....	7.000.000
El <i>D. Francisco de Asis</i> en.....	7.000.000
El <i>Isabel la Católica</i> en.....	7.000.000
El <i>Guadalquivir</i> en.....	1.800.000
El <i>Neptuno</i> en.....	2.000.000
El <i>Conde de Benadito</i> en.....	2.000.000
El <i>General Lezo</i> en.....	1.800.000
TOTAL.....	43.200.000

grandes reclamaciones, consultas y dictámenes dados por nuestros primeros jurisconsultos, que han robustecido poderosamente dichas reclamaciones, y acrecentado las esperanzas de los tenedores de certificados.

Veamos ahora las cantidades destinadas á la Armada que arroja de sí el siguiente estado:

Para carenas, recorridas y pertrechos.....	80.000.000
Para maderas y algunos otros efectos.....	40.000.000
Para construcciones.....	142.000.000
Para maestranza, maquinistas, obras de reparacion, fábricas de jarcias y lonas, contra maestres de servicio preferente, y algunos otros gastos de personal y material de los arsenales, á razon de diez y siete millones de cada uno de los diez años.....	170.000.000
Por Real orden de 23 de marzo de 1850, expedida por la presidencia del Consejo de ministros, se concedió al ministro de Marina, sobre las cantidades ya consignadas en el mismo año, con destino á la construccion de tres bergantines y un vapor, un suplemento de crédito con igual objeto por.....	30.000.000
Por otro Real decreto de 21 de julio del mismo año 1850, se concedió un nuevo crédito al ministro de Marina para construccion de dos buques de vapor, y acopio de maderas para ocho buques.....	20.000.000
Por otro Real decreto de 2 de agosto de 1850, se concedió al ministro de la Gobernacion otro crédito destinado á la adquisicion de dos buques de vapor para establecer el correo de la isla de Cuba.....	10.000.000
Se calcula muy prudentemente que las cajas de Ultramar, de sus economías y ahorros, han enviado á la Península, para la construccion de un navio y otros objetos, y en maderas y efectos....	30.000.000
El valor de los vapores <i>Castilla</i> y <i>Leon</i> , adquiridos en Méjico con dinero que no salió de las cajas de la Península, segun cálculos, por no existir datos.....	4.000.000
TOTAL RVN.....	526.000.000

Solo para los objetos espresados, y sin contar unos setecientos treinta millones consignados tambien en los mismos diez años para el personal y material de la Armada.

De estos datos puede inferirse si se ha sacado para nuestra Marina el partido á que la nacion tenia derecho, y cuyas cantidades debieron aumentar considerablemente la deuda.

No consignamos aquí por temor de que nos tachen de apasionados, que el partido progresista desde 1841 á 1843, en medio de las azarasas y difícilísimas circunstancias en que se hallaba el país, hizo mucho, muchísimo más por nuestra marina, que en los citados diez años el partido moderado.

Con esa cifra considerable de millones, teníamos derecho á que nuestra armada fuese más atendida, pues era suficiente para su regeneracion y para producir mayores resultados de los que produjo en los célebres diez años de administracion moderada.

El Sr. Bravo Murillo, en la página 11 de su último folleto, sienta una verdad incontestable al afirmar que «se debe acceder á las reclamaciones justas; se deben rechazar las injustas. Ni por terquedad y amor propio se debe dejar de hacer lo primero, ni por debilidad se debe dejar de hacer lo segundo.»

Conformes con este principio, creemos que aquí es donde debe tener su raíz y fundamento legal esta cuestion.

Se usa y abusa con sobrada frecuencia de la palabra derecho, sin el conocimiento exácto de su verdadera significacion. Es comun oír decir que uno tiene ó nó derecho á esta ó aquella cosa sin exámen alguno del fondo de la cuestion sobre la que pretende arrojar tan ligero fallo. El *Comité* de Lóndres, representante de los acreedores, al formular sus reclamaciones en contra de la ley de 1.º de agosto de 1851, ha usado de un derecho legítimo, incuestionable, toda vez que segun se desprende, los trámites múltiples y variados que se han seguido en esta cuestion, ni los acreedores han aceptado la reduccion de sus créditos, ni han concurrido de hecho á la ejecucion del convenio al ser proyecto la ley de 1.º de agosto.

El Sr. Bravo Murillo dice que la reclamacion de los teneedores de certificados, «aunque por un momento se suponga que procede de derecho, es repugnante, y la resiste, no ya la delicadeza, sino la buena fé, la rectitud de principios, el buen proceder.» Demasiado duras son estas palabras, puesto que nunca los acreedores ingleses estuvieron de acuerdo con el Gobierno en la reduccion de sus créditos, y ya en el proyecto de ley formado en 1850, la Junta de Lóndres ha sido contraria á la base de dicho proyecto, que reducía los capitales manifestando que «la conservacion del capital no solo era justa, sino conveniente para un arreglo equitativo y admisible.» Pero el Sr. Bravo Murillo, arrojando todo el peso de sus iras sobre el *Comité* de Lóndres, porque segun dice, trató de suscitar obstáculos á las proposiciones conciliadoras de los presidentes de los *Comités*, condena de un modo absoluto las reclamaciones hechas en contra de lo dispuesto en dicha ley.

No creemos que el Sr. Bravo Murillo obedeciese en este asunto á ese espíritu de terquedad y amor propio que anatematiza en la página 11 de su folleto, cuando se trata de acceder á las reclamaciones justas; pero si en esto le hacemos justicia, creemos que, segun lo que de público se decia al debatirse en

grandes reclamaciones, consultas y dictámenes dados por nuestros primeros juriconsultos, que han robustecido poderosamente dichas reclamaciones, y acrecentado las esperanzas de los tenedores de certificados.

Veamos ahora las cantidades destinadas á la Armada que arroja de sí el siguiente estado:

Para carenas, recorridas y pertrechos.....	80.000.000
Para maderas y algunos otros efectos.....	40.000.000
Para construcciones.....	142.000.000
Para maestranza, maquinistas, obras de reparacion, fábricas de jarcias y lonas, contra maestres de servicio preferente, y algunos otros gastos de personal y material de los arsenales, á razon de diez y siete millones de cada uno de los diez años.....	170.000.000
Por Real orden de 23 de marzo de 1850, expedida por la presidencia del Consejo de ministros, se concedió al ministro de Marina, sobre las cantidades ya consignadas en el mismo año, con destino á la construccion de tres bergantines y un vapor, un suplemento de crédito con igual objeto por.....	30.000.000
Por otro Real decreto de 21 de julio del mismo año 1850, se concedió un nuevo crédito al ministro de Marina para construccion de dos buques de vapor, y acopio de maderas para ocho buques.....	20.000.000
Por otro Real decreto de 2 de agosto de 1850, se concedió al ministro de la Gobernacion otro crédito destinado á la adquisicion de dos buques de vapor para establecer el correo de la isla de Cuba.....	10.000.000
Se calcula muy prudentemente que las cajas de Ultramar, de sus economías y ahorros, han enviado á la Península, para la construccion de un navio y otros objetos, y en maderas y efectos....	30.000.000
El valor de los vapores <i>Castilla</i> y <i>Leon</i> , adquiridos en Méjico con dinero que no salió de las cajas de la Península, segun cálculos, por no existir datos.....	4.000.000
TOTAL RVN.....	526.000.000

Solo para los objetos espresados, y sin contar unos setecientos treinta millones consignados tambien en los mismos diez años para el personal y material de la Armada.

De estos datos puede inferirse si se ha sacado para nuestra Marina el partido á que la nacion tenia derecho, y cuyas cantidades debieron aumentar considerablemente la deuda.

No consignamos aqui por temor de que nos tachen de apasionados, que el partido progresista desde 1841 á 1843, en medio de las azarosas y dificilísimas circunstancias en que se hallaba el país, hizo mucho, muchísimo más por nuestra marina, que en los citados diez años el partido moderado.

Con esa cifra considerable de millones, teniamos derecho á que nuestra armada fuese más atendida, pues era suficiente para su regeneracion y para producir mayores resultados de los que produjo en los célebres diez años de administracion moderada.

El Sr. Bravo Murillo, en la página 11 de su último folleto, sienta una verdad incontestable al afirmar que «se debe acceder á las reclamaciones justas; se deben rechazar las injustas. Ni por terquedad y amor propio se debe dejar de hacer lo primero, ni por debilidad se debe dejar de hacer lo segundo.»

Conformes con este principio, creemos que aquí es donde debe tener su raíz y fundamento legal esta cuestion.

Se usa y abusa con sobrada frecuencia de la palabra derecho, sin el conocimiento exácto de su verdadera significacion. Es comun oír decir que uno tiene ó nó derecho á esta ó aquella cosa sin exámen alguno del fondo de la cuestion sobre la que pretende arrojar tan ligero fallo. El *Comité* de Lóndres, representante de los acreedores, al formular sus reclamaciones en contra de la ley de 1.º de agosto de 1851, ha usado de un derecho legítimo, incuestionable, toda vez que segun se desprende, los trámites múltiples y variados que se han seguido en esta cuestion, ni los acreedores han aceptado la reduccion de sus créditos, ni han concurrido de hecho á la ejecucion del convenio al ser proyecto la ley de 1.º de agosto.

El Sr. Bravo Murillo dice que la reclamacion de los tenedores de certificados, «aunque por un momento se suponga que procede de derecho, es repugnante, y la resiste, no ya la delicadeza, sino la buena fé, la rectitud de principios, el buen proceder.» Demasiado duras son estas palabras, puesto que nunca los acreedores ingleses estuvieron de acuerdo con el Gobierno en la reduccion de sus créditos, y ya en el proyecto de ley formado en 1850, la Junta de Lóndres ha sido contraria á la base de dicho proyecto, que reducía los capitales manifestando que «la conservacion del capital no solo era justa, sino conveniente para un arreglo equitativo y admisible.» Pero el Sr. Bravo Murillo, arrojando todo el peso de sus iras sobre el *Comité* de Lóndres, porque segun dice, trató de suscitar obstáculos á las proposiciones conciliadoras de los presidentes de los *Comités*, condena de un modo absoluto las reclamaciones hechas en contra de lo dispuesto en dicha ley.

No creemos que el Sr. Bravo Murillo obedeciese en este asunto á ese espíritu de terquedad y amor propio que anatematiza en la página 11 de su folleto, cuando se trata de acceder á las reclamaciones justas; pero si en esto le hacemos justicia, creemos que, segun lo que de público se decia al debatirse en

el seno de la comision la ley de 1851, conocia perfectamente que los tenedores ingleses se oponian fuertemente á lo dispuesto en dicha ley, sabia cuáles fueron las comunicaciones que mediaron entre ellos y los agentes del Gobierno, y debia hallarse plenamente convencido de que la parte dispositiva de la ley no sería acatada por los acreedores, toda vez que de antemano habian protestado contra la reduccion del capital. Además, que entre varias de las comunicaciones que mediaron entre el Gabinete presidido por el general Narvaez y el presidente de la Junta de tenedores de bonos españoles, hay un documento de mucha importancia para probar que á dichos acreedores se les habian dado grandes seguridades de un arreglo satisfactorio. El documento en cuestion á que nos referimos, es una carta del duque de Valencia, dirigida al presidente del Comité de Lóndres con fecha 4 de diciembre de 1849, publicada en los periódicos ingleses y concebida en estos términos:

«He recibido con sumo placer su carta adjunta á la peticion
 »de los tenedores de bonos españoles discutida en un *meeting*
 »del 8 del mes de octubre último. Puede Vd. asegurar á los pe-
 »ticionarios mi deseo de que el Gobierno adopte prontas medi-
 »das para mejorar su posicion. El cúmulo de asuntos que han
 »llamado la atencion del Gabinete que tengo la honra de presi-
 »dir, han retardado inevitablemente la época de la adopcion de
 »dicha medida; pero se hacen incesantes esfuerzos para lograr
 »este objeto. Espero que en breve oirán Vds. hablar de una re-
 »solucion satisfactoria, porque tengo en este negocio un inte-
 »rés tan grande, y acaso mayor que los mismos tenedores de
 »bonos españoles.»

Si esto es cierto, si el Sr. Bravo Murillo conocia la resolucion de los acreedores, ¿á qué sentimiento de ley, de derecho ó de justicia obedecia al persistir en la reduccion del capital, y en dar á esta medida fuerza de ley? Es que, nos dice el Sr. Bravo Murillo, el Comité de Lóndres «se valió de medios artificiosos para
 »hacer concebir á los acreedores alguna esperanza del recono-
 »cimiento del cincuenta por ciento rebajado á los cupones.» El Comité de Lóndres habia manifestado desde un principio su falta de aquiescencia á la resolucion del Gobierno; habia, terminantemente espuesto desde 1850, que queria la integridad del capital, y al formular despues sus protestas contra la ley de 1851, obedecia á su derecho, y al cumplimiento de su deber.

Un derecho puro y simple, sin mezcla de obligacion, cualquiera tiene facultad de conservarle ó abandonarle, porque el derecho en toda su estension puede ser defendido, modificado ó renunciado á gusto del que le posee. Mas esta libre facultad cesa en todos aquellos casos en que la idea de la obligacion viene á mezclarse y á sustituir la idea del derecho; de este principio han emanado, en nuestro sentir, las reclamaciones del Comité de Lóndres, porque no solo representaba sus propios intereses que á su arbitrio podia renunciar á ellos, sino los de los demás acreedores que le habian dado sus facultades, y habian en él depositado sus intereses y su confianza.

Es un deber sagrado para cada uno de los que ejercen influencia en el gobierno de los pueblos, hacer por todos los medios sábios y prudentes que estén á su alcance, que la equidad y la justicia prevalezcan incólumes sobre los impulsos del amor propio y las inspiraciones de las pasiones individuales; obrando así, hay seguridad para el porvenir de los pueblos; en otro caso no existen, permítasenos la palabra, más que algunas ventajas VITALICIAS que solo descansan y tienen su origen en la cabeza del hombre de Estado, y que por su misma superficialidad se destruyen, si antes no causan graves perjuicios á la causa pública.

V.

Reasumiendo lo que dejamos manifestado sobre este asunto, hallamos que el Sr. Bravo Murillo, no sabemos si por pasion ó por otra cualquier causa, anuló de una plumada los cupones, cuyos tenedores representaron repetidas veces en contra de dicha ley. En nuestro sentir, dichos cupones son producto de un contrato bilateral, y no pueden alterarse sin el concurso y la voluntad de las partes contratantes; ¿existió este acuerdo para su anulacion? De ninguna manera; antes por el contrario, los acreedores por medio de sus representantes protestaron entonces, y han hecho despues cuantas representaciones legales creyeron oportunas en contra de esa medida, produciendo más tarde el conflicto de que las Bolsas de Lóndres, Amsterdam y otros puntos se nos cerrasen, y en 1860 la de París por una malhadada medida, en igual sentido, del Sr. Sala-

verría. Como en esta cuestion se han presentado varios dictámenes de los más célebres y distinguidos jurisconsultos españoles, que nos merecen otra opinion de la que emite el Sr. Bravo Murillo en su folleto, creemos inoportuno ocuparnos de ella, pero estando en este delicado asunto de completa conformidad la ciencia, la economía y el derecho, estamos íntimamente convencidos de que es indispensable una nueva reorganizacion de la Deuda, que se abran de nuevo cuantas informaciones sean necesarias para que á todos se haga cumplida justicia, y que se adopten las medidas necesarias á fin de que las Bolsas extranjeras se abran á la cotizacion de los valores españoles.

Que la reorganizacion de la Deuda es indispensable, lo prueba su estado actual, lo prueban los intereses lastimados por la ley de 1.º de agosto de 1851, las reclamaciones que diariamente se hacen en su contra, y el estado funesto para el Tesoro de las Deudas amortizables.

No desconocemos que para adoptar esta importantísima medida se presentan grandes inconvenientes, como por ejemplo el estado actual de la Hacienda, y la falta absoluta de economías; pero como la justicia debe ser siempre la *suprema lex* de los Estados, hágase esta *et ruat cælum*, de este modo no faltaremos á nuestros antecedentes de leales, ni á nuestra reconocida y proverbial honradez.

Es cierto, ciertísimo por desgracia, que hallándose nuestro presupuesto en constante déficit, no podríamos pagar las deudas sin tomar las cantidades necesarias de negociaciones continuas, que vendrian á aumentar la Deuda flotante, y que nos haría contraer otras con un rédito perpétuo; pero tambien es indudable que continuando este sistema de administracion, la insolvencia en que nos hallamos con respecto á los acreedores, el continuo y enorme déficit que tenemos en los presupuestos, nos conducirá indefectiblemente á la más vergonzosa bancarrota

VI.

Para complemento de todo lo expuesto y de las luminosas afirmaciones que se han sentado gratuitamente, faltaba que el Sr. Bravo Murillo arrojase una acusacion tan irritante como

injusta sobre el partido político que dictó el pago de los cupones de 1836 á 1840.

Quisiéramos que el Sr. D. Juan Bravo Murillo se hubiese hallado al frente de la administracion en aquella azarosa época, para tener el gusto de elogiar sus grandes principios económicos en circunstancias como aquellas tan difíciles.

Viéramos entonces si el *vaso* se rompía en sus manos, ó si cual otro Noé conseguía medios más fáciles para salvar la nave del Estado del diluvio en que se vió espuesta á sumerjirse.

Incobrables las exiguas rentas que constituían la Hacienda del régimen absoluto; agobiados los contribuyentes por los saqueos de la guerra que se hallaba en todo su terrible apogeo; dudoso el éxito de la lucha; cegadas todas las fuentes de la riqueza pública; obstruidos los manantiales del crédito que pudieran facilitar los recursos que los impuestos no daban, ¿qué medios, qué disposiciones adoptaría el Sr. Bravo Murillo para atender á las enormes obligaciones del momento, y hacer frente á todos los compromisos contraídos?

Muchos han sido los errores cometidos por el Sr. Bravo Murillo durante su vida pública; pero ninguno de tanta magnitud como el que le ha sugerido la injustísima acusacion que pretendió arrojar sobre el partido que ha facilitado á la Nacion sus libertades, que abrió las cegadas fuentes de la riqueza pública, que rompió las ominosas trabas que vejaban y oprimian al país, que luchó sin tregua ni descanso contra el privilegio hasta hacer conocer á los pueblos cuáles eran sus legítimos derechos; que ha descargado incesantemente rudos golpes sobre los partidarios del antiguo régimen, hasta que vencidos y derrotados vergonzosamente fueron á ocultar su ignominia tras de otros hombres y partidos, desde cuyo campo aun hoy pretenden recobrar su pasada omnipotencia.

Ese partido que con tanta ligereza como injusticia se acusa, ha hecho en circunstancias difíciles, difícilísimas, lo que no pudo ó no supo hacer el Sr. Bravo Murillo en su malhadado arreglo de 1851. ¿Cuál es esa *grande desgracia y esa grande fatalidad* que tiene que lamentar el partido progresista al pagar los cupones atrasados de octubre de 1836 á igual fecha de 1840, y cuyo pago ha sido dispuesto por la Regencia provisional del Reino en enero de 1841? ¿En qué pudo dificultar grandemente, la disposicion mencionada, el arreglo general y provechoso de

la Deuda? ¿Será acaso porque ese partido capitalizó más de *novecientos millones* de la Deuda, sin rebajar absolutamente nada de su valor nominal, y á completa satisfaccion de los acreedores? ¿Será porque ese partido no hizo dicho arreglo á manera del que el Sr. Bravo Murillo llevó á cabo con la ley de 1.º de agosto, ley que nos ha acarreado grandes perjuicios, nos ha cerrado á cal y canto las Bolsas extranjeras, y que desangró completamente nuestro crédito?

Afirmaciones semejantes, no las creemos inspiradas por el hombre que examina los hechos á la luz imparcial de la razon y de la filosofía, sino por quien obstinado en su fanatismo, solo obedece á los impulsos siempre ciegos y funestos de la pasion individual, y que por lo mismo no merecen sérias refutaciones.

ADMINISTRACION

DEL SEÑOR DON PEDRO SALAVERRÍA,

Ó SEA DE LOS CINCO AÑOS.

TERCERA PARTE.

I.

Dudosos y perplejos nos hallamos al ocuparnos de la célebre administracion de los cinco años. Si en ella buscamos un sistema fijo, doctrinas económicas que nos lleven al conocimiento de la escuela á que pertenece el Sr. Salaverría; principios financieros que nos hagan dar con el hombre de ciencia, con el economista, nos hallamos con el vacío en todas partes, ó con el caos más completo y absoluto.

Tentados estuvimos á no ocuparnos de su *administracion*; no solo por la carencia de medidas económicas que en ella se observa, sino por su funestísimo sistema de *administrar*, si sistema puede llamarse al despilfarro más triste y escandaloso que se ha presenciado en lo que de siglo llevamos. De seguro que seguiríamos nuestro primer impulso, si las recientes manifestaciones hechas en la prensa y en la tribuna de los representantes de la Nacion por el Sr. Salaverría, no nos hiciesen variar de propósito.

Cáusanos sentimiento que el Sr. Salaverría se ocupe hoy en escribir folletos sobre nuestro estado financiero, pues en ver-

dad que habiéndose hallado este ex-ministro dirigiendo la Hacienda pública por espacio de muchos años, y habiendo dejado aquel departamento en situacion harto lamentable, parécenos que lejos de favorecerle sus escritos, por más habilidad que en ellos emplee, y por más que procure atenuar los cargos que justamente se le dirijen, le han colocado en una situacion más desventajosa, si cabe, respecto á la hoy trascendental cuestion de Hacienda y de crédito nacional, porque el público que no se paga ya de palabras, que no reconoce el genio del verdadero economista sino en los hechos tangibles y positivos, ha recibido sus manifestaciones como un verdadero sarcasmo.

En las cuestiones de crédito interior y exterior, en todas las que se necesita, como decia Necker, un gran golpe de vista, y una brillante imaginacion que penetre las aspiraciones de intereses diversos, y á veces encontrados, *el economista* de la union liberal no supo colocarse á la altura de las circunstancias, mostrándose una y cien veces pequeño, imprevisor y desacertado.

Y no podia suceder de otra manera atendidos sus antecedentes. Con efecto, él ha sido víctima del empirismo de la antigua escuela económica, cuyos principios adquirió, como en la infancia se adquieren, por rutina, las nociones de la lectura; principios que le colocaron, quizá á pesar suyo, en una lucha desastrosa con el acreedor del Estado, desconociendo, como aparentan desconocer los que se titulan católicos antes que políticos, las necesidades de la época en que vivimos.

Si el Sr. Salaverría se hubiera penetrado de que habia sonado la hora de pagar á todo el mundo, si se hubiera persuadido de que la economía política del dia sostiene en la duda, con aplauso general, los intereses del acreedor antes que los del Estado, el crédito económico español no tendria hoy contra sí la prevencion del mundo bursátil, que suscitaron, no precisamente los déficits de anteriores presupuestos, no la Deuda flotante, no la prodigalidad y despilfarro de pasadas administraciones, sino la imprevision, la impericia, la falta de pulso para tratar las cuestiones de crédito público, distintas siempre de las de la administracion de Hacienda.

II.

Francamente lo decimos; la administracion del Sr. D. Pedro Salaverría sería menos censurable, atendidas sus medidas antfinancieras y sus doctrinas antieconómicas, si no tuviese en contra suya la malhadada cuestion de las deudas amortizables; y decimos menos censurable, porque nada, absolutamente nada hallamos durante su administracion que nos pruebe cuáles son sus principios económicos, ni qué plan se proponia seguir para desempeñar el elevado y distinguido cargo de Ministro que se le habia confiado.

Lástima grande es que sobre él pesen los inmensos desaciertos que multiplicó siendo el hacendista de la union liberal, desaciertos que han cegado las fuentes de la riqueza pública.

Pero como es necesario que se conozca cuáles fueron las administraciones que más gravaron el país y la Hacienda, y como este es el pensamiento esencial que nos impelió á hacer este trabajo, diremos algo de lo mucho que hay que decir sobre la administracion del Sr. D. Pedro Salaverría.

Los gastos ordinarios del servicio del Estado, se fijaron para el año de 1856 y *seis primeros meses* de 1857, segun el estado presentado por el señor ministro de Hacienda D. Francisco Santa Cruz en la ley de 16 de abril de 1856, en

Rvn. 1.470.925.661 para el año de 1856.

727.591.619 para los seis primeros meses de 1857.

2.198.517.280 total para los diez y ocho meses.

Aprobado este presupuesto por las Córtes Constituyentes, sancionado por la Corona y publicado como ley en la fecha citada, notorio es que los progresistas no gobernaron todo el año 56, sucediéndoles los moderados, y que en 1857, segun el estado presentado á las Córtes por el Sr. Barzanallana, se fijaron los gastos ordinarios para dicho año, en la suma de reales vellon, *mil seiscientos ochenta y dos millones cuatrocientos cuarenta y un mil treinta*.

Fácilmente se vé que no se cumplió con la ley de 16 de abril

de 1856, ya mencionada, por la que solo se concedieron por gastos ordinarios del servicio del Estado de dicho año, la cantidad predicha, y para los seis primeros meses de 1857, la suma de setecientos veintisiete millones quinientos noventa y un mil seiscientos diez y nueve reales.

Suponiendo, como se puede suponer mandando el partido progresista, que presupuestasen otro tanto para completar el importe de los servicios ordinarios del mismo año, sería un total de mil cuatrocientos cincuenta y cinco millones ciento ochenta y tres mil doscientos treinta y ocho reales, en lugar de mil seiscientos ochenta y dos millones cuatrocientos cuarenta y un mil treinta reales, que designó el Sr. Barzanallana con fecha 4 de marzo de 1857, echando abajo por un real decreto el presupuesto que comprendía créditos y recursos votados por las últimas Cortes Constituyentes para los seis primeros meses de 1857 en la ley sancionada por S. M. en 16 de abril de 1856, ampliando dichos créditos y recursos con otros nuevos, y haciendo pagar á los contribuyentes *doscientos veintisiete millones doscientos cincuenta y siete mil setecientos noventa y dos reales más*, para que se conociera bien el cambio político y económico que habia tenido lugar con solo tomar las riendas del poder el partido moderado.

En 1858, los gastos del servicio ordinario del Estado, según los presupuestos presentados por el señor don José Sanchez Ocaña con fecha 12 de febrero del precitado año, se elevaron á la suma de mil setecientos setenta y cinco millones, ciento cincuenta y cinco mil, trescientos noventa y tres reales vellon.

En 1859, según la ley publicada en 22 de marzo de dicho año, y comunicada por el ministro de Hacienda, señor Salaverría, con fecha 31 del mismo mes y año, se presupuestaron en la cantidad de mil setecientos ochenta y nueve millones, novecientos veintiseis mil cuarenta y un reales vellon.

En 1860 se presuponen en la ley de 25 de noviembre de 1859, comunicada por el señor Salaverría con igual fecha, en la cantidad de mil ochocientos ochenta y siete millones, trescientos sesenta y nueve mil, ochocientos veinticinco reales vellon.

En 1861, según la ley publicada el día 11 de enero del mismo año, y comunicada por el ministro D. Pedro Salaverría

con igual fecha, se presuponen en la cantidad de mil novecientos treinta y dos millones, cuatrocientos setenta y cuatro mil trescientos cinco reales vellón.

En 1862, según la ley publicada en 4 de mayo del mismo año, y comunicada en igual fecha por el señor Salaverría, se presuponen en la cantidad de dos mil tres millones, ochocientos cincuenta y tres mil quinientos treinta y seis reales vellón.

En 1863, durante el año económico de 1.º de julio á fin de junio de 1864, se presuponen también por el señor Salaverría en la cantidad de dos mil noventa y ocho millones, seiscientos noventa y dos mil doscientos sesenta y dos reales vellón.

De los anteriores datos resulta que las administraciones que han dirigido los negocios del país desde 1857 á 1863 inclusive, han sobrecargado á este, comparativamente con lo que pagó en 1856, en las diferencias que para cubrir los gastos ordinarios arrojan las sumas siguientes:

AÑOS.	CANTIDADES PRESUPUESTADAS POR LOS PROGRESISTAS.	ID EM POR MODERADOS Y UNIONISTAS.	AUMENTO Ó DIFERENCIA EN CADA UN AÑO.
1856. Rvn.	1.470.925.661	»	»
1857.	»	1.682.441.030	211.515.369
1858.	»	1.775.155.393	304.229.732
1859.	»	1.789.926.041	319.000.380
1860.	»	1.887.369.825	416.444.164
1861.	»	1.932.474.305	461.548.644
1862.	»	2.003.853.536	532.927.875
1863.	»	2.098.692.262	627.766.601
TOTAL aumento ó diferencia.			2.873.432.765

Hay ya solo en estos años un aumento de gastos respecto del de 1856, de *dos mil ochocientos setenta y tres millones, cuatrocientos treinta y dos mil setecientos sesenta y cinco reales*, de cuya suma presupuso y ha hecho pagar á los pueblos

el señor Salaverría, *dos mil trescientos cincuenta y siete millones, seiscientos ochenta y siete mil seiscientos sesenta y cuatro reales*; y si á esta exorbitante cifra se agregan treinta y dos millones de reales más, importe de las subvenciones de ferro-carriles, que entonces figuraban en el presupuesto ordinario de Fomento, y que el señor Salaverría los enclavó en el extraordinario, importa el aumento que han tenido los gastos mientras duró la administracion de la union liberal, dos mil trescientos ochenta y nueve millones, seiscientos ochenta y siete mil seiscientos sesenta y cuatro reales.

Tenemos, pues, y es forzoso repetirlo, para que se conozcan los beneficios que debe la Nacion á moderados y unionistas, un aumento de dos mil novecientos cinco millones, cuatrocientos treinta y dos mil setecientos sesenta y cinco reales en los presupuestos ordinarios de gastos desde 1857 á 1863; aumento que, por haberse verificado en tan corto período y no haber producido ninguno de aquellos resultados que mejoran de una manera notable la situacion de los pueblos, puede, sin exageracion, calificarse de absurdo é inverosímil.

Veamos ahora el movimiento calculado que tuvieron los ingresos en ese mismo tiempo.

Comencemos por 1857, época en que, despues de los progresistas, dirijieron de nuevo los negocios públicos los moderados.

Los ingresos, ó sea recursos, durante el año de 1857, fueron calculados por la ley de presupuestos votada por los progresistas, en mil cuatrocientos sesenta y un millones, trescientos noventa y un mil cuatrocientos sesenta y dos reales; y segun el real decreto de 4 de marzo de 1857, comunicado por el señor don Manuel García Barzanallana, en mil quinientos sesenta y dos millones, seiscientos treinta y un mil cuatrocientos reales vellon.

Para 1863 se calcularon los ingresos ordinarios para el espresado año económico, segun los presupuestos presentados á las Cortes por el señor Salaverría, en dos mil ciento ocho millones, seiscientos treinta y ocho mil reales; hay, de consiguiente, un aumento de ingreso, de un año á otro, de quinientos cuarenta y seis millones, seis mil seiscientos reales, teniendo presente que desde el año de 1856 al 63 inclusive, el aumento de gastos ha sido de *dos mil ochocientos setenta y*

tres millones, cuatrocientos treinta y dos mil setecientos sesenta y cinco reales.

Nos atrevemos á suponer que ante estas cantidades, lealmente sacadas de los documentos oficiales, ni aun los más apasionados pondrán en duda qué partido administra mejor la Hacienda española. Y eso que la Deuda pública creció, señor Salaverría; porque sus intereses, en vez de disminuir, tuvieron un acrecimiento tal, que ascenderá en 1870 á más de quinientos millones de reales anuales.

III.

De este modo la Hacienda, que en manos del partido progresista se habia colocado en una situacion desahogada, en el corto periodo de 1854 á 1856, y eso que en aquella época solo se encontraron unos centenares de reales en las arcas públicas, teniendo que satisfacer una masa de obligaciones que ascendian á seiscientos cincuenta y cuatro millones de reales; la Hacienda, repetimos, comenzó á resentirse con las inmensas cargas que sobre ella echó el Sr. Salaverría al inaugurar su nunca bien ponderada administracion.

El partido progresista que en solo dos años pagó muchos millones de reales de despilfarros hechos por los moderados, que satisfizo todas las atenciones ordinarias de dicha época, no hallando en caja más de doscientos ó trescientos reales, y que sin embargo tuvo la habilidad suficiente para dejar en las arcas del Tesoro y en efectivo metálico *ciento cuarenta millones* de reales; que en tan corto tiempo puso en relacion las obligaciones del Estado con las fuerzas productivas del país; que ha levantado el crédito, aumentando considerablemente la produccion, y que ha creado y desarrollado la riqueza pública; el partido progresista, repetimos, que á pesar de haber subido al poder á impulsos de una revolucion, y privado por lo mismo de importantes recursos, hizo frente á todas las obligaciones, consolidó una gran parte de la Deuda flotante, liquidó innumerables obligaciones pendientes, hizo acudir del extranjero grandes capitales, y fundó las primeras sociedades, arrojando además á la contratacion la propiedad amortizada, y aumentando

de tal modo la riqueza pública que las esportaciones de nuestros frutos se duplicaron; el partido progresista, en fin, no puede menos de protestar y protestará siempre contra todas esas malhadadas administraciones que envueltas en el brumoso manto de su egoismo ó conveniencia personal, labran el descrédito de la patria.

Tarea larga, y al mismo tiempo fácil, sería presentar un minucioso estado comparativo entre todas las administraciones políticas que rijeron la Hacienda pública desde 1834 hasta el presente año, para conocer de un modo exacto quiénes fueron sus grandes dilapidadores, los que más han despilfarrado y consumido los grandes recursos del país; pero la claridad notoria de los hechos nos ahorra gran parte de este trabajo, porque los guarismos tienen una elocuencia incontrovertible. En este punto, moderados y unionistas nada tienen de que acusarse; siendo los últimos ramas desgajadas de un mismo tronco, se arraigaron de igual modo al pié de la Hacienda pública para agotar su sávia y arrojar por tierra el crédito nacional, á tanta costa y con tan grandes sacrificios levantado en dos épocas por el partido progresista.

IV.

Vamos á otra cosa porque el mal camino es preciso andarlo pronto.

En España se pagaban en 1851 trescientos treinta millones de contribucion directa, á saber: trescientos millones por la territorial, y treinta por subsidio que satisfacian el propietario, el artista, el médico, el abogado, en una palabra, el capital, la industria y el talento. Supongamos ahora que entonces se gravase no con el doce, como suponía la generalidad, sino con el diez por ciento, tendríamos un capital de tres mil trescientos millones, capital máximo de riqueza imponible que tendria la Nacion en 1851.

El Sr. Salaverría no se ha contentado con que el pueblo español pagase esa suma, sino que llegó á aumentar la contribucion territorial hasta quinientos veintinueve millones en el presupuesto que presentó á las Córtes en 18 de mayo de 1863; es decir, casi dos veces más de lo que se pagaba en 1851. Con

estas medidas financieras, seguramente que todos los caminos se hallarán fáciles y espeditos.

Se podrá decir que en medio de sus errores el Sr. Mon regularizó; se podrá añadir que el Sr. Bravo Murillo perfeccionó; pero nadie se atreverá á decir que el Sr. Salaverría hizo algo, ó que concluyó el trabajo por ellos emprendido, á no ser que *derrochar* sea un mérito económico y administrativo.

Veamos, por fin, de qué recursos disponía el Sr. Salaverría para ser un *gran* ministro de Hacienda:

1.° Dispuso de dos mil millones que le produjo la desamortización civil;

2.° De mil quinientos millones de la desamortización eclesiástica.

3.° Dispuso, además, el Sr. Salaverría, por medio de una ley que se ha dado para crear las obligaciones de ferro-carriles, de una cantidad de dos mil millones, los cuales unidos á los presupuestos, vienen á demostrar que el Sr. Salaverría para desarrollar su sistema, sus grandes facultades financieras, disponía de la fabulosa suma de siete mil quinientos millones. De este modo todos pueden ser ministros de Hacienda.

El Sr. Salaverría ha sido muy hábil, y como intransigente adversario, muy previsora para abandonar al enemigo el terreno sin dejarlo completamente minado. Él elevó la Deuda flotante á mil ochocientos millones; empeñó, como garantía para subvenir á obligaciones del momento y proseguir con la trampa adelante, grandes sumas en pagarés y otros valores no vencidos á favor del Estado. Aumentó los presupuestos ordinarios, dejando sin embargo, grandes déficits en cada uno de los cinco años; rechazó á los acreedores por deudas amortizables, medida financiera que nos cerró la Bolsa de París, dando con esta desacertada conducta pretexto á la reproducción de las reclamaciones de los poseedores de certificados; y por último, levantó una cruzada contra el crédito español, que dió por resultado hacer más y más rigurosa la clausura de todas las Bolsas extranjeras al papel de crédito español y de las empresas particulares; con lo que además imposibilitó todo género de transacciones, y por consiguiente, anuló los medios de que el Tesoro y su sucursal el Banco de España, pudieran gestionar en el extranjero, para proporcionarse á cualquier precio fondos con que cubrir las más apremiantes atenciones.

Y sin embargo, este *génio economista*, creado por la divinidad, y que cayó, para fortuna de la union liberal, en medio de ella, se atreve á decir con pasmosa y sorprendente altanería, que tiene recursos para librar á la Hacienda del abismo á que la condujo y sacarla del estado de aniquilamiento en que la dejó.....

¡Ecce homo!.....

V.

Otra de las medidas que merecen citarse, es el arreglo de los presupuestos que hizo el señor Salaverría. Público y notorio es que la formacion del presupuesto durante la administracion del *modesto* Necker unionista, no ha venido á ser otra cosa que el receptáculo de las influencias que dominaban y exigencias que surjian de todas partes.

De aquí que los servicios públicos no se hallasen organizados como debieran estarlo; que se palpase la monstruosa desigualdad de que los empleados de una secretaría disfrutasen determinados sueldos, y que en otras los tuvieran diferentes.

Viéronse ordenaciones de pagos que tenian una asignacion fija, y otras mayores ó menores. Existian jueces de primera instancia que fallaban sobre la propiedad, la honra y la vida de los ciudadanos, dotados con menos sueldo que algunos porteros de los ministerios, mientras que habia agentes de policía que gozaban más haber que algunos promotores fiscales, y una porcion de contradicciones por el estilo, todas irritantes, que producian desconcierto, confusion, falta de enlace entre las clases, las carreras y los servicios.

De resultas de esto, los gastos crecian de dia en dia, porque las influencias llegaban á gestionar constantemente para que á esta ó á aquella clase se la equiparase en sueldo con otra que era similar ó análoga en otro ministerio: estas asimilaciones siempre se pretendian con respecto á aquellas que tenian más sueldo; de donde resultó que sin plan, sin unidad de miras y hasta sin inteligencia, se formaron los presupuestos, que llegaron á ser un mónstruo de múltiples cabezas para tragarse la riqueza pública.

Añádase á esto la falta de arreglo de las dotaciones del

clero, y hallaremos en la historia de la administracion unionista que se ha atendido á todo menos á un arreglo fijo y sumamente necesario para las clases dependientes del Estado. El señor Salaverría creyó que era más conveniente atender á las exigencias, á las influencias que se han puesto en juego, aumentando las dotaciones de algunas iglesias metropolitanas, de otras sufragáneas y de las colegiadas, mientras que creyéndose indotadas las dignidades de las demás iglesias, acudian al Gobierno pidiendo que se las igualase con las de aquellos pueblos que tuvieron la suerte de conseguir aumento en sus dotaciones.

Nosotros reconocemos que las atenciones del Estado han tenido que crecer necesariamente, como reconocemos que la Deuda pública exigía naturalmente mayores créditos; que la instruccion pública, la reparacion de carreteras, la agricultura, los telégrafos, los correos y todos los ramos que constituyen el desenvolvimiento de la riqueza y de los adelantos del país, han recibido un gran impulso, y claro es que se necesitaban mayores gastos para llevar á cabo todos los servicios; pero á la sombra de estos aumentos se introdujeron en el presupuesto una multitud de abusos lamentables. Plantillas habia del personal de alguna dependencia, que no eran verdad: en algunos puntos de España habia oficinas del Estado cuyo personal tenia una planta aprobada en el presupuesto que no estaba provista, y que al mismo tiempo estaban cobrando una porcion de agregados: de donde resulta que el presupuesto era una mistificacion; que lo que las Córtes votaban se convertia en objetos de lujo en la mano del ministro ó jefe superior de la administracion para repartir el crédito legislativo, no como la ley lo habia consignado, sino al capricho del gobernante.

Mas no era esto lo peor: los gastos han crecido en mayor proporcion de lo que exigian las necesidades del Estado. Recordamos que en el último presupuesto que votaron las Córtes constituyentes para el ejercicio de 1856, y eso que se dotaron perfectamente todos los servicios, el presupuesto progresista no ascendia más que á mil cuatrocientos setenta millones, y desde aquella fecha hasta enero de 1863, han crecido hasta *dos mil noventa y ocho millones* de reales, donde, como se vé, hay un escés de gasto enorme. Esto es, por cierto, una gravísima responsabilidad para los que quieren aparecer á los ojos del

país con la pretension de que se les agradezca á ellos solos las grandes mejoras que el espíritu del siglo, el desenvolvimiento del genio industrial, el crecimiento de la riqueza, el aumento de la poblacion y otras más cosas han producido.

Preguntamos ahora nosotros: el incremento de las obras públicas, que es uno de los hechos más notables que ocurren hoy en España, y que sirve de defensa al Sr. Salaverría, ¿es obra de la administracion de la union liberal? ¿Puede ella atribuirse á sí propia este resultado? ¿Quién ha traído esta riqueza, quién ha creado estos recursos? ¿Quién inspiró bastante confianza para que viniesen capitales extranjeros? ¿Ha sido por ventura la union liberal? ¿Quién le ha dado los grandes recursos que halló á su advenimiento al poder?

Todo ha sido el resultado de las leyes importantes hechas por unas Cortes cuya memoria no puede menos de ser un título de gloria para el partido progresista, y una página de oro para la historia de España.

VI.

Dejamos consignado al tratar de la ley de 1.º de agosto de 1851, que se habian destinado cuatro fondos distintos para la amortizacion de las Deudas amortizables, de los cuales dos no han tenido efecto ó más bien no fueron aplicados al objeto, y en esto estriban las reclamaciones hechas en distintas épocas y con especialidad en 1859.

El Sr. Salaverría, al desatender estas reclamaciones, al restringir el valor de los bienes reclamado por los acreedores, obró con sobrada imprudencia, pues si es una gran verdad que *las naciones deben pagar hasta sus locuras*, el deber de todo hombre de gobierno es hacer que el Estado se muestre siempre grande y generoso, y de ningun modo mezquino, porque esto afecta siempre y directamente á su crédito.

Los bienes nacionales han sido aplicados de un modo absoluto y terminante á la estincion de la Deuda pública en las disposiciones y leyes sancionadas en las Cortes de 1813, de los años de 1821, 1836 y 1841. Y si esto aun fuera de poca consideracion para nuestro objeto, citaremos las leyes más recientes, y que debieran servir al Sr. Salaverría para estudiar la

importantísima cuestion de las amortizables, y atender á las reclamaciones de los que poseen dichos créditos.

En la ley de 1856 sobre este asunto, dice en su art. 1.º: «Se declaran en estado de venta, con arreglo á las prescripciones de la presente ley, y sin perjuicio de las cargas y servidumbre á que legítimamente están sujetos, *todos los predios rústicos y urbanos, censos y foros*, pertenecientes al Estado, al Clero, á las Ordenes militares de Santiago, Alcántara, Montesa y San Juan de Jerusalem; á las Cofradías, Obras pías y santuarios; al secuestro del ex-infante D. Carlos; á los propios y comunes de los pueblos; á la Beneficencia; á la Instrucción pública; y á cualesquiera otros pertenecientes á manos muertas, ya estén ó no mandadas vender por leyes anteriores.

En el artículo 6.º de la misma ley se dispone que «los fondos que se recauden á consecuencia de las ventas realizadas en virtud de la presente ley, esceptuando el ochenta por ciento de propios, beneficencia é instrucción pública, se destinan á los objetos siguientes:

1.º «A que el Gobierno cubra por medio de una operacion de crédito, el déficit del presupuesto del Estado, si lo hubiere en el corriente año.

2.º «El cincuenta por ciento de lo restante y el total ingreso en los años sucesivos á la *amortizacion de la Deuda pública* consolidada *sin preferencia alguna*, y á la AMORTIZACION MENSUAL DE LA DEUDA AMORTIZABLE DE PRIMERA Y SEGUNDA CLASE con arreglo á la ley de 1.º de agosto de 1851.»

Nosotros, al hallarnos con disposiciones tan terminantes, preguntamos: ¿Se ha cumplido con esta ley? ¿Han sido atendidos los acreedores de las Deudas amortizables con el producto del cincuenta por ciento que les ha sido concedido por la ley de 1856? ¿Se les entregó el producto de los bienes consignados por la ley de 1.º de agosto de 1851? De ninguna manera; antes por el contrario, vemos en este asunto lo que nunca presenciámos, ni está manifiesto en ningun libro de derecho, esto es, que el deudor puede á su arbitrio restringir los deseos y justas aspiraciones del acreedor. Jamás nacion alguna puede tener crédito é inspirar confianza, cuando los que se hallan al frente de su administracion son los primeros en demoler las bases sobre que debian cimentarlo, y ninguna es más firme y sólida que la nivelacion del presupuesto: sólidamente nivelado este,

aun cuando la deuda pública se aumentase, siempre los gastos serían reproductivos, pues empleados en obras públicas, ni la suma á que aquella se elevase inspiraría desconfianza en los españoles y extranjeros, ni su aumento sería una carga para el Tesoro, si á este aumento correspondiesen grandes medios de amortizacion.

Pero ha sucedido todo lo contrario; en vez de crearse una situacion sólida, se creó otra difícilísima, promovida por el desnivel constante y funestísimo de los presupuestos del Estado, sin causa alguna justificada para ello, desde 1859.

Entonces el señor Salaverría se hallaba en circunstancias especiales, inmejorables para atender á las reclamaciones de nuestros acreedores, para acallar todos esos clamores suscitados en mal hora por la ciega terquedad, empeñándose en rechazar las demandas justas de los tenedores de las amortizables, y sin estudiar ni profundizar la validez ó justicia en que aquellas se apoyaban, desperdiciando así una ocasion oportunísima en que era sumamente fácil convertir dichas deudas, y evitar con esto los conflictos que su obstinacion ha creado para daño y perjuicio del crédito del Estado.

De este modo fué igualmente creciendo la deuda flotante, que entonces pudo reducirse á justos límites, y hoy ha tomado gigantescas y amenazadoras proporciones, cuando, volvemos á repetirlo, se pudo consolidarla con gran facilidad y ventaja. El señor Salaverría no lo ha creído así: por un acto de su voluntad dejó sin efecto lo terminantemente dispuesto en la ley de 1.º de mayo de 1856, relativa á las Deudas amortizables y del personal; ha pasado por encima de cuanto hay de legal y justo en estas deudas, pues en su mayor parte tienen un carácter forzoso y preferente, en particular los créditos que dimanen de intereses de deudas postergadas, de letras no pagadas, haberes no percibidos y cupones no satisfechos.

Esta sola consideracion, aparte de la justicia con que deben ser atendidas por el Estado las razonables reclamaciones de sus acreedores, bastaba por sí sola para que con preferencia lo fuesen, ó cuando menos hacer un dilatado y concienzudo exámen de ellas, y en su consecuencia proceder á su amortizacion para tranquilidad de los acreedores y bien del crédito nacional.

Pero el señor Salaverría desde lo alto de su silla ministerial, cual otro Júpiter Olímpico, ha arrojado los rayos de sus iras

contra los infelices mortales que se atrevieron á reclamar que ningun derecho habia para que sus créditos fuesen considerados de peor condicion que los de carreteras, ferro-carriles y obras públicas que se amortizaban á la par y aún con primas, así como la deuda material del Tesoro, que disfrutaba de igual ventaja.

De esto debian surgir naturalmente nuevos conflictos. Negándose el señor Salaverría á atender dichas deudas y á las demandas de los acreedores, la especulacion buscó nuevos campos donde ejercitar sus armas, tocándole esta vez á los comerciantes ingleses ser las víctimas de las jugadas de Bolsa.

Todo el mundo sabe que verificada la conversion en títulos al portador, desapareció la personalidad que caracterizaba al verdadero y primitivo acreedor, y entonces fué cuando los precios de estas deudas, ora en alza, ora en baja en el barómetro de la Bolsa, ocasionaron grandes ganancias á los afortunados, que han trasladado al mercado de Lóndres sus títulos, donde bajo la idea de que los bienes hipotecados harian valer las amortizables sobre las demás deudas del Estado, pudieron conseguir que fuesen comprados sus títulos á altos precios por los negociantes ingleses. El resultado de esta operacion es de todo el mundo conocida. Desengañados los compradores y perdidas las esperanzas concebidas, han puesto el grito en el cielo, haciendo que aquella plaza se nos mostrase aun más hostil, y que los periódicos de Lóndres nos insultasen diariamente. Y esto era lo que menos convenia á un país que aspira á consolidar su crédito, y un favor más que debemos á la alta prevision del señor Salaverría al pronunciar su TERRIBLE VEREDICTO contra las amortizables.

Los efectos de este suceso se dejaron sentir bien pronto. Por una de esas fecundas medidas del Sr. Salaverría, el Banco de España se avino á entregar al Gobierno la enorme suma de *mil trescientos millones de reales* sobre los pagarés de bienes nacionales. Este préstamo, infinitamente superior á las débiles fuerzas del Banco, hizo que dicho establecimiento para realizar esta operacion fuese mendigando de puerta en puerta de los banqueros de Lóndres, hallándolas todas cerradas y sufriendo las negativas más humillantes, gracias á las cuestiones promovidas acerca de las Deudas amortizables, y demás créditos

desatendidos que los negociantes ingleses tenian en sus carteras.

Demasiado grave ha sido este incidente para que dejemos de lamentarnos de la desconfianza con que se nos mira en el extranjero, y del estado á que ha llegado nuestro crédito por la imprevision de los que más debieran vigilar y trabajar por su consolidacion y apogeo.

VII.

Una de las bases de todo contrato es el religioso pago de los intereses. Y cuando una nacion falta á ese pacto, á esa conveniencia pública, á esa buena fé, ¿qué se debe decir? Que desconoce sus deudas, que no las paga, y entonces llega el descrédito con todas sus terribles consecuencias; y hoy, triste, pero preciso es decirlo, ese descrédito es tan escandaloso que á pesar de las hipotecas que tenemos al frente, trasmisibles y enagenables, la Nacion no tiene ni aun el crédito que conservaron nuestros fondos en las Córtes de 1823.

La principal causa de nuestras desgracias en esta materia nace, como dejamos expuesto, del desnivel entre los productos y los gastos, desnivel que se ha aumentado de un modo asombroso, llegando á producir la exorbitante Deuda flotante que sobre nosotros pesa. Parecia, pues, natural que el señor Salaverría, de cuya cabeza nace la mayor parte de esta calamidad que abrumba al Estado, en cualquier proyecto que adoptase para poner á flote la nave del crédito público, debia hacer por disminuir los gastos, y que desapareciese en cuanto fuera posible la Deuda flotante; pero hizo precisamente todo lo contrario. Ha sancionado el principio que nos ha traído á este punto; el mal llamado sistema de las anticipaciones, pues consiste en gastar las rentas futuras y dejar al Estado constantemente en un compromiso sin término, y en ahogos nuevos. Esto es lo que hizo el Sr. Salaverría, en sus contratos con el Banco, y con las grandes sumas que ha sacado de la Caja de Depósitos, cuyo déficit, por entregas hechas al Tesoro hasta fin de junio de 1863, era de *mil seiscientos veinticinco millones setecientos noventa y dos mil quinientos treinta y ocho*

reales, segun el extracto de cuenta publicado en la cuarta semana de agosto de 1864.

Nadie ignora ya que las Bolsas de Lóndres, París, Amsterdam y otras han adoptado la resolucion firme, inalterable, que han tomado todos los acreedores de sus respectivas sociedades para oponerse á que se tome billete alguno del Gobierno español, mientras no se haga con ellos un arreglo respecto á su Deuda.

Pero si esto ha sucedido tiempo hace, ¿qué sucederá despues, viendo que no solo no se presentó, ni se presenta por parte del Gobierno ninguna disposicion que de algun modo les tranquilice? Conspirar abiertamente para derribar todos los ministros de Hacienda opuestos á sus reclamaciones, y hacer mucho más embarazosa la situacion del Tesoro en sus negociaciones, causando al mismo tiempo males de una trascendencia suma á las empresas particulares.

VIII.

Si vamos á examinar las causas que más han influido en esa prosperidad tan celebrada de Inglaterra, hallamos que es debida á la elevacion del crédito; y esta elevacion de su crédito se debe á la religiosidad, á la buena fé en el cumplimiento de todo cuanto ha pactado. Ese mismo respeto que ha tenido á todos los acreedores del Estado, fuesen enemigos suyos, haya estado su nacion en guerra abierta con Inglaterra; eso ha hecho que los caudales de las naciones que se encontraban en circunstancias críticas, fueron á colocarlos allí, porque sabian que cualesquiera que fueran las ocasiones ó peligros en que se pudieran encontrar los que tenian sus capitales en los fondos públicos, siempre serian respetados.

Por ese estado de elevacion de su crédito, lo cual ha llevado allí los grandes capitales del extranjero, se ha elevado el precio de los fondos públicos y reducido los intereses: así es que los ciudadanos ingleses han ido á buscar su lucro á otras empresas, y de ahí ese espíritu de asociacion que ha levantado á la Inglaterra al grado en que hoy se encuentra, facilitándole su crédito el suprimir ciertas contribuciones con regularidad, de

manera que se fueron aumentando los ingresos de las otras, mientras que los ingresos generales del Estado se han igualado con las obligaciones.

A pesar de estos ejemplos, parece que estaba reservado al Sr. Salaverría dar el golpe mortal á los restos del crédito español. Cuando los acreedores del Estado, en Francia, en Inglaterra, y en nuestro mismo país habian invertido sus fondos en los títulos que representan nuestra Deuda; cuando estaban esperando que llegase un dia en el que pudiese hacérseles justicia, en ese mismo momento el Sr. Salaverría descarga el golpe de gracia que debia destruir sus esperanzas, y crear nuevas complicaciones para el porvenir. En medio de cuadro tan halagüeño, de situacion tan tranquila y despejada, el Sr. Salaverría, en quien parece vino á depositarse toda la confianza de los españoles, aún se levanta hoy para esclamar en medio de las justísimas censuras que de todas partes se le dirijen, que él tiene confianza en la situacion del Tesoro. ¡Irrisorio sarcasmo! Confianza tiene el Sr. Salaverría ante el espantoso déficit que ha dejado en los presupuestos y en la Caja de Depósitos; confianza abriga ante la situacion alarmante del país, ante su deplorable estado económico, ante la ruina en que ha dejado nuestro crédito, ante la clausura de las Bolsas extranjeras á cuyas puertas fué el Banco de España mendigando dinero sin hallar una mano compasiva que le aliviara del terrible ahogo en que le pusiera el Sr. Salaverría en la negociacion de los mil trescientos millones sobre bienes nacionales. ¡Ah! sí, confianza, Sr. Salaverría; pero la confianza que debemos abrigar, es de que la Nacion no llegue á pasar por una administracion como la de los cinco años.

Pero no es solo la confianza lo que anima al hacendista de la union liberal; hay en él hasta la satisfaccion, el orgullo de sus obras, cuya línea seguiria practicando si, lo que Dios no quiere, llegara á colocarse de nuevo al frente de la administracion. El Sr. Salaverría debió bañarse en agua rosada al oir al señor Sierra y Cárdenas en la discusion de los presupuestos de 1863 á 1864, y á los Sres. Lazcoiti y Trúpita en la exposicion de presupuestos á las Córtes en los dias 5 de enero y 5 de febrero de 1864, y cuyas palabras cita el Sr. Salaverría en su último folleto como escudo de los cargos que á su administracion se dirijen. Pero preguntamos nosotros: ¿qué *bases sólidas* son

esas sobre que descansa la situacion de la Hacienda, y el porvenir económico, para que lejos de ser motivo de preocupaciones, deba serlo de la más lisonjera confianza?

¿Qué situacion desahogada es la del Tesoro que no inquieta á los ministros de la Corona, ni debe causar alarma al país que puede tranquilizarse plenamente sobre la situacion general de la Hacienda pública?

¿No hemos visto descender del banco azul, y en menos de un mes, á dos ministros de Hacienda? ¿No hemos visto ocupar ese departamento cinco hacendistas en menos de un año? ¿Qué significa esto? ¿Cómo se comprende ese ascenso y rápido descenso habiendo «recursos bastantes para saldar los extraordinarios y proseguir las grandes obras, emprendidas en los diversos ramos?» ¿Qué misterio insondable hay en esto, «si se ha logrado la positiva nivelacion del presupuesto ordinario, y existen medios superabundantes para saldar el actual descubierto y atender á los gastos extraordinarios?» Esto significa que la herencia legada por el Sr. Salaverría es de tal naturaleza, que sería indispensable la espada de un nuevo Alejandro para deshacer el nudo gordiano que ha tejido con sus acertadísimas medidas todo el tiempo que su administracion ha durado.

Muchos son los que sobre esto han vaticinado de un modo absoluto. Nosotros nos limitamos á predecir, porque sabemos que las cantidades conocidas del problema son demasiado complicadas, y hay en él muchas circunstancias eventuales que pueden trastornar los cálculos mejor fundados. No queremos figurar al lado de los que vaticinan de un modo absoluto, pues para esto sería necesario adivinar las voluntades de los hombres y los lances de la casualidad; pero, partiendo de los hechos consumados, nos basta ser observadores imparciales de esos mismos hechos y sus consecuencias, para anunciar que la situacion en que dejó la Hacienda el Sr. Salaverría, es y será el cáncer devorador de todos los Gobiernos que no cuenten con las fuerzas necesarias para verificar un cambio radical en la administracion.

Finalmente, no podemos resistir al deseo de trasladar aquí unas célebres palabras del Sr. D. Juan Alvarez y Mendizábal, pronunciadas al debatirse los presupuestos del año de 1841, palabras que siempre debieran tener grabadas en su corazon

todos los que aspiran á figurar al frente de los negocios públicos. Decía aquel eminente hacendista y gran político :

«¿Quién paga todos los gastos del Estado?—El pueblo.—¿De qué caudales se forma el Tesoro público?—De los del pueblo. —¿Qué medios, qué recursos tiene un Gobierno para llenar y cubrir todas las obligaciones y exigencias que lleva consigo, que hace indispensables la vida de las naciones?—Los del pueblo.....—¿De dónde los hemos de sacar, y sea cualquiera el modo y la forma con que los saquemos?—Del pueblo. En muy pocas palabras: ¿quién ha de pagar todo lo que la Nación tenga que gastar?—El pueblo y solo el pueblo.—¿Qué es lo que nos queda que hacer, si somos buenos representantes de ese pueblo, si sus intereses están clavados en nuestros corazones como deben estarlo?—No otra cosa que echar mano de aquellos recursos que han de costar menos al pueblo: y no al pueblo que hoy vive, sino á las generaciones que han de venir despues.»

El Sr. Mendizábal adivinaba lo que hoy sucede, y presentía que ese pueblo que él defendía, sería administrado por hacendistas de la talla del Sr. Salaverría.

IX.

Reasumiendo lo que dejamos expuesto, vemos que la manera lenta con que se fueron retirando de la circulacion las Deudas amortizables, y los precios que para adquirirlas van hoy alcanzando, amenaza á la Nación con un gravámen casi perpétuo, que á toda costa era preciso redimir. El Sr. Salaverría perdió las ocasiones en que con beneficio del crédito y utilidad de los acreedores y del Estado, debió dictar disposiciones legislativas encaminadas á extinguir esas Deudas; es más aún, no solo perdió esa ocasion, sino que ni siquiera que sepamos hizo sobre ello el más ligero estudio. De este abandono ha venido un gran perjuicio para la Nación, que irá en aumento de año en año, en razon á que el valor nominal que por medio de las subastas mensuales se recoja, irá en descenso á medida que crezcan los tipos de amortizacion. De cuyo sistema vendrá probablemente el fenómeno de que unas deudas que no gozan intereses, ven-

gan á tener en el mercado más estimacion que la renta consolidada; fenómeno más singular todavía, cuando el barómetro del crédito en todos los países es esta renta, no aquellas, que aunque de un origen respetable en su forma, representa un título de ignominia para los Estados.

En igual situacion se halla la Deuda del personal, y el señor Salaverría es el único responsable de los males que esto está acarreando, porque sea por ignorancia ó por descuido, no hizo estudio alguno de esta cuestion, pudiendo librar al país de un gravámen que cuando menos consistirá en los treinta millones que consigna anualmente el presupuesto para la amortizacion de estas deudas. Consecuencia de esto fué tambien, como ya en otro lugar dejamos indicado, que por no haber el señor don Pedro Salaverría estudiado la cuestion de la conversion de las deudas amortizables, hemos visto con gran sentimiento que una Bolsa extranjera cerrase sus puertas á la cotizacion de nuestros valores industriales, y precisamente cuando más necesidad habia de traer fondos á nuestro país para el desenvolvimiento de las obras públicas. Hoy, en atencion á esa medida, no pueden negociarse fondos sino con condiciones muy onerosas, y es incalculable el daño que en ello reciben nuestros intereses; porque todo lo que sea traer fondos del extranjero á mayor interés de aquel á que se debian adquirir, no solo redundará en daño de las empresas y del Estado, sino que es en desdoro de la nacion española que jamás se ha negado á pagar sus deudas legítimas, y á la cual por terquedad, pues no merece otro nombre, se ha colocado en una posicion muy crítica, con mengua de nuestra dignidad y buen nombre.

X.

Hay otra cuestion importantísima que merece fijar la atencion de los hombres pensadores, sobre las dotes financieras del señor Salaverría.

Hablamos de la Caja de depósitos en sus relaciones con el Tesoro.

Dejamos consignado anteriormente la fabulosa suma de que dispuso el Sr. Salaverría para hacer frente á las atenciones

del Estado, suma á la que deben agregarse otras más insignificantes, pero no por eso de menos importancia, atendida su procedencia. Por déficit de presupuestos ordinarios hasta 1862 y por déficit de presupuestos extraordinarios del 59 en adelante, con más el saldo de la guerra de Africa y la deuda inglesa, debia el Tesoro, en agosto de 1864, á la Caja de depósitos, *mil seiscientos veinticinco millones, setecientos noventa y dos mil quinientos treinta y ocho reales*, que desde entonces debió aumentarse considerablemente. Si esto es administracion, dígalalo el país. Pudiera suceder, como casi lo estamos presenciando, que por lo quebradizo que es el crédito, por circunstancias anormales, los imponentes afluyeran en demanda de sus fondos en un dia dado, y desde el momento que la Caja no pudiese recojer sus obligaciones á los respectivos vencimientos, vendria un conflicto grave que haría imposible la entrada ó la continuacion en el poder de ningun hombre que no tuviese el acuerdo y la proteccion de los que hubiesen creado ó sostenido semejante situacion, porque en el hecho de ser imposible que la Caja de depósitos recoja en momentos dados las obligaciones que tiene emitidas á los imponentes; desde el momento en que pudiera caber, si fuera posible, una confabulacion para que ciertas personas retirasen sus capitales, se diria que por la entrada de tal ó cual Gabinete habia venido el descrédito, y veríamos las puertas de la Caja de depósitos llenas de gentes retirando sus capitales; veríamos las del Banco llenas tambien de demandantes que irian á descontar á intereses crecidos. Esto, en resúmen, sería lo que tendríamos que agradecer al Sr. Salaverría, que en tal apuro ha colocado la Hacienda pública haciendo sumamente dificultoso el desembarazar una situacion tan irregular y perturbadora, como la que ha dejado al cesar en su administracion; de cuyo exámen resulta que el Tesoro ha quedado exhausto, que ha agotado todos los recursos para entretener la Deuda flotante, que la Deuda pública se halla con un aumento que hasta 1868 será por término medio de quinientos millones de reales; y sobre este aumento de la Deuda pública, ha dejado desorganizados los presupuestos de manera que el déficit continuará aumentando en quinientos millones de reales lo cual puso al Gobierno actual, y pondrá á otro que le suceda, si de antemano no se toman medidas para mejorar los ingresos ó disminuir los gastos, en la dura ne-

cesidad de desatender los servicios públicos, ó hacer extraordinariamente gravosas las cargas del Estado.

Todo esto honra al Sr. Salaverría, y sin duda así lo cree, cuando dias pasados, combatiendo en el Congreso de los diputados el anticipo del Sr. Barzanallana, decia que si fuera llamado al poder, él sabria hacer milagros para regularizar nuestra Hacienda.

Nosotros no lo dudamos: el Sr. Salaverría haría grandes cosas, mayores aún que las de pedir dos mil millones para mejoras materiales, gastar en estas seiscientos dos millones, y lo restante emplearlo en cuarteles y material de guerra.

¡Dios nos libre de hombres hacendistas de la talla del señor Salaverría!

CONSECUENCIAS.

La mala administracion de la Hacienda pública, el despilfarró continuo, la desnivelacion del presupuesto, la centralizacion absoluta que por largos años viene pesando sobre el país, el sistema de pedir dinero á préstamo de la alta banca, las medidas financieras adoptadas por hombres ignorantes, empíricos ó rutinarios solo para salir del día y atravesar como se pueda las circunstancias, dejando al tiempo y á la Providencia que provea de remedio á nuestros conflictos económicos, tales fueron las causas que han provocado el déficit y angustioso estado de la Hacienda pública y la herencia que ha recibido el Gabinete presidido por el general Narvaez, nada á propósito en verdad para infundir confianza y poder salvar de las embravecidas olas que por todas partes le rodean, la frágil nave de nuestro crédito nacional.

Durante el actual ministerio, el déficit prosigue acrecentándose; la deuda del Tesoro elevándose á una cifra fabulosa por consecuencia de las promesas de pago hechas á plazo y en pagarés con fuertes intereses á los créditos contraídos por contratas en los departamentos de Gobernacion y Fomento; y por último, la Caja de Depósitos convertida en un Banco de comercio, haciendo la competencia á todos los establecimientos de crédito y ofreciendo hasta un nueve por ciento á los capitales, procedentes de intereses de la deuda del Estado que hoy no hay medio de satisfacer y para llamar nuevos imponentes.

No acusamos á nadie; creemos que el silencio obligado á que tuvo que recurrir el Sr. Barzanallana, durante su permanencia en el ministerio, fué hasta cierto punto natural, atendidas las circunstancias apremiantes de la actualidad, y el estado de los negocios que la administracion iniciada en 1858 dejó en una situacion deplorable, como que ella ha sido la más ruिनosa que presenció la Nacion desde que existe el régimen representativo.

El Sr. Barzanallana no podia obrar de otra manera: el partido moderado, que tiene por costumbre apelar á los empréstitos forzosos, como el de Domenech, no puede existir en el poder sin aumentar los gastos improductivos, que son la ruina de los pueblos; y cuando los recursos propios no bastan á cubrir sus fastuosas dominaciones, recurre á capitalistas como Mirés para que faciliten fondos, sin atender á los perjuicios que estas ruinosas negociaciones originan á los intereses públicos.

El partido moderado no se atreve ó no quiere suprimir la contribucion de consumos que sería una grande y utilísima medida atendidas las cargas que pesan sobre el país, porque no encuentra medios de sustituir esta renta con otros recursos que sean más equitativos, aunque la ciencia moderna enseñe que esta exacción pesa más sobre el pobre que sobre el rico, porque los artículos de primera necesidad pagan un derecho escesivo.

Todas las medidas adoptadas por el ministerio Narvaez para hacer frente á la angustiosa situacion del Tesoro, se reducen á subir el interés de la Caja de Depósitos y presentar un proyecto de anticipo forzoso de trescientos millones.

En cuanto á la primera no pasó de ser un paliativo que hizo poco honor á los conocimientos rentísticos que se atribuyen al Sr. Barzanallana. El aumento del interés á los depósitos voluntarios para atraer á aquella dependencia mayores capitales, es el sistema, el mismo exáctamente que ha seguido por espacio de algunos años el Sr. Salaverría, y que ha dado por resultado el déficit enorme que abrumba al Tesoro y que contribuye principalmente á mantener en confusion nuestra Hacienda, y en perpétua alarma nuestro crédito.

Comprendemos el apuro grande en que se halla el Gobierno para satisfacer obligaciones sagradas del momento; pero como quiera que el aumento del interés, aunque no rijió más que algunas semanas, no solo no consiguió proporcionar alivio al

Tesoro, sino que por el contrario, acarrearía en caso de continuar pagándose tan crecido interés, grandes daños al público en general.

Además, nosotros creemos que esa medida era anti-económica; la idea apuntada en el preámbulo de la Real orden respecto á las modestas fortunas que buscan fructuosa colocacion en empresas particulares, colocacion que hallarán con mayores ventajas y con más seguras ganancias en el Estado, parecenos, repetimos, una idea anti-económica, contraria á los buenos principios de Gobierno y de fomento de la riqueza pública.

Nadie duda que la Caja de Depósitos ofrece más seguridad que ningun otro establecimiento de crédito, toda vez que la Nacion es la que responde y garantiza sus operaciones con sus presupuestos ordinarios y estraordinarios; ¿pero le es dado á la Nacion misma, ó lo que es igual, á las dependencias del Estado, establecer esa competencia?

Graves consideraciones ofrecia esta cuestion, y un vasto campo para formular la más severa, pero justa censura contra el Sr. Barzanallana.

El alza que se establecia del interés de los depósitos, hoy ya disminuida un tanto, podria facilitar algunos millones con que poder ir cubriendo á duras penas las necesidades más apremiantes del día; pero el déficit se aumentaria prodigiosamente; los intereses que pagase el Tesoro serían infinitamente mayores que tomando el dinero á préstamo en otra forma; las sociedades y empresas particulares recibirían grande menoscabo en sus intereses, y los fondos públicos sufrirían necesariamente el descenso natural que traeria consigo la realizacion á todo trance del papel, para buscar el interés mayor que les prometia la Caja de Depósitos.

El proyecto de ley pidiendo al país un anticipo forzoso de seiscientos millones, fué la segunda medida del Sr. Barzanallana: creemos que no pudiera hacer otra cosa; impotente para adoptar medidas radicales sobre la Hacienda, encerrado en ese fatal círculo de Vico de los sistemas moderados, apremiado por las exigencias y necesidades del momento, acosado por una deuda enorme cuyos intereses era indispensable satisfacer, el proyecto del Sr. Barzanallana era lógico si se quiere, pero insuficiente para cubrir las enormes obligaciones del momento.

Desdicha es del actual ministerio tener la Hacienda pública en tan deplorable estado y recurrir al país pidiendo un anticipo de seiscientos millones, precisamente cuando las fábricas catalanas están cerradas por falta de numerario, y el hambre aflige á las clases trabajadoras; cuando Valencia está desolada y necesita numerosos capitales para poner su suelo en estado de producir, cuando el comercio está paralizado en Castilla y otras provincias.

Imposible es al Gobierno actual regularizar la Hacienda y hacer que se disuelvan ó disipen las amenazadoras nubes que vemos apiñadas sobre nuestro horizonte económico. En vano recurre hoy á la desamortizacion de ciertos bienes, despues de ser el más terrible adversario de ese gran principio económico, porque la confianza pública le huye, el crédito le abandona y en todas partes se halla con el vacío.

Preciso es confesarlo, porque se halla en la conciencia de todos; ningun Gobierno moderado, conservador ó unionista puede salvar al Tesoro. Solo el partido progresista, que tantas pruebas de economía y arreglos favorables para el Estado tiene dadas, se halla en condiciones de levantar á la Hacienda de la postracion en que yace, elevando los productos, mejorando y moralizando la administracion, introduciendo economías, arreglando las Deudas, realizando los atrasos que á su favor tiene el Tesoro, atrasos que el partido conoce, y elevando por el concurso de todas estas circunstancias el crédito del Estado; esto, volveremos á repetir, solo lo puede hacer el partido progresista, porque solo él cumple con el lema de *Fiat justitia et ruat cælum*.

APÉNDICE.

DE LOS BANCOS EN GENERAL Y EL DE ESPAÑA EN PARTICULAR.

I.

Hemos examinado ya el origen de nuestra Deuda, las causas de su crecimiento y los medios que debieran emplearse para que su peso no oprima á las fuerzas productoras de la Nacion, sino que sea por el contrario, la válvula conservadora de nuestro crédito y valer.

Mas como para apreciar la verdadera riqueza de un país, así como sus medios de engrandecimiento y poderío, es preciso considerar en primer lugar su industria y su comercio, ramas principales de nuestra moderna civilizacion, nos ha parecido conveniente y aun necesario para las soluciones que sometemos á la ilustracion del público, examinar con alguna detencion nuestros elementos de crédito, entre los que figura como el primero el *Banco de España*, del que todos los escritores se ocupan hoy, como punto de partida para nuestras apreciaciones.

Los Bancos, las Cajas de descuentos y las Casas de giros, son los establecimientos en que se refleja de una manera indudable, no solo el estado de prosperidad ó decadencia de un país, sino su grado de civilizacion y hasta su política, sus tendencias y su carácter.

Examinándolos con imparcial criterio, vendremos en conocimiento de nuestra situacion, y sabremos á qué atenernos el dia en que *nuestra Hacienda* busque en los principios liberales, protectores de todo comercio basado en la honradez y el trabajo, la salvacion de una inminente ruina.

No ha sido España de las naciones más atrasadas en materia de crédito y de Bancos, antes por el contrario, fué de las primeras que

los crearon y acreditaron. Así España, como Italia, tuvo durante la Edad media, Bancos denominados de depósito, y el de Barcelona, llamado primero *Taula de Cambi*, y despues *Taula dels Comuns depòsits*, gozó particularmente de una justa y gran celebridad, merced á la *proteccion* dispensada por los Reyes don Juan II y don Fernando el Católico, confirmada en 1723 por el Rey don Felipe V que nombró jueces conservadores del Banco al Ayuntamiento, Real Audiencia y Cabildo de la catedral; hasta que en el período de decadencia sucumbió por inaccion este notable establecimiento y los demás que á su sombra se habian desarrollado, principalmente en Aragon.

Desde esta época aparece la industria bancaria abandonada á sí misma y ejercida por los comerciantes esclusivamente, como consecuencia de su tráfico y comercio. Mas no duró mucho este abatimiento, y en tanto que el comercio se reanimaba, los que le practicaban crecian en importancia, por la conveniencia de sus operaciones y la solidez de sus contratos.

Todavía los Gobiernos españoles no habian pensado en utilizar el crédito como elemento de prosperidad nacional... Quizás las necesidades públicas no lo exigian; quizás tal vez se desconocian las ventajas que en ciertas y determinadas ocasiones produce el crédito combinado con el capital, cuando se usa de aquel con inteligencia, discernimiento y prevision.

Así trascurrieron algunos años sin que nada viniera á romper la continuidad de este estado de cosas, hasta que el espíritu de progreso, el movimiento de vida comercial que se desarrolló en el último siglo, é igualmente la necesidad de hacer circular como efectivo los vales de la Tesorería, inspiraron al célebre conde de Cabarrús la idea de establecer un Banco público, con el plausible objeto de contener *la usura*, favorecer el comercio y sostener el valor de los referidos vales y medios vales emitidos por el Gobierno ó sea la Tesorería Real.

Cárlos III, oido el dictámen de personas competentes, aceptó el pensamiento, y en su virtud espidió en 2 de junio de 1782, una Real cédula creando en Madrid el Banco nacional de San Cárlos, cuyo objeto era:

- 1.º El de formar una caja de pagos y reducciones para satisfacer, anticipar y reducir á efectivo todos los valores del Gobierno y del comercio, que tuvieran ciertas condiciones y voluntariamente se llevaran á él.
- 2.º El de tomar á su cargo los asientos del ejército y marina, dentro ó fuera del reino, por el tiempo de veinte años á lo menos; y
- 3.º Pagar todas las obligaciones del Real giro en los países extranjeros, escepto en Roma.

Su capital se fijó en *trescientos millones* de reales, representados

por ciento cincuenta mil acciones de á dos mil reales cada una; y su administracion se confió al cargo de ocho ó diez directores elejidos por la Junta general de accionistas, los que debian renovarse cada dos años.

Tales fueron las bases de su constitucion; mas algun tiempo despues de establecido se concedió al Banco el *importantísimo privilegio de emitir billetes pagaderos á la vista y al portador*, que circularsen como efectivo, por una cantidad indeterminada; lo que unido á las medidas adoptadas para que todos los caudales de mayorazgos, cofradías, hospitales y obras pías, se invirtiesen en acciones del Banco de San Carlos, hizo que el crédito de este creciese rápidamente, y llegasen á negociarse sus acciones en 1.º de enero de 1785, con un veinte y un veinticinco por ciento de beneficio, llegando á valer en Francia y otros puntos, tres mil cuarenta reales cada una.

Tanta prosperidad y fortuna, y tantos privilegios, promovieron una cruzada contra el Banco por parte de aquellos que temian su concurrencia, cruzada que fué ganando terreno cada dia, hasta el punto de herir gravemente su crédito, influyendo en este resultado la oposicion que se le hacía por los escritores extranjeros, entre los que descolló el conde de Mirabeau, y el abuso de sus contratos con el Gobierno y otras causas diversas, causaron la natural reaccion al exagerado entusiasmo que produjo en un principio su feliz aparicion.

Pero dejemos ya de ser cronistas de un establecimiento desgraciado que sucumbió á impulso de fuerza mayor; y baste dejar consignado para evitar hoy lo que causó la ruina de aquel, que el Banco nacional de San Carlos, despues de haber aparecido como radiante estrella en nuestro horizonte mercantil y de crédito, desapareció tristemente en 1829, dejando una inmensa série de desastres, y teniendo por conclusion que recibir *cuarenta millones* de reales, por total pago de *trescientos nueve millones cuatrocientos setenta y cinco mil novecientos ochenta y tres reales vellon*, que el Estado le adeudaba!!!!...

II.

Por poco que se reflexione en lo que constituye el comercio de Banca, se ha de comprender fácilmente que el banquero, ya sea un particular, ó una compañía, es el intermediario entre los capitales y el trabajo. El banquero, pues, puede muy bien dejar de ser un capitalista, pero debe ser siempre un comerciante hábil y prudente, cuya esperiencia y tacto sean una garantía en los negocios en que interviene: sin duda, que con un fuerte capital asegurará mayores bene-

ficios; pero quede consignado que el capital llega á ser un elemento accesorio en los establecimientos rejidos con la severidad debida.

Las operaciones del banquero se reducen, de cualquier modo que se las analice, á dar y tomar dinero prestado, esto es, á recibir depósitos, ó más propiamente dicho, consignaciones, puesto que los depósitos, aunque no los excluimos de la esfera de los negocios que puede hacer un banquero, creemos que en cumplimiento de la ley, y para que sean lo que se llaman, no pueden aumentar el capital movable ó en circulacion del depositario, ó lo que es lo mismo, no puede hacer con él préstamos á los industriales y pequeños comerciantes. Los depósitos y consignaciones constituyen los compromisos del banquero; así como los préstamos forman su capital activo. Estos son muchas veces inciertos; pero al contrario, aquellos serán infaliblemente reclamados; y aquí de la prevision de una *constante reserva*, y de la necesidad de no emprender operaciones de largo vencimiento.

El crédito de Banca se funda esclusivamente *en la ejecucion exácta y precisa de los compromisos contraidos*.

No basta que una suma recibida ó prestada sea satisfecha, es preciso absolutamente *que lo sea en un dia fijo, en un dia determinado*.

Sin esta circunstancia, el banquero podria verse arruinado, porque una restitution tardía puede arruinar lo mismo que una absoluta falta de pago.

Debe tenerse muy en cuenta por el director de un Banco, la clase de operaciones en que emplea el capital que se le confia, y no admitir por regla general negocios, cuya realizacion sea larga y ofrezca dificultades.

Para estas operaciones serían necesarias condiciones particulares, bases y reglamentos especiales en consonancia con la tendencia y naturaleza de aquellas. Pero un Banco puramente mercantil con derecho de emitir billetes al portador, y especialmente si este derecho es efecto de un privilegio concedido por el Gobierno, no debe salirse en sus prestaciones de los plazos usuales y corrientes en el comercio y de los que le marcan sus reglamentos.

Del mismo modo, un Banco de emision no deberá nunca emplear sus fondos en préstamos hipotecarios; porque estas operaciones salen ya de la órbita de las usuales en el comercio, y porque puede asegurarse con muy cortas escepciones que ninguna operacion de esta clase se vé realizada y concluida el dia de su vencimiento; por lo cual no deben nunca considerarse como sanas operaciones mercantiles, cuyo principal carácter, segun hemos indicado ya, es la seguridad del cumplimiento del pago *en el dia prefijado*. Los préstamos sobre hipoteca, generalmente hablando, y como hemos dicho, en la mayor parte de los casos, son á largo plazo, y no se redimen sino

adjudicándose la hipoteca al prestamista, ó teniendo que enajenarla á un tercero, cosas ambas difíciles, largas y costosas, contra lo que deben ser las operaciones de Banca que demandan antes que nada sencillez, plazo fijo, prontitud y economía.

Esta clase de operaciones han dado origen á un nuevo sistema de Bancos, cuyos estatutos y mecanismo, hábilmente combinados, pueden dar grandes resultados á los que en ellos se interesan, ya sea como accionistas, ya como solicitantes de crédito. Los establecimientos que se dedican en Francia á esta clase de préstamos, se les denomina *du Crédit funcier*, así como entre nosotros habrian de llamarse de Crédito Territorial ó Hipotecario.

Un Banco inspirará tanta mayor confianza, cuanto más independiente sea en sus operaciones, y cuanto más se ajusten estas á los principios fundamentales de la ciencia; y si este Banco es privilegiado, debe con mayor solicitud no desatender el comercio, propiamente dicho, de su localidad; y si es nacional, á las necesidades del comercio de toda la nacion; teniendo por norte y guía de sus operaciones sus reglamentos y estatutos. El gerente, director ó gobernador de tales establecimientos, deberá, pues, atenerse como tal á las reglas de una estricta imparcialidad, sin que le ligen compromisos de ninguna especie que puedan lastimar en lo más mínimo el crédito del establecimiento, teniendo muy en cuenta en las negociaciones que emprenda con el Gobierno, no colocarse nunca en una posicion desventajosa que, alarmando la confianza pública, pueda dar lugar á una reclamacion inesperada en sus diversas operaciones, y principalmente en el cambio de billetes á metálico.

Apuntadas ligeramente las obligaciones y deberes que han de tenerse presentes para la Direccion de un Banco de Emision, seguiremos analizando la manera de conducirse nuestro primer establecimiento de crédito, para poder resolver un complicado problema, á saber: la prosperidad de que hace alarde, entregando á sus primitivos accionistas un interés de veintiocho reales setenta y cinco céntimos y cincuenta milésimos por ciento anual, ¿es real y positiva, ó es una equivocacion lastimosa?...

III.

No repuesto todavía el espíritu público del desastre ocurrido al Banco nacional de San Carlos, se creó por Real cédula de 9 de julio de 1829 el Banco español de San Fernando, con un capital de *sesenta millones de reales*, representados por *treinta mil acciones de á dos mil reales* cada una, aunque por el pronto no fueron efectivas más que las *veinte mil* que representaban los *cuarenta millones*, conse-

cuencia de la transaccion ajustada entre el Gobierno y el antiguo Banco de San Carlos, y con la facultad privativa de emitir billetes pagaderos á la vista en Madrid, de á quinientos, mil, dos mil y cuatro mil reales, dejando á la voluntad de la Junta de Gobierno del Banco, el determinar la cantidad total y la forma de esta emision de billetes, los que para asemejarlos más á la moneda corriente, tuvieron como esta, el triste privilegio de que sus falsificadores fuesen castigados con la pena de muerte.

Las operaciones del Banco se reducian á las mismas que practicaba el antiguo de San Carlos, escepto en la parte de suministros y abastos, y su administracion propia estaba confiada al cuidado de una Junta de Gobierno compuesta de un director, un subdirector, nueve consiliarios, tres síndicos nombrados por la Junta General, y otros dos síndicos de nombramiento real. Los que habian de desempeñar los cargos de director y subdirector, eran tambien elejidos por el Rey, á propuesta en terna de la Junta General de accionistas; pero estos no podian elejir otras personas que los accionistas mismos, es decir, la eleccion se verificaba entre los sócios que acudian á la Junta, por lo que recaía la eleccion siempre entre comerciantes acreditadísimos en la plaza y conocedores prácticamente de todos los negocios que en ella se tratan, y de las personas por quién y cómo son tratados.

Así organizado el Banco español de San Fernando, y aleccionado por la esperiencia de su antecesor, comenzó sus tareas bajo la más estricta regularidad y prudencia, sin que la idea de lucro le sedujese; con cuya conducta logró repartir á sus accionistas un diez y ocho por ciento en los tres años primeros de su instalacion. Deseosos estos de ensanchar las bases de sus operaciones, acordaron en Junta General celebrada en 1.º de febrero de 1833, solicitar del Gobierno la reforma de sus estatutos, disponiendo que los depósitos voluntarios fuesen enteramente gratuitos; que el Banco pudiera hacer préstamos sobre efectos públicos al *plazo de noventa dias fecha*, y por el importe de las dos terceras partes de su valor cotizado en Bolsa; que igualmente pudiese hacer préstamos sobre las tres cuartas partes del valor de sus acciones; que pudiera formalizar con la Caja de amortizacion los convenios que estimára útiles hasta la suma que la Junta de Gobierno determinára; y últimamente, que el Banco tuviese facultad para negociar en efectos públicos del Estado. Accedióse á estas pretensiones y privilegios por Real orden de 12 de marzo del referido año de 1833; es decir, á los cuarenta dias de acordar se solicitase dicha reforma. Ciertamente hace honor esta actividad á la Administracion pública de aquella época, atendidas las penosas lentitudes que ahora sufren todos los que solicitan el despacho de algun negocio en las oficinas del Estado.

A pesar de todo, y sin embargo de aquellas concesiones, entre las cuales hay algunas muy poco premeditadas, el Banco siguió sosteniendo su crédito, satisfaciendo las necesidades del comercio, y aumentando sus beneficios. Por esta época ocurrió la guerra civil, que agotó por espacio de siete años todos los elementos del Gobierno, á quien prestaba todo su apoyo la Nación, en nombre de la libertad que simbolizaba el triunfo de Doña Isabel II. El Banco de San Fernando se negó rara vez á satisfacer las perentorias necesidades del Estado, contribuyendo así al aprecio público é identificando su suerte con la causa liberal, sin dejar por esto de atender á su objeto principal de sostener al comercio, librándole de los azares que hubiera tenido que sufrir sin la cooperacion y ayuda del mencionado establecimiento; y esto sin tomar otras medidas extraordinarias que aumentar la emision de billetes á la *reducida cifra de veinticuatro millones de reales*. Mas si comprendió su mision durante el período de la guerra civil, no tuvo igual acierto cuando restablecida la paz, pensó en estender el círculo de sus operaciones para dar empleo á los muchos capitales que se ofrecian por entonces á la circulacion y que el temor habia tenido ocultos é improductivos. Una circunstancia imprevista vino á impulsar la actividad del Banco de San Fernando; tal fué el establecimiento de otro semejante titulado de Isabel II. El espíritu de asociacion se habia desarrollado en aquella época (1844) con una vehemencia *extraordinaria*, y todo hacía presumir que entregado especialmente el de San Fernando á los grandes empréstitos del Gobierno, el nuevamente establecido y solicitado por los primeros comerciantes de la capital, habia de encontrar ancho campo á sus operaciones, dando fuerza y vida á las mil sociedades que para diversos objetos se fundaban en aquel tiempo, y ayudando al comercio, algo desatendido á la sazón por el primitivo Banco, en sus ordinarias é indispensables demandas.

Esto así, y habiendo el Banco de San Fernando solicitado la anulacion del derecho concedido al de Isabel II de emitir billetes al portador, el Gobierno que entonces regia los destinos de la patria no tuvo por conveniente acceder á aquella reclamacion, ratificando por el contrario la Real orden de 20 de marzo de 1844 en que se concedió la autorizacion referida.

Bien pronto se sintió en Madrid la crisis que casi siempre se presenta despues de una escitacion exagerada de la riqueza pública, cuando no descansa esta en los verdaderos principios de la ciencia. Así que la concurrencia provechosa que el nuevo establecimiento debia producir, no dió los resultados que eran de esperar, por causas accidentales y porque dos establecimientos de igual modo privilegiados no pueden subsistir, aunque comprendemos perfectamente que pudieran desarrollarse con ventaja, si se les desnudase de todo

privilegio, esceptuando la emision de billetes hecha con mucha inteligencia, y exigiendo el cumplimiento exácto de lo que en ellos se estipula. Así lo comprendió el Gobierno, y trató de utilizar al Banco español de San Fernando, contratando con él el pago de las obligaciones del Estado en cambio de los productos de las rentas públicas; operacion que si bien impedía al Banco atender á las necesidades del comercio, olvidando el principal objeto de su fundacion, le proporcionaba por otra parte *pingües* utilidades, repartiendo á sus accionistas *un veintidos por ciento* anual, y entregando además á principios de 1846, *veinte mil acciones de á dos mil reales cada una ó sea un ciento por ciento* de dividendo extraordinario. Tales resultados escitaron la codicia de los accionistas, que deseando todavía mayores ganancias, solicitaron del Gobierno varias reformas de sus estatutos, que concedidas por Real orden de 28 de mayo del mismo año 1846, fueron la causa principal de la crisis de 1848 y sus terribles desastres.

En dichas reformas se establecia que el Banco pudiera hacer préstamos sobre sus propias acciones por el valor que estas tuviesen en el mercado de la plaza, con solo la disminucion de un quince por ciento, en vez de la tercera parte que se exigía por la Real orden de 12 de marzo de 1833. ¡Medida anticomercial!!!... ¡Terrible alucinacion!!!...

Llevados al Banco millones de acciones en garantía de préstamos, cuando aquellas se cotizaban á un *doscientos por ciento*; y no habiéndoles retirado oportunamente los interesados, tuvo el Banco que adjudicárselas cuando llegaron á la depreciacion de negociarse á CUARENTA POR CIENTO, *sufriendo por consiguiente el escandaloso quebranto de un ciento á ciento treinta por ciento*.

Esto pasaba á fines de 1846; y fuese que el Gobierno no hallase ya las facilidades que anteriormente habia encontrado, sea que comprendiese la necesidad de contener un espíritu falso de especulacion que no podia menos de producir conflictos de suma gravedad para todas las clases sociales, dispuso por Real orden de 23 de febrero de 1847 que se reuniesen los dos citados Bancos en uno, bajo la denominacion del más antiguo, que lo era el de San Fernando.

El capital de este nuevo Banco se fijaba por el referido decreto en cuatrocientos millones de reales, contribuyendo con cien millones cada uno de los dos fusionarios, y obligándose los accionistas respectivos á entregar los doscientos millones restantes hasta el completo de los cuatrocientos fijados como capital, á medida que las operaciones del Banco lo exigieran; concediéndose al nuevo establecimiento la facultad esclusiva de emitir billetes en Madrid pagaderos al *portador y á la vista*, por una cantidad igual á la de su capital efectivo, pudiéndola aumentar, prévia superior autorizacion. De este modo reconstruido el nuevo Banco, siguió con sus anteriores faltas;

y contaminado con el no menor desprestigio de su compañero y anexionado el de Isabel II, continuó las mismas operaciones que antes; cumpliendo los contratos que *como banquero del Gobierno* tenia celebrados con éste, y lo que es más, verificando préstamos sobre sus propias acciones, de la manera que hemos espresado; pero á mediados de 1847, el Banco apenas podia cubrir las consignaciones mensuales estipuladas con el Gobierno en 21 de diciembre de 1846, y mucho menos atender al comercio en sus apremiantes necesidades. En este estado se rescindió de comun acuerdo dicho contrato, practicándose una liquidacion, en la cual resultaba un saldo contra el Tesoro público en 31 de marzo de 1847 de *doscientos cinco millones novecientos diez mil trescientos sesenta y cinco reales, trece céntimos, suma bastante mayor* que el capital realizado del Banco. Este hecho puso de manifiesto que las garantías responsables de los billetes, depósitos y cuentas corrientes, no eran las que los estatutos ordenaban, sino créditos contra el Gobierno y contra los particulares, que habiendo tomado préstamos sobre las propias acciones del Banco apreciadas á los fabulosos tipos que alcanzaron, las abandonaron despues cuando el estado de los negocios las hizo desmerecer en el mercado.

Por esta época, y por distintas causas, se sintió en Madrid lo mismo que en Lóndres, Paris y otras plazas mercantiles de Europa, una escasez de metálico que llegó hasta el punto de amenazar el órden público, produciendo una verdadera crisis en el comercio, causando al mismo tiempo la ruinoso desaparicion de tantas y tantas sociedades anónimas como se hallaban funcionando en esta Córte.

La situacion del Banco no podia ser más desconsoladora; su caja sin metálico, una emision desproporcionada de billetes, el espíritu mercantil decaido, y otras mil y poderosas razones lastimaron su crédito de tal manera, que sus billetes no se estimaban, como en otro tiempo, á la par del oro, y con preferencia muchas veces; sino que llegaron á perder hasta un quince por ciento, y sus acciones á la mitad de sus valores representativos, y aun algo menos.

La necesidad cada dia más apremiante de numerario efectivo, y la desconfianza que se apoderó de todas las clases al ver que en el Banco faltaba metálico para el cambio diario de billetes, y que esto se hacía en moneda menuda ó quebrada, haciendo sufrir las mayores vejaciones á los que en uso de un derecho indisputable acudian á sus puertas para poder conseguir el cambio de algun billete, acabaron con el ya vacilante crédito de aquel establecimiento; y si bien el Gobierno intervino en el asunto, lo hizo con tanta torpeza, á la vez que con tan grande injusticia, que lejos de mejorar la situacion del Banco, la empeoró extraordinariamente; y en vez de calmar la in-

quietud y la desconfianza públicas, alarmó en el más alto grado no solo al comercio, sino á todas las clases en general que por la falta de numerario y la *excesiva emision* que de billetes se habia hecho, eran tenedores de una gran cantidad de estos, y por consiguiente, aunque sin ser accionistas, acreedores de aquel ruinoso establecimiento mercantil.

La malhadada disposicion del Gobierno supremo, que tan terrible efecto produjera, no fué otra que la órden que dió al Banco para que cambiase *con preferencia* los billetes que le presentáran los habilitados de sus dependencias, y la de enviar diariamente fuerza armada para contener á los que agrupados alrededor del Banco solicitaban el cambio de un billete para poder atender á las imprescindibles necesidades de la vida, estableciendo así una irritante preferencia y convirtiendo aquel establecimiento en una especie de plaza fuerte, donde no era dado penetrar á los que llevaban en la mano un documento que acreditaba su derecho á hacerlo. Júzguese cuál sería el efecto de estas disposiciones en los que despues de pasar muchas noches en la calle para no perder el turno que habian logrado conseguir á costa de grandes penalidades, se veian burlados y tenian que retirarse sin obtener el cambio que anhelaban.

IV.

Semejante estado de cosas no podia prolongarse demasiado sin que las quiebras y catástrofes comerciales llegasen á producir una revolucion más temible que cuantas han venido á perturbar la marcha natural y progresiva de nuestro desarrollo material, iniciado con el triunfo de la libertad en los campos de Vergara. Comprendiéndolo sin duda así el Gobierno, y en vista de los terribles acontecimientos que por aquella época tenian lugar en las naciones vecinas, acontecimientos que al par que hacian estremecer los antiguos fundamentos de la sociedad, hirieron gravemente á la industria y al comercio que quedaron por algun tiempo completamente paralizados; el Gobierno, decimos, acudió á salvar la situacion crítica del Banco, adoptando medidas especiales que estaba en el deber de proporcionar, todá vez que la crisis en que se encontraba, era producida especialmente por anticipos hechos al mismo Gobierno, en virtud de los que se emitieron más billetes de los que permitia el fondo de reserva y la circulacion reclamaba. En su consecuencia se mandó reducir el número de billetes en circulacion y traer á la caja del Banco el metálico necesario para recoger todos los billetes que se presentasen al cambio.

Con estas disposiciones cedió algun tanto la alarma; pero no lo bastante para que el Banco pudiese hacer frente desahogadamente al pago de todos los billetes que se le presentaban. Así, por Real decreto de 4 de mayo de 1848, y con el fin de desahogar á la plaza de Madrid de aquella escesiva circulacion de billetes, se dispuso fueran admitidos en todas las aduanas del reino en pago de derechos.

Aquí es de notar, y debemos consignarlo, que en contraposicion á lo que entonces dispuso el Gobierno, con el laudable objeto de hacer frente á la crisis, facilitando la circulacion de los billetes; el que hoy rije los destinos de la pátria, hallándonos en idéntica situacion, dispuso hace tiempo aumentar la alarma pública y el desprestigio de los billetes del Banco, prohibiendo á los administradores de Rentas Estancadas de fuera de Madrid, aunque de la provincia, la admision de billetes en pago de los efectos estancados, hasta tal punto que aunque se tomase el importe de un billete en tabaco, sal, pólvora ó sellos de franqueo, no podia, ni puede hoy conseguirse la circulacion de un billete por este medio. ¿Cuál de los dos Gobiernos el de 1848 ó el actual, aunque de igual matiz político, obró con más prudencia y acierto? No queremos decirlo; el público juzgará.

Posteriormente, en 21 de junio del mismo año, se espidió otro Real decreto, en virtud del cual la Junta de Gobierno del Banco debia publicar en la *Gaceta* el importe, séries y numeraciones de todos los billetes en circulacion, disponiendo al mismo tiempo que se trasladasen inmediatamente á la Direccion general de la Deuda del Estado las planchas, sellos, estampillas y papel que existiesen en el Banco con destino á la fabricacion de billetes. Esta medida de desconfianza hácia la administracion del Banco, suponiendo que habia abusado de la facultad de emitir billetes, cuando si realmente hubo abuso, fué á consecuencia de los contratos celebrados con el mismo Gobierno, causó al Banco mayores perjuicios que los que se trataban de evitar; pues no habiendo tenido por conveniente su administracion reclamar contra tan violenta medida, se creyó generalmente que habia habido abusos que justificáran esta determinacion. En el mismo dia 21 de junio de 1848 se impuso á los mayores contribuyentes un anticipo forzoso *de cien millones de reales*, reintegrable en un solo plazo, en 1.º de agosto de 1849, con el interés de un seis por ciento. Debíanse admitir en pago de este empréstito los billetes del Banco de San Fernando por todo su valor, y las cantidades que en metálico ingresasen debian tambien emplearse en el cambio de dichos billetes, amortizándose todos los que así se fuesen recojiendo. Este anticipo y las contribuciones y rentas ordinarias facilitaron al Gobierno los recursos que necesitaba para poner en la caja del Banco el metálico que reclamaba el cambio diario de billetes, trayendo de las provincias conductas de dinero, que entrando en el

Banco á la vista del público que le asediaba, calmaban la ansiedad, y aminoraban el quebranto, que para cambiar los billetes *en las casas que por entonces se dedicaban á este nuevo y lucrativo negocio, era preciso satisfacer.*

También se dispuso por Real decreto de 8 de setiembre, dividir la administracion del Banco en dos departamentos, uno de comision y otro de descuentos, aplicando á aquel las garantías positivas en metálico y efectos de comercio pagaderos á corto plazo, mandándose, por último, que se publicase en la *Gaceta* semanalmente un estado de las operaciones de la caja.

No puede negarse que aunque no todas las providencias que tomó el Gobierno de aquella época para mejorar la situacion del Banco y sus billetes, y calmar la ansiedad pública, evitando los males y perjuicios que todos esperimentábamos, fueron igualmente acertadas; se le vió ocuparse seriamente del asunto, y si bien por último se apeló al triste recurso de un anticipo forzoso de *cien millones*, se tomaron antes otras varias medidas que indudablemente fueron mejorando la suerte de aquel establecimiento y de los tenedores de sus billetes ó pagarés á la vista. El Gobierno de hoy no ha creído deber tomar cartas en este asunto, sino para aumentar las dificultades en la circulacion de los billetes de su protegido Banco, á menos que no consideremos como la medida salvadora el nuevo anticipo.

No pasaremos adelante en nuestra tarea de reseñar la marcha y vicisitudes de nuestro primer establecimiento de crédito, sin hacer constar para las ulteriores deducciones que hemos de hacer, que en lo más azaroso de la crisis de 1848 solo circulaba una existencia en billetes, importante *ciento ochenta y ocho millones*, cuando hoy segun la memoria publicada en 4 de marzo del corriente año, como luego tendremos ocasion de ver, sin los motivos interiores, ni las convulsiones exteriores de aquella época, hay una circulacion en papel de *doscientos ochenta y siete millones ciento cuarenta y siete mil cien reales*: cantidad enorme, que estamos seguros que el comercio de Madrid no puede necesitar, y aun dudamos si se hacen transacciones mercantiles suficientes en la Côte, para poder emitir el Banco la cantidad de billetes que circuló el año de 1848.

Mas como si los males ocurridos anteriormente en el Banco fueran efecto de sus leyes y organizacion, y no de la complicidad del Gobierno y de la intemperancia y codicia de los accionistas, el Gobierno en 1849 presentó á las Cortes un proyecto de ley modificando la constitucion de aquel, sin comprender que tantas reformas, variaciones y alternativas en los reglamentos y bases de un establecimiento público tan protegido por el Gobierno y tan considerado por el comercio, podian perjudicarle en su propio crédito en vez de favorecerle, no esperando para hacer tales innovaciones al plazo de

los veinticinco años designados para la duracion del Banco, por la ley de 25 de febrero de 1847, y otras anteriores que señalaremos en su lugar. Por lo tanto, no nos ocuparemos de esta modificacion; pues hemos visto ya de qué manera pueden barrenarse los preceptos constitutivos del Banco, cuando éste y el Gobierno lo tienen por conveniente; sépase, sin embargo, que la principal alteracion acordada por la ley de 4 de mayo de 1849, consistió en nombrar S. M. un gobernador para el Banco en lugar del director que antes proponian en terna los señores accionistas. ¡Trascendental medida!

El nombramiento de director recaia antes en uno de los primeros accionistas, comerciante acaudalado, muy práctico en negocios y acreditado, que conocia hasta personalmente todos los actores de la escena mercantil con los defectos y bondades que les caracterizaban y que gozaba de buena y reconocida reputacion: hoy puede ser gobernador (1) uno de los muchos empleados que llegan en nuestra patria á desempeñar elevados y distinguidos cargos, sin otros méritos, muchas veces, que el favor; siendo apenas conocidos del público, por más que puedan serlo del Gobierno.

Tampoco nos detendremos en analizar la ley de 15 de diciembre de 1854, que solo tuvo notable variacion de la anterior, en que redujo el capital del Banco á *ciento veinte millones de reales*, amortizando el número necesario de acciones para disminuir los *ochenta millones de reales* que resultan de diferencia entre el capital que tenia el Banco y el que la ley le acordaba podia tener.

Posteriormente, y con el plausible objeto (que no todo ha de ser censura) de uniformar el establecimiento y constitucion de los Bancos, no solo en Madrid sino en las capitales que tuviesen necesidad de estos centros mercantiles y de *crédito en general*, que es lo que está llamado á ser el redentor de las sociedades modernas, se presentó á las Cortes Constituyentes de 1854 un proyecto de ley, que despues de una razonada y detenida discusion, se publicó como tal en 28 de enero de 1856, y cuya legislacion es la que hoy rije en la materia y la que daria óptimos frutos si se observára conforme al espíritu y tendencia de sus autores, sin tergiversar ni interpretar de un modo violento las condiciones establecidas en ella.

Por dicha ley se conservaba el mismo capital de *ciento veinte millones*, si bien con la facultad de poder emitir nuevas acciones hasta el completo de *doscientos millones de reales* de capital; cuyas acciones en ningun caso podrian ser enajenadas por un precio inferior á su valor representativo, se le dió el derecho de poder comerciar en metales preciosos y se le puso el nombre de *Banco de España*, con lo cual se

(1) Entiéndase bien que no aludimos al actual gobernador sino á los que pueden sucederle.

le dió un carácter *nacional* de que antes carecía, y que debió la Junta del Banco haber aprovechado para establecer sucursales en las principales ciudades de España, no en el término de un año, como la ley le concedió, sino en dos ó tres meses, como en otras naciones se ha hecho, entendiéndose con el comercio de provincias y dispensándole algunos beneficios que en aquellos momentos bien los necesitaba por la escasez de numerario que se notó con la compra de granos que tuvieron que hacer en el extranjero, y envíos de fondos para realizar los pagos.

Y por último, por la citada ley se ratificó al Gobierno la facultad de nombrar gobernador del Banco, y los dos subgobernadores que en caso de ausencia debían de sustituir á aquel, si bien estos serían nombrados á propuesta en terna del Consejo de Gobierno, que lo componía el gobernador, los dos subgobernadores y doce consejeros, los que son nombrados por las Juntas generales de accionistas de los Bancos.

V.

Hemos visto ya cuáles son las obligaciones del banquero ó director de un Banco, y cuáles los buenos principios á que deberá atenerse para evitar los perjuicios de una suspension ó quiebra, que en tales establecimientos puede ser sumamente trascendental, siendo el banquero como es el administrador de los fondos en él depositados por numerosas personas confiadas en su inteligencia y experiencia.

Hemos visto tambien que cuando una compañía poderosa ha sido invitada por el Gobierno para establecer un Banco, se le han concedido por *aquel* beneficios y privilegios grandes, en cambio de servicios pecuniarios que solo establecimientos importantes podrian ofrecerle. De suerte que, en tanto que los Bancos públicos son privilegiados, tienen el deber de auxiliar al Gobierno como representante del Estado en aquellas operaciones que reclamen su concurso y no perjudiquen ni comprometan su crédito.

¿Y es esto lo que ha hecho y hace nuestro primer establecimiento de crédito? ¿Se ha limitado en sus operaciones con el *Tesoro público*, hasta el punto de no verse envuelto nunca en angustiosas situaciones? La experiencia de todos los dias nos contesta á gritos negativamente.

Los jefes del Banco nombrados por el Gobierno no son un elemento bastante independiente para oponerse á sus demandas exageradas, como cuando sucede algunas veces, las necesidades ciegan á los

Gobiernos. Los accionistas por su parte no consultan desgraciadamente más que sus intereses privados, no el interés de las acciones que poseen ni del Banco de que forman parte; y solo el comercio y el público, no comerciante principalmente, son los que sufren las consecuencias de las crisis que se suceden por aquella falta de independencia tan necesaria en quien administra fondos ajenos unas veces; y otras, la mayor parte, por el escesivo y desordenado afán de lucro.

¿De qué sirven las llamadas garantías que ha de tener el Banco para el cambio de los billetes, si realmente nada garantizan? ¿Por qué el proveedor de artículos de primera necesidad; por qué el obrero, el artesano, el empleado y las demás clases sociales que viven de un penoso trabajo, han de sufrir en sus intereses una reduccion tan injusta como irritante, mientras que los socios del Banco se reparten crecidos dividendos? ¿Acaso el Banco no espidió el billete que motiva todas estas vejaciones, recibiendo en cambio todo su valor y aun algo más algunas veces por beneficio de comision ó descuento?

Si segun el art. 20 de la ley que rije en la materia, la Direccion del Banco debe «cuidar de que constantemente existan en Caja y »cartera metálico y valores realizables cuyo plazo no esceda de 90 »dias, bastantes á cubrir sus débitos por billetes, cuentas corrientes »y depósitos,» ninguna crisis, ninguna dificultad habria, porque en el plazo de tres meses, realizando el Banco esos valores, podria contrarestar y hacer frente á todas las demandas que se le hiciesen con títulos tan legítimos, sagrados y preferentes. El espíritu del citado art. 20 de la ley de 28 de enero de 1856, disponiendo que «en efectos de fácil realizacion, se reserve el equivalente de los billetes emitidos, y de los saldos y depósitos entregados al Banco,» tiende á garantir el crédito del mismo y á facilitarle el curso de su papel. Pero este artículo está demás en la ley. El Banco no le cumple, puesto que de cumplirlo, ya no tendria esa deforme cola que le hace tan repugnante aun para aquellos mismos que quisieran verle florecer. El sábio legislador que dispuso el contenido de dicho artículo queria antes que nada, que el público confiado que entregaba su dinero en las arcas del establecimiento, tuviese siempre la seguridad de su fortuna, dejando para los accionistas los quebrantos, cuando los hubiese; puesto que ellos son los favorecidos con privilegios tan productivos y en manera alguna costosos.

Cuando un mal es irremediable, cuando la patria pelagra, todos debemos emplear nuestros esfuerzos en aminorar aquel y en salvar á esta; pero cuando se perjudica un dia y otro dia al que nada tiene que ver con el Banco ni con sus negocios, no podemos tolerar que se repartan esos monstruosos beneficios entre los afortunados socios de la más afortunada empresa; para venir á parar despues como en el

año de 1848, á un anticipo forzoso que debilite la plétora de circulacion de billetes, en perjuicio de los contribuyentes y en beneficio esclusivo de los señores accionistas del Banco. Y así diremos con el célebre novelista *Walter Scott*, en su defensa de los Bancos de Escocia: «*Si los ingleses se sienten enfermos, tomen en buen hora medicina; pero no quieran hacérnosla tomar á los que nos hallamos buenos y sanos.*» Del mismo modo decimos nosotros á los accionistas: si el esceso de billetes debe perjudicar á alguien, sea á los señores del Banco, no á los que á él y á sus utilidades somos estraños.

¿No era más justo que aquellos señores renunciaran á sus pingües beneficios destinándolos á la amortizacion, siquiera fuera temporal, del esceso circulante de su papel? ¿No debia el Banco de España, así llamado, para darle la importancia que debia inspirar, haber obtenido del Gobierno la facultad de que sus billetes se admitiesen en todas las tesorerías, en todas las aduanas, en todas las dependencias públicas de la Nacion? No estábamos tan adelantados en 1848, y el Gobierno y el Banco acordaron análogas disposiciones.

No somos de aquellos que señalan el mal y lo exageran; ni de los que demuelen para no reconstruir, no. Señalamos el mal para que se ponga remedio por aquellos que trajeron las cosas al estado en que hoy se encuentran, puesto que todavía es tiempo, y porque comprendemos que el Banco que lleva por nombre el de esta Nacion poderosa, ha de ser como ella poderoso, como ella noble y digno; no ha de causar perjuicio á tercero, causándosele á sí propio de una manera deplorable; porque ¿cómo ha de considerarse establecimiento de crédito, ni primero ni último, el que cierra las puertas de su caja y hace á veces apalear á los que piden el cumplimiento de un solemne contrato? ¿Cómo ha de ser respetado ni considerado un establecimiento que no se altera ni avergüenza aun cuando falte al más sagrado cumplimiento de sus obligaciones? ¿Y esto se trata de escusar? ¿Y esto se tolera y apadrina por el Gobierno? ¿Y esto pasa durante un mes, y otro mes, y otro mes, sin que se ponga remedio, en el siglo XIX?...

Nuestros famosos hacendistas, entre los que descuella en primer término por su fatal sistema de administrar, segun hemos probado ya anteriormente, el Excmo. Sr. D. Pedro Salaverría, han aprendido poco, segun parece, en el libro de la historia y en los libros de la ciencia. Las crisis metálicas ocurridas en Francia, en Inglaterra, Suiza, América y en España, todas causadas de la misma manera, por los mismos errores y por el mismo sistema, nada les han advertido para evitar en el dia de hoy aquellos mismos desastres de tantas familias como sucumben en la desgracia, cuando el crédito de los Bancos nacionales privilegiados llega á ser efímero é inseguro.

El gran Napoleon decia en 2 de abril de 1806, discutiendo en el Consejo de Estado el proyecto de ley sobre el Banco de Francia que aún rige en la nacion vecina: *«que no habia entonces, ni habria en muchos años, verdadero Banco en Francia, porque carecia de hombres que supiesen lo que era un Banco. Es una clase de hombres, decia, que es preciso crear y educar.»* Pero entre nosotros no sucede lo mismo. Todos los españoles servimos para desempeñar un empleo, no importa en qué ministerio; el que sirve para oficial de una secretaría vale para director de todos y cada uno de los ramos de la administracion pública, y el que llega á director, vale para ministro de cualquier departamento. ¿No han de servir, pues, para inspirar y gobernar la Banca, todos los altos funcionarios que hay y ha habido en España? Pues de ellos tiene que nombrarse el gobernador del Banco; así andará ello.

Las dificultades que hoy atraviesa el Banco de España con asombrosa resignacion é increíble indiferencia, no consiste inclusivamente en la mayor ó menor emision de sus billetes, porque es un asunto ya debatido y reconocido, que un Banco puede emitir cuantos sean necesarios á sus negociaciones, giros, descuentos y necesidades del mercado; consiste solo en que sus operaciones son malas, en que su principal cliente le dá valores que no tienen las condiciones ni los requisitos que deben tener, segun la ley, los que acepte un Banco, regularmente administrado; y de aquí el origen de la desconfianza, la retirada de los capitales y la justísima é inútil reclamacion de los poseedores de billetes. Todo lo que obliga al Banco á que su caja esté siempre exhausta de numerario, y á que desatienda la nivelacion de los cambios, origen, rudimentos y desarrollo de todo lo que se llama Banca, haciendo sufrir sus graves consecuencias al comercio en general. ¡Cuánta responsabilidad para el ministro que comprometió así al Banco por tan fatal sendero!... No le bastó apurar hasta la última gota todos los recursos presentes y futuros de la Hacienda, sino que avergonzado ó temeroso de sus múltiples errores y desaciertos, quiso colocarse tras del Banco de España, que como siempre sucedió, apadrina las locuras de los Gobiernos, con tal que le reporten utilidad, negociando con dicho establecimiento un empréstito de mil trescientos millones sobre pagarés de bienes nacionales, último, aunque débil baluarte de defensa que halló el Sr. Salaverría. El Banco de España, que debió resistir la solicitud del ministro unionista, puesto que sus débiles fuerzas no podian soportar tan exorbitante carga, aceptó el empréstito, pero ¡cuántos sudores, cuántas vergonzosas humillaciones no ha sufrido á las puertas de los banqueros ingleses, que se negaron á quitarle del apuro en que se encontró por su complacencia irreflexiva, por su falta de criterio y por lo irregular de su administracion!

VI.

Creemos haber demostrado ya que la administracion del Banco de España es altamente viciosa y perjudicial al comercio y á los particulares, sin más exclusion que la de sus conmlitones y asociados: que sus errores, aunque en mayor escala, son hoy los mismos que en 1829 y 1847; y que si con mano fuerte el Banco no separa de sí los abrojos que le cercan, y continúa como hasta aquí desatendiendo y rechazando con la fuerza bruta que el Gobierno le presta, á los que garantidos con la coraza del derecho más claro, explícito y terminante que las leyes no han podido nunca desconocer, acuden en demanda del cumplimiento de un contrato solemne, su ruina es inminente y sus dias están contados. Pero, ¡cuántas desgracias no causaría su ruina!... Los billetes de Banco no son documentos que deban ni puedan estar sujetos á la alza y baja del papel del Estado y de los fondos públicos. Ellos no son la moneda, pero representan la moneda: ellos no son el crédito, pero representan el crédito; y ¡ay del dia, que ya asoma, en que se pierda por completo la poca fé que aún inspiran! ¡Ay de la situacion del Banco, si sus billetes se cotizan en baja por más tiempo!

Mas descendamos á algunos detalles. La prensa ilustrada ha levantado ya su voz poderosa, clamando unas veces por la libertad de Bancos y contra la cola del de España; y otras, poniendo de manifiesto los perjuicios que produce el que pueda considerarse al Banco como la Bastilla del crédito.

Si los que deben dar ejemplo de respeto á la ley y á la justicia, pasan por encima de sus deberes, y desatienden los gritos de angustia que sus privilegios ocasionan, ¿con qué derecho quieren ser respetados? Si reparten dividendos á sus accionistas, á costa de las pérdidas onerosas, gratuitas y á todas luces injustas del público, que fia en sus promesas, ¿dónde está su integridad? ¿dónde la moral? ¿dónde la buena fé, dónde la proverbial honradez mercantil, señores del Banco?...

La riqueza pública se subdivide en infinitas gerarquías; el artesano, el industrial, el tendero, el comerciante, el capitalista, el propietario, todos estos elementos que constituyen la riqueza, todos están heridos en sus rentas ó productos de la manera más injusta, por la fatal gestion del Banco. Pero si las gerarquías elevadas del comercio sufren con menos inconvenientes los quebrantos de una crisis, no sucede lo mismo en las clases inferiores, cuyos escasos beneficios, obtenidos á fuerza de privaciones y trabajo, no pueden so-

portar la merma que les impone el cambio de billetes en sus ingresos: así, por ejemplo, los proveedores de carnes, granos y otros muchos artículos de primera necesidad, que vienen á la Côte de *fuera*, donde no circulan los billetes, tienen que repartir el producto de sus suministros entre diferentes acreedores, en dinero metálico, porque no *otra moneda* se les admite; dejan de realizar sus ventas, ó las realizan de mala manera, si tienen que recibir en pago un papel que nadie toma, que todos rechazan como si estuviera apestado; que todos miran con desconfianza, cual si fuera moneda falsa, y que de nada les sirve, si no se resignan á perder dos, tres, cuatro y más por ciento.

La institucion del Banco de España con su cohorte de leyes especiales y *con el crédito que todos le dán*, funciona esclusivamente bajo el punto de vista del interés de sus accionistas, no del interés público, sin embargo de haber sido creado y privilegiado con el fin de favorecer el desarrollo de la industria y el comercio; pero la industria y el comercio son completamente desatendidos, si no tienen un apoyo particular que les recomiende.

Todas las calamidades públicas son objeto de lucro para el Banco. Si el oro y la plata escasean, el Banco eleva el interés de sus descuentos: si son aquellos abundantes en el mercado, el Banco toma el papel á un interés más bajo. Si el horizonte político se encapota con oscuras nubes; si epidemias, inundaciones ú otras desgracias públicas, vienen á detener la marcha natural de los negocios, entonces el Banco descuenta muy poco papel y toma mayores seguridades; pero cuando por el contrario, los tiempos ó las circunstancias se presentan risueñas y bonancibles, entonces el Banco descuenta efectos á tres meses fecha, último límite impuesto por sus prudentes estatutos, pero renueva y renueva sin descanso. En resumen, el Banco de España se parece á aquellos amigos de Horacio, que no le conocian más que en su buena fortuna.

A la sombra del Banco hay otras casas que podremos denominar de Banca, que es curioso saber cómo funcionan. Son casas muy acreditadas, con mucho dinero, y que gozan en el Banco, como los grandes accionistas, del privilegio de que se les descuenta todo el papel que ellas presentan, ó el que propone la persona que ellas recomiendan; por lo que, estos banqueros á que nos referimos, negociaban el papel del pequeño comercio ó de tienda á un tipo de interés bastante más elevado que el señalado por el Banco, quedándose, bien entendido, con la diferencia que resulta entre el tipo á que descuentan y el que á ellos les cobra el Banco.

Fácilmente se vé cuáles son las condiciones que el Banco pone en juego para sus descuentos, y cuáles las condiciones tambien con que usa la llave de la caja donde la industria y el comercio de España

vienen á depositar el instrumento de los cambios ó sea el principio de su actividad.

Las consecuencias que resultan de esta organizacion con que el Banco estrecha el crédito privado, son funestas y arrastran á la dissolution del crédito público, y con él, el bienestar de la Nacion, poniendo obstáculos y dificultades para todo cuanto es grande, cuanto es necesario en la vida de los pueblos. El Banco abusa de su posicion y hace á todas las clases de la sociedad contribuir cuando hay algun pánico para reparar sus desaciertos; mientras que él solo contribuye en los buenos tiempos á sostener la alta Banca, y á unirse á ella para que el tanto por ciento regulador del interés que el comercio debe pagar, nunca sea una verdad, como lo es en los países extranjeros donde hay Bancos montados á la altura de la civilizacion y desarrollo industrial y comercial del siglo xix.

Si una crisis comercial ó política amenaza al país; si una guerra empieza dentro de él, ó en otro con quien este tenga relaciones mercantiles; si desgracias ó sucesos imprevistos llevan á los espíritus el temor y el miedo, ¿quién dá la voz de alerta, quién se retira antes de los negocios, quién oculta y reserva el numerario? El Banco. Es decir, esta *sociedad de privilegios*, que ejerce el monopolio de cuadruplicar su capital, y sacar el interés, á un fondo de *cien* reales, como si fuese de *cuatrocientos*, no puede esponerse á la más pequeña eventualidad, ni ayudar al comercio en circunstancias críticas, y por eso no se ha dado nunca el caso de que esponga siquiera á la pérdida uno de estos cuatro intereses; sino que encerrándose en el más completo egoismo, exige al país y á todos y cada uno de los que manejan ó perciben alguna cantidad, á que reciba su papel como dinero, y contribuyan con el sufrimiento de sus quebrantos á corregir las torpezas del establecimiento privilegiado de la Nacion.

Y sin embargo, despues de tantos sacrificios como en beneficio del Banco hace el comercio de tiendas, fondas, cafés, y otros, es bien seguro que el Banco de España no descontará directamente ningun documento de estos comerciantes, por más que tenga todas las formalidades de reglamento, y lleven sus otorgantes largos años en su industria con sus tiendas abiertas, cumpliendo honradamente con sus compromisos mercantiles, y atendiendo del mismo modo á todas sus obligaciones de cualquier clase ó carácter que sean. En cambio el Banco no puede decir otro tanto, y eso que el Gobierno le presta su más decidido apoyo, á trueque de comprometerle en renovaciones de renovaciones, ó vencimientos á plazo más largo de lo que está señalado en el reglamento, menoscabando así los intereses del comercio, y produciendo crisis cuyos desastres afectan principalmente al comercio que no es de Banca, esto es, al industrial y al mercader que vende sus géneros á bajo precio para hacer frente á sus obliga-

ciones, y que para alimentar su tráfico, necesita de metálico efectivo, porque el fabricante no puede obtener las primeras materias para su fabricacion, ni pagar á sus trabajadores sino con numerario contante y sonante.

Si en los momentos de trastorno y penuria, el Banco privilegiado cierra sus puertas al comercio en vez de ayudarle, y al público en vez de satisfacerle con preferencia *á todo*, vale más que se suprima por perjudicial semejante establecimiento; porque su retraimiento y su falta de pago aumentará el trastorno general, en lugar de disminuirlo: pues en el mero hecho de recibir los importantes privilegios que recibe del comercio y del Gobierno, debiera anteponer el servicio público á los dividendos activos, como el que, con disgusto nuestro, nos noticia en su memoria de 4 de marzo último, percibieron los señores accionistas. ¡Cuán grato no habrá sido para los pobres tenedores de billetes, despues de pasar la noche á las puertas del establecimiento, sufriendo los rigores del invierno con la esperanza de cobrar sus créditos, leer á la mañana siguiente en los periódicos que se llamaba por el Banco á sus accionistas para el cobro de un dividendo, en tanto que ellos á duras penas y con grandes privaciones podian realizar sus billetes!

Señalamos el hecho, no queremos discurrir sobre él.

Sin mezclarnos en la cuestion política, cuando una crisis comercial se generaliza, el Estado no puede percibir sino una parte de sus presupuestos, y á medida que el de ingresos se aminora, el de gastos se aumenta y crece, porque es necesario atender á todas las obligaciones y asistir á las desgracias que asolan al país; porque si la mayor parte de los ciudadanos separados de la cosa pública por su ignorancia, ó distraidos por sus cotidianos trabajos, no pueden ver la negra nube que les amenaza, cuando tales hechos tienen lugar, los Gobiernos deben ser más previsores y evitar estos contratiempos, obligando á los señores del Banco á tomar las medidas conducentes para evitar los males que sus impremeditados negocios originan. Impremeditados hemos dicho, y no porque el Banco haya tenido que sufrir en sus operaciones quiebras ó siniestros, nó; sino por el contrario, porque atento solo á los beneficios repartibles, no presta la atencion debida á su principal objeto, y se entrega casi exclusivamente á los azares de la política.

Los beneficios deben estar en razon directa del riesgo del capital; cuanto más riesgo corra éste, mayor beneficio merece: cuanto más seguro esté, menos interés devenga. Esto es lo justo, lo lógico, lo que la ciencia y la experiencia enseñan. Pero nuestro primer establecimiento de crédito, solo sabe hacer buenos negocios. Poco le importa la alarma que cunde por todo el ámbito de la Côte, y que se estiende ya por toda España, al saberse que no solo no paga pun-

tualmente sus obligaciones, sino que no hay esperanza remota de que las pague en mucho tiempo, si obtiene grandes beneficios sin riesgo alguno de su capital. Y así debemos creerlo, puesto que nada, absolutamente nada, ha hecho por salir de la vergonzosa situación en que se encuentra; y que con rubor y sin igual pesadumbre examinamos para ver de conjurar los males que amenazan á nuestra naciente riqueza.

Recojiera el Banco sus billetes con puntualidad; encerrára en sus sótanos barras de oro y de plata en abundancia; *cuidára de que los cambios no salieran de su curso natural*; hiciera, por último, los sacrificios que fueran menester para que su crédito no sufriese menoscabo; y bien pronto hubiera visto detenida la demanda y solicitud de pago á sus billetes. Así obró el Banco de Francia en 1846, 1847 y 1848, cuando por circunstancias extraordinarias sus billetes fueron despreciados, y todo el mundo le reclamaba el importe de sus haberes en oro ó plata. Por no ser demasiado latos, no narramos detalladamente las gigantescas operaciones que el citado Banco llevó á cabo en aquellos momentos tan difíciles; pero sí aseguramos que todo el numerario entró en sus arcas con una rapidez pasmosa; que muy pronto el metálico pasó el nivel de los billetes en circulación; que el 31 de marzo de 1848 hizo préstamos por *cuantiosas sumas* al Estado; el 5 de mayo á la Caja de depósitos; posteriormente abrió un crédito por una *gran cantidad* al ministerio de Hacienda; se suscribió por otra regular en el empréstito de 24 de junio; adelantó sumas de consideración á la villa de París, al departamento del Sena, á la ciudad de Marsella, á los hospicios; socorrió con generosidad la industria; prestó *muchos millones* de francos sobre hipoteca á las fábricas, y sobre depósitos de mercancías. En fin, grandes y prodigiosos fueron los esfuerzos de inteligencia y actividad que en tan crítica ocasión y difíciles circunstancias, desplegó la administración de aquel establecimiento que vió disiparse el pánico y la desconfianza, merced á sus acertadas y enérgicas disposiciones, hasta el punto de estimarse sus billetes, un mes despues, con preferencia al numerario.

Pero entre nosotros el Gobierno y el Banco han visto cruzados de brazos, aparecer la crisis; la han visto durante *muchos meses* crecer y desarrollarse, sin que se les haya ocurrido intentar nada para que el mal no se agravára; cuando en un principio tan fácilmente se hubiera dominado, y cuando una administración, celosa por decoro propio del establecimiento, y para no aumentar el conflicto público, debiera proponer medidas, buscar recursos y adoptar disposiciones capaces y suficientes á calmar la alarma y hacer desaparecer el *pánico* y la *desconfianza*, origen y causa de la mayor parte de las crisis. Mas cuando afectan á los señores accionistas del Banco y comerciantes en él interesados, las dificultades que produce la falta

de numerario, entonces se agitan, se conmueven y se juntan para acordar que los billetes del Banco son moneda contante de oro y plata. ¡Magnífico poder! ¡sublime competencia!... Con semejante declaracion no hay duda que los traficantes y artesanos habrán encontrado el medio de reducir á metálico sus billetes; y los cambiantes desaparecerán por completo, vista su inutilidad. ¡Vana presuncion! Aquí hacen falta medidas poderosas, y si los recursos aunados de nuestras eminencias financieras y políticas no alcanzan á salvar la situacion actual, fuera más digno y noble reconocerlo así, que prestarle un apoyo ineficaz y ridículo de inútiles declaraciones.

Si la cartera del Banco fuera lo que debia ser; si sus valores fueran comerciales y reembolsables á 90 dias fecha como prescribe la ley de 28 de enero de 1856 en sus artículos, no sobrevendrían los conflictos que deploramos; pero el Banco desatiende al comercio, entregándose con harto abandono á operaciones arriesgadas con el Gobierno; y no decimos esto porque nos opongamos en absoluto á que el Banco, que lleva el nombre de la Nacion, secunde al Gobierno en la realizacion de sus presupuestos, sino porque deseamos y anhelamos por su bien y por su renombre, que evite la vergüenza de mal pagador, lo que fácilmente conseguiría, si cumpliendo con el art. 14 de la ley citada, dominasen en su cartera los efectos mercantiles estendidos como él prescribe.

Se nos dirá tal vez, en contestacion á lo que esponemos, que el Banco podria ver comprometidos algunos intereses, ampliando sus operaciones; pero aparte de que esta no es una objecion seria, porque en toda operacion de crédito hay siempre algun riesgo que correr, el aumento de negocios y el impulso que con su ayuda recibiría la industria y el comercio, compensarían grandemente al Banco de sus pequeños riesgos, y sus beneficios serian mejor y más mercantilmente ganados.

Además, y á fin de evitar todo compromiso, debieran ponerse al frente de la oficina de descuento, personas competentes que conociesen práctica y muy particularmente el crédito del verdadero comercio, que de seguro merece más confianza y atencion que la que el Banco le dispensa; y no se trata de *cincuenta ó sesenta* comerciantes que figuran en la lista de solventes que ha formado el Banco, sino de *seiscientos á ochocientos* que existen en Madrid, todos dignos del derecho de poder descontar en el Banco más privilegiado del país. Pero dejar de hacer el bien por temor al abuso, es egoismo y pequeñez; trastornar y amenguar los elementos de la produccion en provecho esclusivo de un corto número de privilegiados que se llaman accionistas, es hipocresía, ingratitud y codicia.

¿Cuándo nuestro Banco de España querrá y sabrá hacer los des-

cuentos? ¿Cuándo el comercio en general, con su buena hoja de servicios, permítasenos la frase, podrá ofrecer al descuento su papel, con la cabeza erguida, sin necesidad de buscar padrino que le apoye? El día en que esto suceda, el Banco será realmente Banco de comercio, y los descuentos serán su primera garantía en caso de conflictos.

El cuidado permanente de todo Gobierno debe ser el de favorecer el crédito privado de los ciudadanos, creándole medios de poderse desarrollar, favoreciendo los cambios de los productos que son inútiles á las necesidades personales, y cuidando de que la moneda, instrumento indispensable de estos cambios, no falte nunca á todos los comerciantes que ofrezcan una garantía razonable y suficiente, ya sea con su trabajo, ya con el producto de éste, que es lo que en economía se llama capital. Obrando de este modo se desarrollaria el crédito privado, al cual está enteramente unido el de la Nacion; y se evitarian las crisis y los desastres que no son otra cosa que el triunfo del monopolio y de la usura, imponiendo sus duras leyes al infeliz necesitado: el desprecio del trabajo por el capital; la subversion de todo principio de rectitud y de justicia.

Acudid, pues, señores accionistas, á mejorar la situacion de vuestra casa; y ya que os repartís la cosecha en los buenos tiempos, venid á salvar ahora vuestros campos de la langosta que en ellos ha aparecido. Prestad vuestra ayuda al comercio verdaderamente tal; dadle las facilidades que dió el Banco de Francia á sus corresponsales en 1848; imitad al de Lóndres, que despues de haber prestado á su fundador Guillermo III en 1692, una suma igual á su capital, atendió al comercio con una solicitud verdaderamente paternal; reformad vuestra cartera, y sobre todo, sed celosos del crédito del Banco como del vuestro propio. No creais que basta la proteccion del Gobierno, si os falta la de la pública opinion. Cambiad de conducta ó dejad el puesto y vuestros privilegios que tan mal empleais.

Creemos haber apreciado los sucesos bajo su verdadero punto de vista, y propuesto los medios más acertados á las circunstancias actuales para corregirlos y evitarlos, teniendo en cuenta las fecundas leyes de la esperiencia. Nuestras ideas podrán no ser del agrado de todos, pero lo serán del honrado comerciante, del inteligente industrial, del humilde labrador y del olvidado artesano, que ven todos los días frustradas sus más legítimas esperanzas, por falta de apoyo en el capital, y que para poder usar del billete de Banco que se les dá en pago, tienen que perder el trabajo de uno, dos ó tres días, para reducirlo á la clase de moneda, para atender á sus más urgentes necesidades.

¿Y habrá quien diga de buena fé, que exageramos los perjuicios que el Banco ocasiona, con sus dificultades para el pago de billetes,

y sus negativas á los descuentos del comercio? Para un Banco único y privilegiado, mejor sería callar y que sufriese el más necesitado...

Ya que tanto se temen los abusos, y que tanto se desconfía de la fuerza del poder ejecutivo, para evitar los perjuicios que se supone por algunos produciría una razonable libertad de Bancos de emision, circulacion y otros, nos resignaríamos por ahora al monopolio y al privilegio que ejerce el de España, siempre que en los casos estrechos en que se le presentan al cobro sus obligaciones, lo cual sucede solo cuando hay absoluta necesidad de metálico, ó cuando por cualquier motivo, el público duda de la solvabilidad del Banco, cumpliera este con sus más sagrados deberes. Pero pretender el privilegio, alejar la competencia para asegurar unos cuantiosos beneficios, y obtenerlos á costa del que le presta su confianza, esto es horrible, esto es absurdo, esto no debe ser en la generacion presente. Pena de muerte al falsificador, inmunidades y toda clase de ventajas se tuvieron presentes para dictar la ley de Bancos; mas ni por incidencia se pensó siquiera en ordenar, ya que no suprimir tantos privilegios, ni en consignar correctivo alguno para cuando los Bancos faltasen, no solo á sus acreedores naturales, sino precisamente á los que lo son, reducidos por las seguridades del Gobierno, sin conciencia de ello y contra toda su voluntad.

En todas partes, sean los Bancos privilegiados ó libres, los defectos de sus reglamentos, su mala administracion, las crisis si las hay, no alcanzan nunca más que á sus propietarios; pero entre nosotros sucede todo lo contrario; aquí los primitivos accionistas perciben unos *beneficios de veintiocho reales setenta y cinco céntimos por ciento al año, sin gabelas ni descuento, ni contribucion alguna*, mientras sus impotentes acreedores mueren de frio, de desnudez y de asfixia, ordenados á fuerza de látigo en una terrible hilera á las puertas del Banco, y alzando las manos al cielo con su pedazo de papel en ellas, como poniéndole por testigo de tanta humillacion y tanta afrenta.

Para divertimento y solaz de la desheredada clase que constituye la famosa cola, y que representa al trabajo y á la industria en sus múltiples manifestaciones, vamos á consignar aquí un cuadro de los beneficios obtenidos por los accionistas en el último período de veinticinco años, que de seguro no será desmentido, debiendo llamar la atencion de nuestros lectores sobre los enormes beneficios de 1846, 47, 60 y 61, que fueron precisamente los que precedieron á las crisis que entonces, como ahora, tampoco se esforzaron en conjurar los que dirijen y gobiernan el establecimiento que nos ocupa, atendiendo más á los pingües dividendos de los accionistas que á los clamores de los tenedores de billetes, como demuestra el adjunto estado de utilidades.

UTILIDADES repartidas á los accionistas del Banco Español de San Fernando,
luego Banco de España, desde el año de 1840 al de 1864 inclusive.

AÑOS.	REPARTOS.	TANTO por ciento.	CANTIDAD que corresponde por accion.	TANTO por ciento que corresponde al capital de 20.000 acciones.
1840	Sobre 20.000 acciones. .	11	220	11
1841	» »	11	220	11
1842	» »	11	220	11
1843	» »	11	220	11
1844	» »	22	440	22
1845	» »	22	440	22
1846	En 20.000 acciones. . .	100	2.000	100
Id.	Sobre 40.000 id.	14	280	28
Id.	En 10.000 id.	25	500	50
1847	Dividendo de liquidacion sobre 50.000 ac. (4 mes.)	6	120	15
Id.	Sobre 100.000 id. (8 mes.)	9	180	22'50
1848	} Nada.	»	»	»
1849				
1850	} Hasta 30 de Abril. . . }	6	120	15
1851				
1852	Id.	6	120	15
1853	Id.	6	120	15
1854	Id.	6	120	15
1855	Id.	6	120	15
1856	Id.	12	240	30
1857	Id.	10	200	25
1858	Id.	12	240	30
1859	Id.	15'30	306	38'25
1860	Id.	19'85	397	49'62 $\frac{1}{2}$
1861	Id.	25	500	62'50
1862	Id.	16	320	40
1863	Id.	16	320	40
1864	Id.	10	200	25
				718'87 $\frac{1}{2}$

En los 25 años que comprende este estado demostrativo de utilidades se ha repartido un setecientos diez y ocho reales ochenta y siete céntimos cincuenta milésimos por ciento sobre el capital de las primitivas acciones, lo que equivale al veintiocho setenta y cinco cincuenta milésimos por ciento en cada uno de los 25 años. Es evidente que habiéndose repartido cierto número de acciones entre los poseedores de las primitivas, sin hacer estos desembolso alguno, no solo hay que considerar como beneficio ó ganancia recibida el capital nominal de estas nuevas acciones sobre el que representaban las primeras, sino que para apreciar el tanto por ciento de utilidades sobre el capital desembolsado, toda vez que este se reparte lo mismo sobre las acciones primitivas que sobre las emitidas posteriormente, hay que aumentar la cuota ó tanto por ciento que se dé sobre todas, en la misma proporcion que se hayan aumentado las acciones primitivas con el reparto de otras sin desembolso. Por eso hasta el año de 1845 inclusive, ponemos simplemente el tanto por ciento repartido por cada accion, le duplicamos en 1846 por haberse duplicado el capital y le aumentamos en el primer dividendo llamado de liquidacion, que se hizo en fines de abril de 1847, un veinticinco por ciento más por la nueva emision de acciones hecha en el citado año, es decir, una accion exenta de pago por cada cuatro de las cuarenta mil que representaba el capital del Banco.

Este procedimiento está basado en un principio idéntico al que sirve de tipo para las operaciones sobre el papel del Estado. Si uno quiere emplear su dinero en títulos del tres por ciento dice: es verdad que este papel solo gana tres por ciento al año, pero si lo compro á cincuenta por ciento de su valor nominal, aseguro una renta de seis por ciento sobre el capital que empleo; si lo compro á cuarenta por ciento la renta será de siete y cincuenta por ciento; si á treinta de diez, y si á veinticinco de doce por ciento.

Del mismo modo el tenedor de acciones del Banco debe decir: si tengo veinte acciones que me cuestan cuarenta mil reales y se reparte el doce por ciento, gano doce por ciento; pero si las veinte se me convierten en cuarenta, sin hacer nuevo desembolso y se reparte el mismo doce por ciento, resultará el veinticuatro por ciento sobre mi capital; y si luego las cuarenta llegan á ser cincuenta acciones, entonces el doce por ciento sobre el capital nominal de estas será de hecho el treinta por ciento sobre el capital empleado.

000.01	700	000.01	000.01
000.02	000	000	000.02
000.03	000	000	000.03
000.04	000	000	000.04
000.05	000	000	000.05
000.06	000	000	000.06
000.07	000	000	000.07
000.08	000	000	000.08
000.09	000	000	000.09
000.10	000	000	000.10
000.11	000	000	000.11
000.12	000	000	000.12
000.13	000	000	000.13
000.14	000	000	000.14
000.15	000	000	000.15
000.16	000	000	000.16
000.17	000	000	000.17
000.18	000	000	000.18
000.19	000	000	000.19
000.20	000	000	000.20
000.21	000	000	000.21
000.22	000	000	000.22
000.23	000	000	000.23
000.24	000	000	000.24
000.25	000	000	000.25
000.26	000	000	000.26
000.27	000	000	000.27
000.28	000	000	000.28
000.29	000	000	000.29
000.30	000	000	000.30
000.31	000	000	000.31
000.32	000	000	000.32
000.33	000	000	000.33
000.34	000	000	000.34
000.35	000	000	000.35
000.36	000	000	000.36
000.37	000	000	000.37
000.38	000	000	000.38
000.39	000	000	000.39
000.40	000	000	000.40
000.41	000	000	000.41
000.42	000	000	000.42
000.43	000	000	000.43
000.44	000	000	000.44
000.45	000	000	000.45
000.46	000	000	000.46
000.47	000	000	000.47
000.48	000	000	000.48
000.49	000	000	000.49
000.50	000	000	000.50
000.51	000	000	000.51
000.52	000	000	000.52
000.53	000	000	000.53
000.54	000	000	000.54
000.55	000	000	000.55
000.56	000	000	000.56
000.57	000	000	000.57
000.58	000	000	000.58
000.59	000	000	000.59
000.60	000	000	000.60
000.61	000	000	000.61
000.62	000	000	000.62
000.63	000	000	000.63
000.64	000	000	000.64
000.65	000	000	000.65
000.66	000	000	000.66
000.67	000	000	000.67
000.68	000	000	000.68
000.69	000	000	000.69
000.70	000	000	000.70
000.71	000	000	000.71
000.72	000	000	000.72
000.73	000	000	000.73
000.74	000	000	000.74
000.75	000	000	000.75
000.76	000	000	000.76
000.77	000	000	000.77
000.78	000	000	000.78
000.79	000	000	000.79
000.80	000	000	000.80
000.81	000	000	000.81
000.82	000	000	000.82
000.83	000	000	000.83
000.84	000	000	000.84
000.85	000	000	000.85
000.86	000	000	000.86
000.87	000	000	000.87
000.88	000	000	000.88
000.89	000	000	000.89
000.90	000	000	000.90
000.91	000	000	000.91
000.92	000	000	000.92
000.93	000	000	000.93
000.94	000	000	000.94
000.95	000	000	000.95
000.96	000	000	000.96
000.97	000	000	000.97
000.98	000	000	000.98
000.99	000	000	000.99
000.00	000	000	000.00

EJEMPLO.

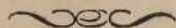
Un accionista que en 1840 hubiera tenido 20 acciones que le hubiesen costado á su valor nominal de 2.000 reales, ó sean 40.000 reales, habria percibido las utilidades siguientes, y se encontraria hoy con 50 acciones que representarían á la par un capital de 100.000 reales, teniendo presente que dichas acciones han llegado á valer hasta el doble de su valor nominal, ó sean las 50 mencionadas 200.000 reales.

AÑOS.	TANTO POR CIENTO				CANTIDADES
	repartido á los accionistas del Banco, y cálculo hecho sobre reales 40.000 de desembolso, ó sean 20 acciones.				percibidas.
1840	Sobre 40.000 rs., ó sean 20 acciones.....				
		11	ó sea 220 por accion		4.400
1841	»	11	» 220	»	4.400
1842	»	11	» 220	»	4.400
1843	»	11	» 220	»	4.400
1844	»	22	» 440	»	8.800
1845	»	22	» 440	»	8.800
1846	En 20 acciones, aumento de capital.....				
		400	» 2000	»	40.000
»	Sobre 80.000 rs., ó sea 40 acciones.....				
		14	» 280	»	11.200
»	Mas 10 acciones aumento de capital.....				
		25	» 500	»	20.000
1847	Sobre 100.000 rs., ó sean 50 acciones, dividendo de liquidacion en 31 de abril.				
		6	» 120	»	6.000
»	Otro dividendo en 31 de diciembre.....				
		9	» 180	»	9.000
1848	Nada.....				»
1849					
1850	Sobre 100.000 reales, ó sea 50 acciones.....				6.000
1851					
1852	Sobre 60.000 acciones, ó sean 50 acciones que este accionista siempre conserva...				
		6	» 120	»	6.000
1853	»	6	» 120	»	6.000
1854	»	6	» 120	»	6.000
1855	»	6	» 120	»	6.000
1856	»	12	» 240	»	12.000
1857	»	10	» 200	»	10.000
1858	»	12	» 240	»	12.000
1859	»	15,30	» 306	»	15.300
1860	»	19,85	» 397	»	19.850
1861	»	25	» 500	»	25.000
1862	»	16	» 320	»	16.000
1863	»	16	» 320	»	16.000
1864	»	10	» 200	»	10.000
Total.					287.550

Es decir, que con solo el capital de reales vellon cuarenta mil, valor de las veinte acciones primeras, habrá ganado en los 25 años doscientos ochenta y siete mil quinientos cincuenta reales, ó sean once mil quinientos dos en cada un año, lo que equivale á veintiocho reales setenta y cinco céntimos y cincuenta milésimos por ciento, término medio de utilidades en dichos 25 años, entre los que es de notar hay tres, que son 1848, 1849 y 1850, en que nada se repartió.

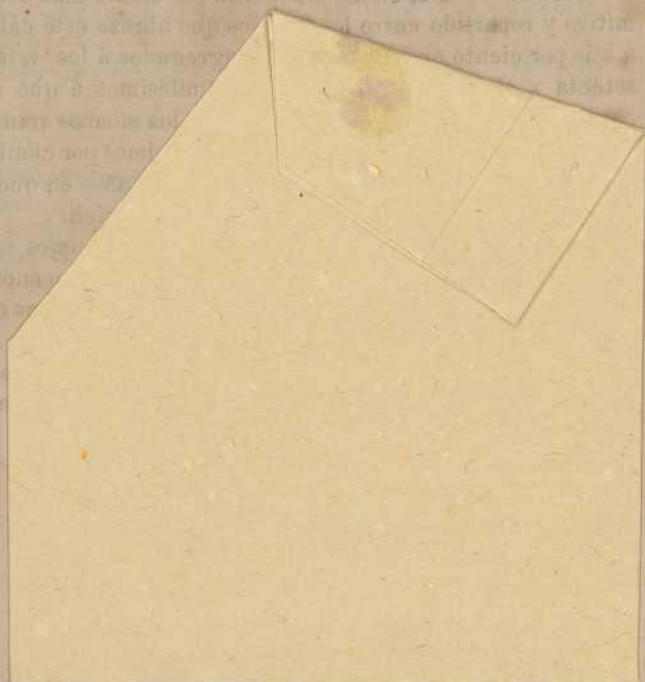
Aunque quiera decirse que los reales vellon cuarenta mil y sesenta mil, valor de las veinte y las diez acciones que se repartieron posteriormente, *sin desembolso*, entre los accionistas de 1846, no deben figurar en las utilidades recibidas en metálico, siempre tendremos el mismo resultado, porque en el presente caso ó ejemplo práctico quedarían reducidos los productos recibidos á la cantidad de reales vellon doscientos veintisiete mil quinientos cincuenta, ó sean reales vellon nueve mil ciento dos en cada uno de los 25 años, que equivalen á veintidos reales setenta y cinco céntimos cincuenta milésimos al año por término medio; pero entonces tendríamos que añadir á estos beneficios el aumento de capital, encontrado sin desembolso alguno, puesto que siendo de reales vellon cuarenta mil en 1840 por el valor de veinte acciones, hoy sería de reales vellon cien mil por el *nominal* de las cincuenta de que sería poseedor el interesado. La diferencia entre ambos capitales es de reales vellon sesenta mil, ó sea el ciento cincuenta por ciento más del capital primitivo y repartido entre los 25 años que abraza este cálculo, saldria á seis por ciento en cada uno, que agregados á los veintidos reales setenta y cinco céntimos cincuenta milésimos á que salen los repartos hechos en metálico daría siempre los mismos veintiocho reales setenta y cinco céntimos y cincuenta milésimos por ciento que hemos dicho de interés anual ó comun, aun en los años en que nada se repartió, lo cual prueba la exactitud de la operacion.

Concluimos ya nuestra ingrata tarea. Los principios salvadores de la libertad son igualmente necesarios en el orden económico que en el civil. Hemos demostrado con datos fijos é históricos que la situacion actual del Banco es idéntica á las que causaron la ruina de tantas familias en 1829 y 1848, y que si no se acude pronto á salvar el crédito nacional adoptando una marcha más conforme á los buenos principios, no habrá remedio luego para conjurar la miseria que nos amenaza sino en la muerte ó en la ignominia.



ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Dedicatoria.....	3
Consideraciones generales.....	5
Deuda pública.— <i>Primera parte</i>	15
Deuda pública.— <i>Segunda parte</i>	21
Arreglo de la Deuda pública por el Sr. Bravo Murillo.....	31
Administracion de D. Pedro Salaverria.— <i>Tercera parte</i>	55
Consecuencias.....	79
<i>Apéndice</i> .—Bancos.—Banco de España.....	83



1234

España. I

194